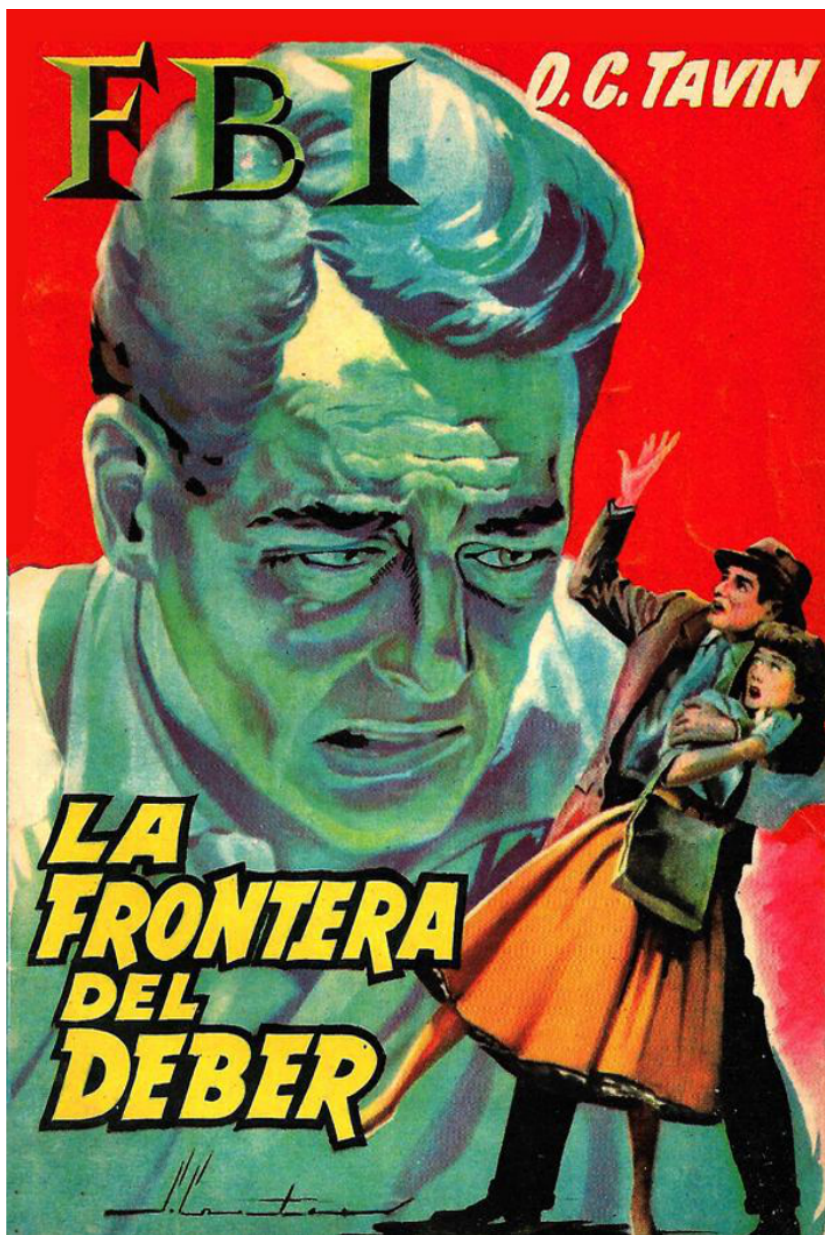


FBI

D. C. TAVIN

**LA
FRONTERA
DEL
DEBER**



O. C. TAVIN

LA FRONTERA DEL DEBER



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1959
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68 - MADRID —

Depósito legal, M. 9937.—1959

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

I



QUELLA noche, hacia las diez y media, el operario de la Bell Telephone que había estado reparando algunos circuitos averiados, en postes, de la carretera, tomó un camino entre dos pequeñas colinas para acortar distancia y llegar más pronto al pueblo de Stone Mountain, donde se alojaba en tanto tuviera trabajo por allí.

Stone Mountain era una población pequeña al este de Atlanta, la capital del Estado de Georgia, a unas diez millas de distancia.

Pero también Stone Mountain es una montaña, no muy elevada, cercana al pueblo, y que es sitio de interés turístico por haberse verificado allí, muchas veces, reuniones de afiliados al «Ku-Klux-Klan», ésa sociedad secreta (no siempre secreta), cuyas actividades eran tan conocidas en todo el territorio de la Unión.

El odio mortal del «Ku-Klux-Klan» fue siempre dirigido contra los católicos, los judíos y los negros. Posteriormente ha ampliado su

campo de acción contra los comunistas y los sindicalistas. En realidad, ha considerado como enemigos a todos quienes se han opuesto a sus fines fuera de la ley.

El operario Buddy Melson, pues, caminaba por la falda de una colina en aquella noche de marzo, cuando se detuvo de repente, mirando con asombro a la Stone Mountain, en cuya altura había una extraña iluminación oscilante.

No tuvo duda alguna de que se trataba de unos fuegos allí encendidos. Llamas altas, impulsadas por la brisa. Distinguió que eran tres las hogueras, separadas unas de otras por cierta distancia.

Era tan extraño el espectáculo, que picó su curiosidad. Buddy Melson no era de Georgia, sino de Florida, y su edad no pasaba de los treinta y dos años, Desconocía, por tanto, la historia de Stone Mountain la montaña que estaba divisando ahora.

Temió que un incendio se hubiera declarado allí, donde había alguna cantidad de arbolado y mucha maleza baja. De ser así, era cosa de ir a ver lo que sucedía y luego dar parte en el pueblo para que se acudiera a sofocar el siniestro.

Varió el rumbo de marcha y emprendió la subida a la montaña. Era joven, ágil y acostumbrado a hacer marchas grandes, aparte de trepar por los postes sustentadores de las líneas telefónicas y trabajar en ellos bajo fuertes calores, terribles fríos, nieve, viento, lluvia.

Perdió de vista los tres fuegos al entrar en la falda de la montaña. La cumbre no era visible todavía, oculta por la distancia y el estar tan encima.

Pero quince minutos después de trepar por entre las jaras y las rocas, distinguiendo desde allí el pueblo de Stone Mountain, y al oeste las luces de Atlanta, la gran ciudad capital del Estado, se encontró en la cumbre.

Vio también que había una carretera, que terminaba allí, y que en una plazoleta casi circular estaban no menos de quince automóviles aparcados, con los faros apagados.

Bueno, pues no había ningún siniestro, ningún fuego devorador. La presencia de aquellos coches era sumamente extraña. Y que vio las tres hogueras desde abajo, no había duda. Ahora no las encontraba, sin embargo.

Cautamente, sin poderse explicar por qué lo hacía, se apartó de

la plazoleta donde estaban los coches. Eran vehículos buenos, de marcas acreditadas, modernos. Lo que hicieran allí sus ocupantes era un misterio que le atraía más y más.

Decididamente, no se marcharía sin saber qué significaban aquellos tres fuegos que vio antes y la permanencia de los coches, sin sus ocupantes, en aquel lugar y a hora tan intempestiva.

Dio un rodeo, metiéndose entre los pinos y comenzó a bajar por el lado opuesto de la montaña. Ya entonces divisó un resplandor rojizo, por encima de las copas de los árboles, oscilante, fuerte.

Llevaba pendiente del hombro, con una correa, el estuche de cuero que contenía el herramental propio de su oficio. Tenazas, alicates, martillo, llave inglesa, el aparato telefónico para establecer enlaces, además de otros objetos.

De entre el herramental sacó la llave inglesa, que esgrimió con fuerza. Lo que estaba observando no le acababa de gustar del todo. Odiaba los misterios y tenía cierto sentido aguzado del peligro.

Avanzó más, a paso lento. Después se quedó inmóvil tras haber rodeado una aglomeración rocosa. Lo que ahora veía parecía cosa de cuento fantástico. Un cuento para producir terror a los niños.

Eran tres cruces de madera, formadas con troncos de árboles, separadas una de otra unas veinte yardas. Estaban ardiendo plenamente y eso era lo que Buddy Melson había visto desde abajo, el valle.

También otra cosa que le hizo pestañear con fuerza estaba ante él, a unas cien yardas de distancia. Lo estaba viendo y no le parecía posible que fuera una realidad. ¿Era grotesco, dramático, impresionante?

Unos sesenta hombres rodeaban las tres cruces en llamas, formando un ancho círculo. Figuras blancas, cubiertas con mandiles o sábanas, con capuchas donde se veían las dos aberturas para los ojos y otra para la boca.

Uno de aquellos fantasmas, con una pértiga, atizaba los fuegos, elevando las llamas para conseguir que las cruces ardieran bien. Crepitaba la madera y un humo negro se elevaba casi rectamente hacia el estrellado cielo.

Buddy retrocedió varios pasos, escondiéndose tras unas rocas. Empuñó bien la llave inglesa y siguió observando aquella escena extraña.

Un cántico se elevó de repente en el silencio nocturno, alterado solamente por el crepitar de las ardientes cruces. Aquellos hombres ensabanados cantaban al unísono un himno mientras desfilaban ante las cruces.

Uno de los asistentes de aquella ceremonia, o lo que fuera, salió de entre los demás y se plantó en medio, cual si dirigiera la reunión, moviendo los brazos para imponer el ritmo lento del cántico.

Buddy, con la boca abierta, observaba aquello con pasmo y cierto temor. Tenía la seguridad de que si salía de su escondite y se presentaba a aquellos encapuchados cantores no lo recibirían con agrado. Estaba oyendo ciertas palabras del himno, en las que se refería al «castigo», «la venganza implacable», «sangre»...

El cántico terminó y los blancos asistentes formaron de nuevo un círculo alrededor del que había permanecido inmóvil, dirigiéndoles.

—... «Gran Dragón»... —Oyó Buddy decir a otro individuo, señalando al que estaba en medio. Y el «Gran Dragón» levantó los brazos, señalando las ardientes cruces, y con voz baja, inaudible para Buddy, comenzó a hablar largamente. Estaba subido encima de una roca y el fulgor de las llamas, iluminándole, parecía a veces que tenía su ropaje blanco, tornándole rojo de sangre.

El empleado de teléfonos se retiró cuando vio que los fantasmas rompían filas, tras las palabras del «Gran Dragón» y charlaban entre ellos. Parecía que la reunión se disolvía. Las tres cruces habían ardido en su casi totalidad y solamente quedaban, rescoldos, que ahora apagaban con tierra.

Se retiró de allí con grandes precauciones, temeroso de no sabía qué. En vez de tomar por la carretera para dirigirse al pueblo, que estaba allá abajo, a unas cuatro millas, lo hizo por el monte, entre los pinos y rocas.

Pronto vio las luces de los coches, que bajaban por la carretera despacio, pues la pista daba muchas vueltas en aquel terreno abrupto. Se ocultó, siempre temeroso de ser descubierto.

Le había impresionado, sobre todo, en aquellos hombres misteriosos, el que hicieran arder tres cruces. Tres, como las que se alzaron en el Calvario. Tal vez aquellos fantasmas siniestros eran herejes, hombres idólatras. Total, nada bueno.

Llegó al pueblo, al fin, casi mediada la noche. Se albergaba en el hotel Marión, de tercera categoría, más pensión que nada, pero

donde recibía un trato aceptable por una cantidad moderada.

Estaba en el comedor, leyendo un diario de la noche, el dueño, Talbot. Un sesentón de pelo canoso, barrigudo, siempre amable con sus huéspedes.

—Vaya, Buddy, que esta noche..., —dijo el dueño, sonriendo picarescamente—. Le agrada más el amor que llenar el estómago, ¿no?

—No. Vengo del depósito que tenemos más allá de Decatur. Luego he venido andando. Pero he tardado más porque he estado viendo algo más raro que si usted se quedase de repente sin tripa, señor Talbot —repuso Buddy mientras se sentaba ante una mesa, esperando la cena—. ¡Vaya espectáculo!

—¿Un platillo volante con marcianos? —inquirió Talbot, poniendo la pipa que fumaba en el lado izquierdo de boca.

—Mucho más fantástico que eso. ¿No ha visto usted nunca fantasmas de verdad, señor Talbot? De esos que van con sudarios blancos y capucha, ¿eh?

El obeso Talbot se quitó la pipa de la boca, mirando con detenimiento a su joven huésped.

—¿En la montaña Stone, acaso? —preguntó, bajando la voz y acercándose a Buddy—. Se sentó frente a él, apoyando los codos sobre la mesa.

Una criada llevó el servicio, poniendo la mesa. Talbot hizo un gesto a su huésped para que no hablara. El obrero obedeció y se puso a cortar unos trozos de carne asada, vertiendo un poco de salsa Worcester sobre ella. La muchacha se marchó.

—Sí, en la montaña Stone. ¿Cómo lo sabe? —inquirió Buddy—. ¡Ah, será que ha visto desde aquí arder las tres cruces!

—¿Dieron fuego a tres cruces? —preguntó Talbot sin asombro, pero evidentemente impresionado, arrugado el ceño y la mirada fija en el joven.

Buddy optó por referir detalladamente lo que había visto. Talbot le escuchó, y de vez en cuando hizo gestos de asentimiento, chupando de la pipa con fuerza.

—Eso quiere decir —dijo cuándo Buddy acabó el relato—, que esos tipos vuelven a las andadas. Ya hacía más de dos años que no respiraban, aunque a mí siempre me pareció que no por eso estaban muertos. La mala hierba revive cuando no se tiene el cuidado de

vigilarla y arrancar las raíces. Bueno, hijo, ¿no ha oído hablar nunca de los «ku-kluxes»?

Buddy tragó un trozo de carne, bebió un trago de cerveza y denegó con un gesto, mirando interrogadoramente a Talbot.

—El «Ku-Klux-Klan», hombre —aclaró Talbot, bajando la voz y mirando hacia el *hall* de entrada, donde no había nadie—. ¿De dónde es usted?

—De Florida, Miami —repuso Buddy—. Espere... —arrugó el ceño, pensativo—. Bueno, he oído algo de esa sociedad de chiflados. En un magazine, hace años. A alguien más, pero como en esto país hay tanta sociedad de extravagantes, siempre creí que eso sería un club de majaderos. Lo de esta noche lo ha demostrado. Pero no me hizo gracia que quemaran las cruces. Tengo mis ideas religiosas...

—No lo tome a broma, muchacho —repuso Talbot, cargando de tabaco su pipa—. No son majaderos, ni chiflados esos «ku-kluxes». ¿Sabe lo que son? Pues unas pandillas de asesinos. Ya verá cómo más de un «moreno» va a tener que sentir la reaparición de esos granujas, hijos del diablo. Y algún judío, y tal vez algún católico.

—¿Se meten contra nosotros? —inquirió Buddy, poniendo cara de desafío—. ¡Ya suponía yo que eso de quemar las cruces, tres cruces! Pues, óigame, señor Talbot, no me asustan esos fantasmas encapuchados, hijos del diablo. Supongo que la Policía cortará en seco esas cosas, ¿no?

—Si trabajan clandestinamente, difícil va a ser echarles el guante —repuso Talbot, pensativo—. Por otra parte, los malditos van a la Stone y prenden fuego a las cruces, lo que quiere decir que ya desafían. Hijo, son gentes de cuidado, entiéndalo. Tipos adinerados, muchas veces hombres de buena posición social. Dicen que son patriotas cien por cien y que luchan por elevados fines, como, por ejemplo, la segregación racial.

—Una barbaridad, digo —interrumpió Buddy, poniendo ante él un plato de pastelillos de pescado con patatas fritas—. Todos somos hijos del buen Dios y nadie ha dicho que una raza no lo sea. No soy muy culto, pero eso se le ocurre a toda persona honrada. Bueno, en este Sur somos de lo más atrasado de la Unión. Así nos va.

—El racismo lo llevamos en la masa de la sangre, muchacho. Sobre todo los que hemos sido inculcados en ello desde pequeños —murmuró Talbot—. A mí no me estorba ningún «moreno», pero le

digo con franqueza que si en mi hotel no entra ninguno, yo no voy a buscarlos. Pero tampoco les deseo mal alguno.

Se levantó de la silla y se dirigió a su despacho mientras fumaba en la pipa con aire contrariado y pensativo.

Sentóse ante su mesa y contempló fijamente el aparato telefónico, sobre el mueble. Aspiró una bocanada de humo, tosió un poco y cogió el microteléfono tras vacilar unos segundos. Luego marcó un número y se puso a la escucha.

—¿Cuartel General de la Policía? —preguntó con voz queda, mirando hacia la puerta de la estancia, que había cerrado.

—Cuartel General, sí. ¿Qué pasa? —preguntó una voz seca, imperativa.

—Le habla un vecino de Stone Mountain. Es para decirles que esta noche, hace un par de horas, los «ku-kluxes» han estado en la montaña, con sus túnicas y sus capuchas, y han quemado tres cruces. Luego les ha arengado el «Gran Dragón» y, bueno, ya sabe lo que eso supone, ¿no?

—¡Vaya! Quiero suponer que eso que dice no es una bromita, ¿eh? —dijo el sargento de guardia, en Atlanta, tomando unas notas—. ¿Quién es usted y cuál es su dirección?

—Soy Talbot, dueño del hotel Marión. Pero esto que le digo, y es un secreto, me lo ha referido un tal Buddy, empleado de la Bell, que ha presenciado esa ceremonia. No sé si algún vecino habrá visto desde aquí esos fuegos. Supongo que sí, y eso afirmará mi declaración. Quiero que no conste lo que le digo bajo mi nombre, sargento. Ya sabe cómo son esos tipos...

—No constará, Talbot. Gracias por el informe. Esto no es cosa nuestra, ¿sabe?, pero se lo contaremos a los del

F. B. I.,

que son los que les meten en cintura a esos fantasmones. Gracias.

Talbot colgó lanzando un hondo suspiro. Estaba contento por lo que había hecho. Pero también sentía un principio de temor a las represalias de los infernales «ku-kluxes». Se enteraban de todo por medios misteriosos y sus venganzas tenían un tono demoníaco de crueldad y astucia, especialmente contra quienes demostraban animosidad contra ellos.

Buddy se fue a la cama poco después, pues tenía que madrugar para ir revisando las líneas telefónicas, los postes y tendidos de la

región.

Talbot ya no pudo conciliar bien el sueño aquella noche. Su esposa, a quien enteró de lo que sucedía y lo que había hecho él, contándole a la Policía, le reprochó duramente esta acción, que en el fondo aprobaba, pero temía que los «ku-kluses» se enteraron y la tomaron con ellos.

Por la mañana, al siguiente día, el dueño del hotel observó que en la plaza del pueblo, cerca del mercado, había dos coches-patrulla de la Policía parados, y sus ocupantes, agentes uniformados, permanecían dentro de sus vehículos, al parecer sin otra misión que estar allí, observando.

La esposa de Talbot, mientras verificaba sus compras en el mercado, se enteró, por otras vecinas, de que distintas personas, la noche anterior, habían divisado en la cima de la Stone Mountain, el fulgor de los fuegos encendidos por los del «Ku-Klux-Klan».

Un estado de inquietud latente se estaba extendiendo por el pueblo. Sabían lo que aquella demostración nocturna significaba. No hacía mucho, un par de años, los fuegos fueron encendidos en la montaña cercana, y seguidamente tuvieron lugar actos de violencia, de opresión, y corrió la sangre.

Un negro asesinado en circunstancias brutales, de noche, tras haber sido sacado de su cama por hombres vestidos con túnicas blancas y capuchas. Una bomba que hizo explosión en el templo católico, también durante la noche...

—Está la Policía en la plaza —dijo la esposa a su asustado marido—. Tal vez eso les quite las ganas a esos fantasmones. Pero no debes temer tú nada, Jim —siguió, al ver el rostro del hombre, de un color ceniciento, con la mirada de perro apaleado, que fumaba incesantemente en la pipa—. La Policía no habrá cometido el desatino de proclamar que fuiste tú el que los avisaste. ¡Bueno estaría, después de portarte con lealtad!

—¿No? —repuso Talbot, encogiéndose de hombros con desprecio—. ¡En mala hora se me ocurrió esa oficiosidad! ¿No sabes que entre esos tipos hay hasta senadores, abogados, industriales? ¡Y hasta policías! ¡Espera a ver si el que recibió mi recado anoche no era un «kludd» maldito!

—Bueno, bueno, anda a hacer tus cuentas y no te metas debajo de la cama —arguyó la esposa en tono duro. La asustaba el miedo

del marido porque en el fondo reconocía que la cosa era como para no estar tranquilos. El «Ku-Klux-Klan» tenía oídos y ojos en todas partes. Sus componentes convivían con la comunidad, eran parte de ella y conocían a todos y cada uno de sus convecinos. Debido a que tenía que actuar clandestinamente, pues el

F. B. I.

estaba al acecho siempre, eran por ello mucho más peligrosos.

Pero el día fue transcurriendo sin que ocurriera incidente alguno. Los coches-patrulla de la Policía estuvieron hasta el mediodía y luego se marcharon, dirigiéndose a Atlanta.

Los tres agentes uniformados dependientes del Ayuntamiento no demostraban inquietud alguna ni hicieron nada que revelara que estaban alerta. Claro que los vecinos pensaban si no serían ellos también unos astutos «kludds»...

Pero a media tarde, hacia las cinco, se detuvo un coche ante el porche del hotel Marión y de él bajó un hombre alto, joven (unos treinta y tres años), de rostro simpático, bastante bien trajeado.

Entró en el «*hall*» el ocupante del coche y se dirigió hacia el mostrador de recepción, tras el que Talbot, sentado en una alta banqueta, trabajaba haciendo sus cuentas. Al ver al hombre, dejó sobre el mostrador la pluma estilográfica y esbozó una sonrisa oficiosa. Tal vez un nuevo huésped.

—Buenas tardes —dijo el recién llegado, sonriendo también afablemente. Metió la mano en el bolsillo interior de la americana, y sacó una especie de carnet, que mostró con disimulo a Talbot, el cual lo miró. Y luego quedó expectante, con la pipa colgando de la boca—. Es referente a lo que dijo anoche al Cuartel General de la Policía, en Atlanta. Quisiera ampliar unos datos...

—Sí, agente —dijo Talbot con voz ligeramente temblona—. Creí que era mi deber denunciarlo... Pero crea que después he llegado hasta arrepentirme de ello. Ya sabe por qué...

—No tema, Talbot —la sonrisa del visitante se hizo más amplia, más confianzuda—. Si todos hicieran lo que usted, echar una mano cuando hace falta, las cosas serían más fáciles y ellos no harían lo que hacen. En fin, el

F. B. I.

es quién se encarga del asunto, y debe de saber que...

—Sí, sí; no lo dudo, pero han ocurrido, en otras ocasiones

anteriores, que ustedes intervenían, y ocurrieron cosas peores que malas. Ya sé, hombre, que detrás de cada vecino no puede colocarse un agente especial, guardándole, pero el que más y el que menos se echa a un lado, por si le toca recibir los palos.

—¿Quiere referirme lo que vio bu huésped? ¿No está él aquí? Me gustaría hablar con él —dijo el agente especial Adam Toney, de la División de Atlanta del

F. B. I.

—Está arreglando los tendidos de línea de los teléfonos, por ahí. Es de los que suben a los postes, ¿sabe? Lo tengo aquí hace quince días y es un buen chico. Vendrá a la noche. Pero, bueno, yo repetiré lo que él me dijo.

Y Talbot lo repitió con toda fidelidad. El agente federal Toney tomó algunas notas en un bloc mientras escuchaba sin interrumpirle.

—¿No se le ocurrió apuntar la matrícula de algunos de los coches que había en la plazoleta? —dijo después, pensativo—. Hubiera sido una excelente idea.

—Buddy no sabía lo que aquello significaba. Apenas si ha oído hablar del «Ku-Klux-Klan». Es muy joven y por cierto, poco culto. Solamente, me dijo, le había sulfurado, porque es católico, el que quemaran tres cruces los «ku-kluxes». Lo consideró como una grave ofensa para la religión.

—Es cierto. Si esos tipos son tan canallas, que hagan lo que quieran en sus casas, pero no en público repuso el agente federal en tono brusco. —Bueno, Talbot, usted, que lleva aquí muchos años, habrá conocido a ciertos vecinos que antes fueron del «Ku-Klux-Klan», ¿no?

—Conocí a dos, pero han muerto. Uno, en la guerra pasada; el otro, ya viejo. Creo que en el pueblo no había más que esos dos —repuso Talbot.

—¿Ninguno de esos dos hombres han dejado hijos que ahora puedan tener una edad superior, por ejemplo, a los veinte años? Que puedan ser lo que fueron sus padres, quiero decir.

—Está Mark Wendeil, que tiene veintiocho años. Es el hijo del viejo Wendeil. Y Corey, el que murió en la guerra, ha dejado una hija de unos veintidós años. Una guapa chica que es formal y no creo participe de las ideas de su padre a ese respecto.

—¿Qué hace Mark Wendeil? —preguntó Toney, tomando notas en su block—. ¿Es hombre de dinero?

—Tiene en Atlanta un negocio de representación de coches. Le va bien, según creo. Pero también sé que le gusta divertirse demasiado. Es soltero y vive aquí, con una tía suya, porque también su madre murió hace poco. Yo diría que ese jovencito, por divertirse quizá y porque tiene mala ralea desde pequeño, es muy capaz de ser un «kludd». Vigílenlo, agente.

—Gracias. Talbot. Es una buena noticia la que me da. Ahora, ¿quiere decirme qué piensa de las autoridades de este pueblo? Los tres agentes del Ayuntamiento, el alcalde, los concejales...

—Buenos y malos. El alcalde y los concejales, atentos a su medro personal, a freírnos con nuevos impuesto, a prepararse con sucios manejos para ser reelegidos dentro de unos meses, en que habrá elecciones. Por cierto que el joven Wendeil los apoyara, según me han dicho. Tiene mucho dinero, y lo empleará en comprar votos. Luego pasará la factura a sus compadres.

—¿Y los agentes del Ayuntamiento? —inquirió Toney, sonriendo.

—¡Bah! Ésos son unos pobres diablos, mal pagados, que para poder vivir se dedican a imponer multas, sobre las que tienen una comisión. Esto no quiere decir que si tienen ocasión, hagan lo que sus jefes, es decir, robar y maltratar a los vecinos. Wendeil es el cacique de aquí, como lo era su padre.

—Un bonito panorama, por lo que me dice. Pero ya veo que la raíz dg todo esto no está aquí, sino en Atlanta, la capital. ¿Viven aquí muchos individuos de raza negra?

—Una docena, que suelen ser sirvientes en las granjas. Nunca ha habido conflictos con ellos, que yo sepa. Ya sabe que no son considerados como personas, y ellos lo aceptan sin protesta. No tienen derecho al voto, ni a casi nada de lo que tenemos los blancos, Pero ya verá cómo esos hijos del diablo encuentran motivos para meterse con ellos.

—Es de temer. Bien, amigo Talbot —tendió su diestra el agente federal al obeso dueño del hotel Marion, todo esto que me ha dicho es como si lo hubiera contado a esta mesa, puede estar seguro. Le pido seriamente que si algo sabe sobre este asunto, o vea u oiga, nos telefonee inmediatamente. Agradecemos la buena voluntad de las

personas como usted para una causa justa como es ésta. Y no tema por su propia seguridad. Ni revele temor. Y dígame a Buddy que no cuente a nadie absolutamente lo que vio, ni haga comentarios.

Talbot vio partir el coche del agente especial con una mécula de alivio y temor. Estaba contento de haber advertido a las autoridades lo que ocurría. Su conciencia honrada se lo impuso. Pero también pensaba que eso tenía sus peligros. ¿Quién le protegería contra aquellos «ku-kluxes», «dragones», «kludds», «klokards», «caballeros», «cíclopes» y demás ralea, mandados por el «Gran Dragón» o jefe supremo del «Ku-Klux-Klan», del Estado de Georgia, la principal sede de la sociedad? ¿El

F. B. I.?

Tal vez, pero no estaba muy seguro de ello. Por lo pronto, los agentes especiales estaban en Atlanta y no allí, en el pueblo. Un golpe de mano de los «ku-kluxes», rápido, certero, a traición, como acostumbraban, y ya el

F. B. I.

tendría que operar sobre el caso del asesinato, es decir, cuando la cosa no tuviera remedio para él.

Pensando así, Talbot entró de nuevo en su despacho. Fue a su mesa y abrió un cajón, sacando un revólver «Colt», calibre 38 y una caja de municiones. Tenía el arma descargada, pero ahora llenó el tambor de balas, tras hacer funcionar varias veces el gatillo y ver que estaba bien engrasada.

Tenía licencia de uso de armas, por razón de su profesión, aunque en realidad la solicitó porque de siempre había temido a los «klu-kluxes», temido y odiado, justo era decirlo.

Hacía unos años, la «invitaron» a cotizar para la sociedad. Fué un individuo desconocido, mal encarado, y él se negó a hacerlo, el «kludd», sonriendo, pareció aceptar la negativa de buen grado, pero le dijo que era una lástima que por unos dólares renunciara a ser considerado como un buen sureño, defensor de las tradiciones, y que eso tenía sus peligros.

Ahora, el «peligro» aquel que le advirtieron, podía presentarse. El «Ku-Klux-Klan» tenía memoria de elefante. Jamás olvidaba a sus enemigos, incluso de padres a hijos sufrieron la venganza implacable de los encapuchados siniestros. Su norma era el terror y por él la obediencia ciega. Unas veces a cara descubierta en su

actuación, y otras clandestinamente, según que las autoridades los persiguieran a fondo o no, operaban siempre.

Talbot, que usaba un mandil gris, o guardapolvo, amplio, para evitar que rozara su traje, metió el revólver en el bolsillo trasero del pantalón, y con él seis balas de repuesto. En adelante no se desprendería del arma. Ni de día ni de noche. Era hombre valeroso, íntegro, y se aprestaba a la lucha con ánimo decidido. Sí le atacaban, se defendería con todas sus fuerzas, Ya estaba preparado para ello.

II



UDDY estaba encaramado en un poste de la línea telefónica que corría por la carretera 78, entre el pueblo de Stone Mountain y Loganville. Ahora estaba más cerca del primer pueblo que del segundo, y desde lo alto del poste divisaba perfectamente la montaña en la cual, la noche anterior, se había producido aquella extraña escena, que presencié.

Tensaba los hilos de cobre, utilizando para ello la polea, que tiraba del cable hasta dejarlo tenso. Las tormentas del invierno anterior, el hielo y el viento, habían dejado algunos conductores flojos, que oscilaban y con ello producían trastornos en la recepción telefónica.

Por su cintura pasaba el ancho cinturón, que enlazaba o abrazaba su cuerpo al poste. Y en sus botas tenía los punzones sobre los que se sostenía, hundidos en la madera del poste. Echado hacia atrás, para tener libertad de movimientos, trabajaba con la polea y

con unos alicates, dando vuelta a los cables sobre sus aisladores para dejarlos tensos.

En la boca, la pipa, de vez en cuando miraba a su alrededor, sobre todo cuando pasaban los coches y camiones por la carretera, a su lado y por debajo.

Pero miraba mucho más a aquella montaña, a la que había tomado ojeriza, por lo que en ella sucedió la noche anterior, Sus convicciones religiosas se sentían heridas, ofendidas. Quemar tres cruces. Dios santo, aquellos salvajes...

Era casi media tarde ya. Él sol daba calor, aunque la brisa de las colinas y montañas no permitía que fuera sofocante. Consideraba que su oficio era bastante perro. Siempre al aire libre. Con frío, con hielo, con lluvia o nieve, si había averías en las líneas era indispensable subir a los postes y arreglarlas. Y en verano, bajo un sol de fuego...

Miró hacia abajo y a un lado, al final de la carretera, que hacía un recodo. A lo lejos, la población de Stone Mountain, brillantes los tejados bajo los rayos solares. A su alrededor, el monte, con rocas, árboles y jaras. Y los coches y camiones pasando raudamente sobre la asfaltada carretera.

Tensaba un cable con la polea, haciendo esfuerzos para hacer que diera una vuelta más sobre uno de los aisladores verdes, cuando oyó el ruido de una seca detonación abajo y a un lado. Casi a su espalda.

Inmediatamente, pudiera decirse que al mismo tiempo, un silbido agudo, y una esquirla de madera, en el poste, se levantó, incrustándose algo en él.

Buddy, atónito, dejó la polea, mirando algo. Era el pequeño hoyo en la madera, donde se levantó la astilla, Estaba casi cubierto por algo redondo, brillante.

El operario de la Bell Telephone había estado en Corea luchando y sabía muy bien lo que era aquello. Una bala de rifle o fusil. La detonación que oyó, y el silbido, también le eran conocidos.

Palideció, mirando a su alrededor, y abajo. En aquel momento no pasaba ningún coche o camión. Pero allí estaba el monte, con sus fragosidades, las rocas, los matorrales...

Iba a quitarse el cinturón para bajar del poste. Ahora recordaba algo que le hizo estremecerse. Los del «Ku-Klux-Klan». ¿Por qué, si

no, le estaban tiroteando, y no en broma, sino con bala de rifle?

Se inclinó para ver si divisaba a su agresor. Era por detrás donde estaba el asesino, o un poco a un lado, según estaba la bala incrustada en el poste. Y en aquella dirección oyó el disparo.

No se llegó a quitar el cinturón. Una segunda detonación sonó, que le hizo estremecerse. Y al mismo tiempo, un golpe en la espalda, en el omoplato izquierdo. Algo que de momento no le causó daño grande. Pero inmediatamente, dos segundos después, sintió un agudo pinchazo dentro de su cuerpo, entre el pecho y la espalda.

Se abrazó con fuerza al poste, cerrando los ojos. No podía respirar. Y sentía correrle la sangre por la espalda hasta la cintura, bajando por los muslos, las piernas, los pies, hasta deslizarse por el poste hacia abajo.

Era la muerte, lo sabía. Sus pulmones no funcionaban. Ni entraba aire en ellos ni salía. Aferrado con fuerza al poste, veía llegar con infinita angustia la muerte. No oía el rumor de algún coche que pasara. No pasaba ninguno.

Le dio tos, una tos que le arrancó un gemido de dolor. Vomitó sangre en abundancia.

Era la muerte. Ahora parecía flotar en el espacio. No oía nada, no veía nada. Solamente que se iba, casi con dulzura, en un sopor creciente. Dentro de su cuerpo, un rebullir siniestro. El aire que faltaba y los pulmones que fallaban, trabajando heridos. Y el corazón, que se iba parando poco a poco, como si se durmiera...

Tosió con enorme violencia, aferrado con todas sus fuerzas al poste. Se estaba muriendo y, sin embargo, tenía miedo de caerse al suelo, de hacerse daño...

La vida de Buddy se extinguió con aquel vómito de negra sangre. Todo había sucedido en tres minutos escasos. Ahora la sangre bajaba, brillante, líquida, por el tronco o poste.

La cabeza del muchacho estaba recostada sobre los alambres de cobre, que zumbaban débilmente al tensarse más por el peso. Abrazado al poste, la muerte le sorprendió, furtiva, traidora.

Diez minutos después, un camión grande, pintado de rojo, zumbando su motor, apareció en la recta de Loganville. Antes de ir a tomar la curva, hizo sonar dos veces el claxon, de tres voces agudas, como trompetas de guerra.

—¡Eh, mira ahí, a ese poste! —dijo el ayudante del conductor—. ¡Frena un poco! ¿No has visto?

—¿El qué? ¡Ah, bueno! El tipo ese que está arreglando la línea del teléfono —repuso el conductor, frenando algo la marcha—. ¿Y qué?

—Ha dado el sol sobre eso rojo que hay debajo de él —dijo el ayudante, asomando la cabeza por la ventanilla de la cabina—. ¿No ves que el tío no se mueve y que está abrazado al poste? Acércate más, anda. Si eso no es sangre, yo soy entonces Roosevelt.

—¿Se habrá quedado electrocutado? —preguntó el conductor, arrimando el camión a la cuneta, a unas diez yardas del poste. Se bajaron y miraron fijamente a lo largo del poste—. ¡Es sangre!

—¡Claro que lo es! Pero creo que los electrocutados no echan sangre. Además, esos hilos no llevan corriente de muchos voltios, como para matar.

—Bueno, me parece que el hombre... —El chófer rodeó un poco para mirar, desde abajo, la cara de Buddy—. Ni se mueve, chico. Tiene el pecho, la camisa, empapada. ¿No ves sus ojos?

—¡Condenación, hay que subir y ver si todavía no está muerto! —farfulló el ayudante—. Pero el poste, fíjate, esta hasta el suelo con ese reguero de sangre... ¿Y cómo subimos?

—Espera. Voy a meter el camión debajo del poste —el conductor entró en la cabina, puso en marcha el motor y condujo el pesado vehículo, que era un capitoné, con techo alto, todo él metálico, dedicado al transporte de mudanzas, de una entidad de Atlanta.

Buscó un sitio llano, en la cuneta, que hiciera algo de puente, y lanzó el camión, que, rugiendo el motor, franqueó el obstáculo, entrando en el campo. Luego lo detuvo debajo del poste.

—Sube al techo —dijo al ayudante, que había estado esperando—. Desde arriba podrás ver mejor si está muerto. Si estiras los brazos podrás bajarlo, pero despacio.

El ayudante obedeció. Subió al techo de la cabina de conducir y desde allí a lo alto del camión. El conductor, impaciente, subió también para ayudarle si hacía falta.

Un coche de turismo se acercó, deteniéndose a corta distancia. De él bajaron un hombre y una mujer, que contemplaron con gran asombro la escena.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre, joven, elegantemente

vestido, como la mujer, joven y bonita, con grandes gafas oscuras.

—Este hombre, de los teléfonos, que está muerto, agarrado al poste —dijo el conductor—. ¿No ve el agujero que tiene en la espalda, en la camisa? Es un balazo señor. Completamente seguro, Desde aquí lo vemos bien.

Estaban los dos hombres subidos en el techo del camión y desde allí podían tocar el cuerpo de Buddy, abrazado al poste, con la cabeza sobre los hilos de cobre del tendido.

—¿Van a bajarlo? —preguntó el individuo del turismo. La mujer, aterrada, lanzaba gritos de horror y preguntaba cómo era posible que hubieran matado de un balazo a un obrero cuando estaba trabajando pacíficamente.

—Claro. Creo que es lo que debe de hacerse, ¿no? —repuso hoscamente el conductor.

—Pero es que creo que hay que avisar antes a la Policía. El «sheriff» del condado se enfadará si se altera todo... ¿Está muerto, seguro? Solamente si respirara todavía podrían bajarlo.

—Está muerto, eso es seguro —afirmó el ayudante, contemplando el cadáver de Buddy. Estiró un brazo y poniéndose en puntillas pudo alcanzar una mano del cadáver, tomándole el pulso—. Está caliente todavía, pero no tiene pulso. ¿Qué hacemos?

—Una cosa —repuso el hombre del turismo—. Voy a avisar a la Policía de Stone Mountain, para que vengan. Vamos, Ethel, querida —empujó a la muchacha hacia el coche—. ¡Ustedes esperen aquí, porque hará falta el camión para bajar el cadáver! —gritó al conductor y a su ayudante.

—¡Mejor será que telefonee a la Policía de Atlanta, señor! —chilló el conductor—. Los policías de Stone no saben su oficio y nos van a tener aquí esperando mucho tiempo. Tenemos que ir a nuestra obligación. Telefoneen desde el hotel Marión, que está a la entrada del pueblo, en esta misma carretera.

El turismo, un «Cadillac» descapotable, partió velozmente. Tomó la curva y desapareció en la lejanía. Los dos hombres del camión se sentaron en el techo, esperando mientras comentaban aquel macabro y terrible suceso. Prepararon las cuerdas y un par de mantas, para cuando hubiera que bajar el cadáver de Buddy.

Los ocupantes del «Cadillac» llegaron al pueblo diez minutos después. Vieron el edificio de tres plantas del hotel Marión, y el

hombre se bajó, entrando en el «hall». Talbot, sentado en el comedor, leyendo un diario, se levantó, mirando atentamente al visitante.

—¿Puedo telefonear aquí a la Policía de Atlanta? —preguntó el individuo, quitándose las gafas oscuras. Su voz revelaba alteración nerviosa—. Ha ocurrido algo terrible...

—¿Sí? —inquirió Talbot, palideciendo un poco. Y su mano derecha abrió el guardapolvo gris que llevaba sobre su traje y fue a posarse sobre la culata de su «Colt», en el bolsillo posterior del pantalón—. ¿Qué ha pasado?

—Un obrero de los que arreglan las líneas, que está muerto de un balazo en la espalda, subido en un poste —dijo el individuo, moviendo la cabeza—. ¡Vaya una cosa más misteriosa! ¿Dónde está el aparato?

—Ahí... —señaló con la mano Talbot la entrada a su despacho, lívido el grueso rostro—. Pase, pase. ¡Dios mío, Dios mío! —Se apoyó en el mostrador mientras entraba en el despacho el hombre—. ¿Cómo lo han sabido esos hijos de perra, ateos, canallas asesinos?

Oyó cómo el hombre del «Cadillac» explicaba a la Policía de Atlanta lo que sucedía. Luego salió del despacho, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Me han dicho que eso es del

F. B. I.,

y que les darían el recado inmediatamente. ¿Por qué del

F. B. I.?

—dijo el hombre, asombrado—. Pues los del camión están allí esperando para ver si tienen que ayudar a bajar el cadáver.

—¿Es... joven, el muerto? —preguntó Talbot con voz vacilante, mirando con ansiedad al dueño del «Cadillac».

—Sí. Unos treinta y dos años, o así. ¿Le conoce usted acaso?

—Creo que sí. Era mi huésped, sabe... Andaba reparando líneas y se alojaba aquí. ¡Dios mío, esto clama al cielo! —Se sentó en un sillón de mimbre, desfalleciendo, a punto de sollozar.

—El F. B. I. lo aclarará todo —dijo el hombre en tono animoso, poniéndose las gafas—. Bueno, tengo que marcharme. Ya he dado a la Policía mi nombre y dirección por si me necesitan. Mi mujer va a ser mamá dentro de poco y esto no le va a sentar nada bien,

demonios. Adiós.

Talbot quedó inmóvil, la cabeza inclinada sobre el pecho, con la sotabarba sobresaliendo. Respiraba con dificultad, aplastado por la angustia, el pánico, la rabia.

—¡Irene! —gritó de repente con voz ronca, estrangulada, levantando la cabeza—. ¡Irene!

Sonaron unos pasos en la cocina y entró la esposa de Talbot, un poco sobresaltada por la forma descompuesta de hablar de su siempre comedido marido.

—¿Qué te pasa, hombre? —dijo, mirando a Talbot—. ¡Estás blanco! ¿Qué te pasa?

—Me pasa... —Talbot se levantó del sillón con dificultad, mirando fijamente a su esposa—. ¡Han asesinado a Buddy cuando estaba subido en un poste! ¡Un balazo en la espalda! —rugió, apretando los puños, echando llamas sus ojos—. ¡Ya han empezado esos «gangsters»!

—¡Dios mío! —gimió la mujer, juntando las manos sobre el pecho, muy pálida—. ¡Buddy, el pobre chico!... ¿Cómo lo sabes?

—¡Lo que yo quisiera saber es cómo han sabido esos pandilleros que Buddy les vio en la montaña! ¿Cómo lo han sabido, Irene? —La miró con ferocidad, acercándose a ella lentamente, apretados los puños—. ¡Yo no se lo dije a nadie del pueblo! ¡El chico tampoco lo habrá dicho, porque yo le recomendé guardara silencio! ¡Comadre, tú lo has ido contando por ahí, porque para eso eres mujer! ¡Tú lo has dicho en el mercado, a tus amigas, tan comadres como tú! ¡Lenguas de víbora! ¡Tú has matado a ese chico!

La esposa de Talbot, amedrentada, retrocedió. Jamás había visto a su marido tan colérico, tan lleno de horror e indignación.

—¡Yo no he hecho eso! —exclamó con voz débil, llena de espanto—. No he dicho nada a nadie. Bueno... a casi nadie. La señora Brown es de absoluta confianza, lo sabes. Y la señora Menzies. Las encontré en el mercado. Me dijeron que les habían dicho que se vieron los fuegos de las cruces...

—¡Les dijiste que el muchacho, Buddy, había estado allí y que lo vio, y ha corrido la voz, comadre, lenguaraz! —Talbot levantó el brazo, con el puño crispado, amenazando a su esposa, que ahogó un grito de miedo, lívido el rostro—. ¡Por eso lo han sabido esos hijos del demonio y le han matado! ¡Y ahora me toca a mí, porque tú

habrás dicho que yo telefoneé a la Policía!

—Jack, te lo suplico... —ella retrocedió, temerosa de recibir un golpe, pues Talbot parecía exasperado hasta la locura—. Esas amigas no pueden haberlo dicho a esos hombres. Están contra ellos, naturalmente.

—¡Si no me importa, idiota, que vengan! —Sacó el «Colt» del bolsillo del pantalón y lo esgrimió con mano temblorosa, Irene gritó, creyendo que su siempre pacífico marido iba a disparar contra ella—. ¡Que vengan esos ateos, hijos de perra rabiosa! ¡No me importa morir, si es matando a esos canallas! ¡Lo que no puedo ni pensarlo es que por tu culpa, por vuestra culpa, deslenguadas malditas, han matado a ese pobre muchacho! ¡Vete, vete, Irene, o no respondo! ¡Fuera, fuera! —la empujó con violencia y ella huyó despavorida, sollozando.

Talbot se dejó caer sobre el sillón de mimbre, en las manos el «Colt», mirándolo como hipnotizado. Temblaba su obeso cuerpo como si fuera gelatina, y de su frente caía el sudor frío cual si estuviera bajo la ducha.

Se levantó, suspirando hondamente, en la mano el revólver. Fué a su despacho y se encerró en él. Dejó sobre la mesa el arma y cogió una pipa, llenándola de tabaco rubio. La encendió con ansia y aspiró el humo, jadeante.

Movía la cabeza con infinito dolor, intentando alejar de su mente la idea espantosa, alucinante, de que aquel excelente muchacho, tan inocente y sencillo, estaba muerto ahora. Asesinado por aquellos bandoleros, Y los bandoleros le mataron porque unas mujeres imbéciles, inconscientes, cotorras incorregibles, hablaron entre ellas y corrieron la voz...

Suspiró con fuerza. Estiró el brazo y cogió el aparato telefónico.

Miró un papel, sobre la mesa, en el que había apuntado el número del teléfono de la División del

F. B. I.,

en Atlanta. Lo marcó y esperó, aspirando el humo de la pipa como si fuera oxígeno que diera fuerza a sus pulmones.

—Soy Talbot, el dueño del hotel Marión, de Stone Mountain —dijo con voz queda, mirando hacia la cerrada puerta con prevención—. ¿Está el agente especial Toney? Él que estuvo aquí hace un rato...

—Habla con el inspector Bisbee, jefe de la División, señor Talbot —respondió una voz llena, enérgica—. Toney y otros agentes salieron para el lugar del suceso, donde fue asesinado Buddy. Dentro de pocos minutos estarán allí. ¿Quería algo?

—¿Que si quería? —aulló Talbot, golpeando la mesa con la mano izquierda—. ¡Vaya pregunta, caballero! ¡Quería que esos hijos de perra, ateos, no hubieran matado al pobre muchacho! ¡Lo menos que podía esperar de ustedes! ¡Que le ampararan, que nos amparan, ya que dimos la cara y denunciemos lo que iba a pasar!

—Señor Talbot, no chille, por favor —repuso el inspector con voz suave, condolido—. Nosotros hemos estado trabajando desde el mismo instante en que la Policía nos traspasó su denuncia. Hemos hecho lo que podemos.

—¡Sí!... ¡Todo menos amparar al chico! ¡Y ahora me tocará a mí, lo sé! ¡Pero no crea que tengo miedo, inspector! ¡Los espero y sabré recibirlos! ¡Lo que no sé, entonces, es para qué maldita cosa valen ustedes y por qué los ciudadanos nos gastamos millones de dólares en ustedes! —bramaba Talbot, golpeando la mesa con rabia, dando patadas en el suelo ebrio de rabia, la pipa bailando en su boca.

—¡Cállese, Talbot, o cuelgo! —gritó el inspector, furioso a su vez—. ¡Ese muchacho ha, sido asesinado porque ustedes, los que estaban en el secreto, quizá él mismo, han hablado por los codos y se han enterado los «ku-kluxes»! ¡Quizá sospecharon que Buddy les vio las caras y les podría denunciar! ¡Eso ha sido, y de eso no tenemos nosotros la culpa!

—¡Está bien! Yo no he dicho nada a nadie, palabra. Pero otros... —Talbot movió la cabeza con desesperación—. Perdone, inspector. Tal vez ha sido eso. Bueno, y ahora, ¿qué van a hacer para vengar a ese chico?

—Lo lamentable es que eso haya sucedido, Talbot. Nos duele mucho más que a Usted, debe figurárselo. Pero los que lo han hecho lo pagarán muy caro.

III



N la noche de aquel mismo día, pasadas las dos de la madrugada, un coche de turismo, grande, de buena marca, se detenía a unas doscientas yardas de la entrada del pueblo de Loganville, a unas diez millas de distancia de Stone Muntain, al Este.

Del coche se bajaron tres hombres vestidos extrañamente. Llevaban túnicas blancas, como mandiles, hasta casi los tobillos. Y la cabeza, cubierta con una capucha del mismo color, que les caía por encima de los hombros y tenían dos agujeros, para los ojos, y una abertura para la boca.

Sacaron los tres «ku-kluxes» del vehículo un paquete no grande y tres metralletas.

Hablaron entre ellos por espacio de un minuto y luego se

dirigieron hacia la entrada de la población buscando, en la noche clara, con brillo de estrellas, las sombras de los árboles de la carretera y luego de los edificios bajos.

Loganville estaba entregada al descanso, a aquella hora avanzada de la noche. Solamente algún perro ladraba, deambulando, al que contestaba, en la lejanía, otro.

Avanzaron despacio, cruzando la carretera rápidamente. En las casas no había luces. Solamente silencio. Los vecinos del pueblo, agricultores en su mayoría, no hacían vida nocturna, aunque madrugaban bastante.

La silueta de la capilla católica se recortó al entrar en una pequeña plazoleta los tres hombres. Era un edificio de madera, pintado de blanco, con una torre aguda y bajo ella la espadaña con la campana para llamar a oración o avisar si ocurría algún incendio o siniestro.

La puerta principal, en el atrio, estaba cerrada. A un lado, otra puerta, más pequeña y estrecha, igualmente cerrada. La nave tenía varias ventanas a cada lado, incluyendo lo que era la vivienda del párroco, el anciano McClare.

Uno de los «ku-kluxes» deshizo el paquete, que se componía de tres cilindros o cartuchos de dinamita. Con grandes precauciones colocó los fulminantes en cada cartucho y una corta mecha.

—Por fin, ¿qué hacemos? —preguntó uno de ellos a los otros dos, una vez que estuvieron arrimados al muro de la nave, en una zona donde no había luz de estrellas—. ¿Echamos abajo el templo, con el sacerdote dentro?

—No, hombre. Al viejo hay que sacarlo y darle solamente una buena paliza y que vea lo que le pasa a su capilla. Eso es lo que han mandado —repuso otro de ellos—. Así es que vamos a llamar y cuando salga, lo atrapamos y silenciamos. Mientras tanto, colocamos la dinamita.

Estuvieron escuchando unos momentos, por si algún vecino trasnochador anduviera por allí. Pero no se oía ningún paso. El silencio era absoluto.

Uno de ellos oprimió el botón del timbre que daba a la vivienda del sacerdote católico. En la puerta había un papel pegado, en el que estaba escrito que para avisar al párroco, de noche, con objeto de dar los Sacramentos o para cualquiera otro servicio religioso, se

llamara a aquel timbre.

Los tres «ku-kluxes» se arrimaron al muro, a cada lado de la puerta, esperando.

Pronto se encendió una ventana. Y después oyeron unos pasos, en el interior. Pasos pesados, torpes, arrastrando unas zapatillas.

—¿Quién es? —preguntó una voz cascada, detrás de la puerta.

—Dispense, padre, pero necesito sus servicios. Mi esposa se ha agravado mucho y quiere hablar con usted —dijo uno de los encapuchados, con voz quejumbrosa, impaciente.

—¡Vaya por Dios! —exclamó el anciano—. Tendré que ponerme los zapatos. Pero, pasa, pasa... ¿Quién eres?

Hizo funcionar la vieja cerradura y la puerta se abrió. Los tres hombres la empujaron con violencia y se echaron encima del atónito sacerdote, que fue zarandeado, golpeado, amordazado por una mano y sacado arrastras al exterior.

El padre McClare tenía más de setenta y cinco años y era de mediana estatura, aunque ya encorvado, debilitado, más que por la edad, por la vida de sacrificios que había llevado siempre, con precarios medios de fortuna. Era irlandés y en todo el contorno se le respetaba y quería, incluso por los protestantes y descreídos.

—Abre los ojos, viejo zorro —dijo uno de los encapuchados, el que le sujetaba brutalmente—. ¿Creías que íbamos a estar tolerando siempre tus sermones contra nosotros, llenos de embustes, azuzando a todos para que nos persigan a muerte? ¡Mira cómo va a volar tu templo!

El anciano sacerdote se debatió, horrorizado. Pudo librar su boca de la manaza del encapuchado y exclamo con voz temblorosa, cascada:

—¡No, por Dios! ¡Dejad la capilla! ¡No podéis cometer ese sacrilegio! ¡Ahí dentro, en el Sagrario, ésta la Sagrada Forma! ¡Por la Virgen Santísima, no hagáis daño a la Casa del Señor! ¡Es la Casa del Señor!

—Prepara la dinamita —dijo uno de ellos al que estaba manipulando con los cartuchos—. Pon uno en el altar, debajo; otro arrimado a una pared y, el tercero, ahí, en el atrio. ¡Mira, viejo tonto, cómo va a salir volando tu templo!

—¡No, no! —exclamó el sacerdote, angustiado, debatiéndose con energía—. ¡Es la Casa del Señor! ¡Matadme a mí, si tanto me odiáis,

pero dejad en par la capilla! ¡Por amor de Dios, no cometáis ese sacrilegio! ¡Lo pagaréis muy caro! ¡Dadme al menos el Cáliz! ¡Dejadme que lo saque!

—¡Después te enviaremos a ti al cielo, viejo tuno! ¡No chilles, no llares, que nadie te oye! ¡Y si vienen, mira estas armas! —exclamó el que le sujetaba, dándole un puñetazo en la cara—. ¡Vamos, aprisa, chicos!

El padre Me Clare, enloquecido por el horror, se debatió con extraña energía. Su alma irlandesa se sublevaba contra aquella tropelía salvaje de los «kutkluxes». No le importaba morir.

Se debato, luchó, recibió más puñetazos, empujones, pero su energía aumentaba con el feroz castigo. Y dio un tremendo empujón al que le sujetaba.

Otro de los encapuchados subía los seis escalones que daban al atrio, en la mano los cartuchos de dinamita. El tercero miraba a su alrededor, en la mano la metralleta, por si la vecindad se alarmaba y acudía alguien.

El padre McClare se deshizo de su opresor y emprendió la subida al atrio, adonde iba a llegar el encapuchado que llevaba los cilindros de dinamita. Vacilante, pero poseído de una energía insospechada, se tiró a los pies del hombre. El otro subía también para agarrarlo de nuevo.

El

«ku-klux»

de la dinamita le dio una patada al sacerdote en el pecho. Luego intentó seguir adelante. Pero la mano del anciano le cogió por un tobillo, tirando con fuerza.

El hombre cayó al suelo, los tres cartuchos de dinamita se le escaparon de la mano. Tenían el fulminante puesto. Uno de ellos chocó contra un escalón de piedra de la escalinata por la parte del detonador o fulminante.

Sonó una terrible detonación al estallar el cartucho, y los otros dos, por ese fenómeno llamado «simpatía», común a muchos explosivos, estallaron también con duplicado estruendo.

Parte de los escalones de piedra de granito fueron arrancados de cuajo o convertidos en esquirlas por la fuerza de la explosión. Fué una oleada de metralla, que se extendió en muchas yardas de distancia alrededor del lugar donde ocurrió la deflagración.

La puerta principal de entrada al templo, empujada por la onda expansiva, fue violentamente abierta de par en par, saltando la vieja cerradura.

La polvareda levantada se elevó hacia el cielo, cayendo con ella trozos de granito y arenilla.

El padre Mediare estuvo un minuto inmóvil, bajo los cuerpos de los tres «ku-kluxes», con sus túnicas blancas destrozadas.

El anciano abrió los ojos poco a poco. No sabía si estaba muerto, elevándose hacia el ansiado Cielo. Si aquello era la muerte, lo encontraba maravilloso. Nada de sufrir, ni de pasar de la vida al no ser en un desesperado trance por abandonar la miserable envoltura carnal.

Pero el caso es que veía. Con ojos humanos, veía. Y sentía también. Un atontamiento enorme. Todo le daba vueltas. La mente le iba dictando lo que le ocurría. Sentía una fuerte opresión sobre su cuerpo.

No parecía que estuviera muerto. El estallido de la explosión fue tan grande que no le cabía duda de que tras él estaba la muerte.

Sentía ahora que algo pegajoso y caliente le corría por la cara, ya bastante maltratada por los puñetazos que le dieran aquellos tres herejes. ¿Estaría herido, gravemente herido? ¿A punto de morir, reventado por la explosión?

Se movió un poco, para quitarse de encima aquel peso. La sangre que le corría por la cara no era suya. Miró hacia arriba y lo comprobó. Era de uno de aquellos hombres, encima de él. Un chorrito de sangre caliente.

Lanzó un gemido de horror al ver la cara del hombre, ahora sin la capucha. Una cara espantosa, acribillada de heridas, como de metralla. Y sus ojos, tan abiertos, tan sin vida y fijos...

Poco a poco, deslizándose, salió de debajo de los tres hombres, que tenían las túnicas rojas de sangre, destrozadas. Vio heridas horribles en el vientre, el pecho, las piernas...

Se puso de rodillas, atónito. No sentía dolor de heridas, ni de rotura en los miembros, Nada, sino atontamiento, sensación de mareo, angustia.

Jadeando, se levantó, apoyándose en las manos. Se irguió, vacilante. Luego, indeciso, temiendo estar herido, se palpó las piernas, el pecho, el vientre, la cabeza, llena de sangre, pero no

suya.

—¡Dios mío! —musitó con voz ronca, observando los tres cuerpos, tirados sobre la escalinata, en actitudes macabras—. ¡Estoy vivo, y ellos...! ¡Estoy vivo! ¿Por qué yo sí y ellos no?

Vio que uno de los «ku-feluxes» se movía un poco, retorciéndose convulsivamente. Fue a él, temblón, todavía no seguro de estar con vida e ileso. Se arrodilló al lado del moribundo, quitándole la capucha enrojecida.

—Hijo... —dijo con voz suave, llena de piedad—. ¿Te mueres? ¿Estás muy herido? Vives todavía, hijo mío. ¿Me oyes?

El herido abrió los ojos lentamente. Respiraba muy mal, y el sacerdote observó que tenía la garganta destrozada por las esquirlas de piedra.

—Hijo, ¿verdad que te arrepientes de lo que hiciste? —dijo el anciano, levantándole un poco la cabeza—. ¿Me oyes? Mírame un poco. Mira, hijo. Yo, en nombre de Dios Todopoderoso, te absuelvo de tu grave pecado —le hizo con la mano una cruz sobre el pecho mientras murmuraba una oración.

El herido cerró los ojos, estremeciéndose. Luego quedó inmóvil, con la boca abierta, sin que su pecho se moviera ya.

El padre McClare suspiró. Luego fue al lado de otro de los «ku-kluxes» y lo examinó. Estaba muerto, y le santiguó. El tercero estaba también muerto.

—¡Qué cosas hace el Señor! —murmuró, contemplando los cadáveres—. Los tres han muerto, y a mí me ha dejado vivir... Y yo que creía que estaba estorbando desde hace mucho tiempo.

Miró al atrio, que solamente tenía ligeros desperfectos, producidos por los trozos de piedra lanzados por la explosión. Luego miró al interior de la nave.

Al final, sobre el altar, distinguió las dos velas, una a cada lado del Sagrario, que estaban ardiendo normalmente, haciendo guiñados, como si le dijeran: «Tampoco han podido con nosotras».

Entró con paso lento, las manos unidas, rezando, conmovido. A cada lado del altar estaban las dos imágenes. Una, de la Virgen María, policromada, que le miraba con una sonrisa quieta, llena de dulzura. La otra, de Jesús, mostrando su Corazón.

El padre McClare estaba seguro de que aquella imagen jamás sonrió, antes de ahora. Era un rostro serio, casi doloroso, cual

correspondía, aunque dulce. Pero ahora tenía una extraña sonrisa, quizá de alegría.

Se arrodilló en el altar, rezando. Luego abrió el Sagrario y sacó el Cáliz, de plata sobredorada, regalo de sus feligreses católicos, bastante numerosos. No; no estaba estropeado. Ni siquiera sucio por el polvo de la explosión. Y dentro estaba la Forma intacta, blanca como un lirio.

—Gracias, Señor —murmuró conmovidamente, arrodillándose—. Gracias por tu divina ayuda.

Salió de la nave despacio. Ya estaban en la puerta quince o veinte hombres, en pijama, o cubiertos con mantas, que se mostraban atónitos al ver los tres cadáveres con las túnicas rojas de sangre, destrozadas.

—¿Le han hecho algo, padre? —preguntaron mirándole con terror, pues el sacerdote estaba con la cara manchada de sangre y muy maltratada por los golpes que le dieran. Y su ya raída sotana era un muestrario de manchas de sangre, polvo y colgajos—. ¿Los mató usted?

—¡Chis! —murmuró el anciano poniéndose un dedo sobre los labios hinchados—. No los maté yo. ¿Cómo iba yo a poder con esos tres hombres? Fue la dinamita que llevaban para volar nuestra bendita casa. Fué... alguien que no permitió que ocurriera semejante cosa.

Se volvió hacia la nave señalando el altar, las imágenes, el Sagrario. Los vecinos se arrodillaron murmurando entre ellos.

Poco después llegaba un coche patrulla de la Policía en el que iba un agente especial del

F. B. I.

Numerosos coches recorrían la región aquella noche, vigilando constantemente las carreteras, los pueblos, las granjas donde se albergaban negros, católicos y algún judío.

El agente especial, Farrell, interrogó a los vecinos. ¿Conocían a alguno de los muertos? ¿Eran vecinos o simplemente conocidos?

Pero nadie pudo decirle quiénes eran. Desconocidos en el pueblo y sus alrededores. Y no llevaban encima documentación los muertos.

Mas el coche que habían dejado a la entrada del pueblo le dio algunos datos al agente federal Farrell. La documentación del vehículo indicaba que pertenecía a Clark Warrior, de Atlanta

(Georgia).

Inmediatamente funcionó el radioteléfono del coche policial, comunicándose con la División del

F. B. I.,

en Atlanta. Era preciso averiguar quién era aquel Clark Warrior, ahora muerto. Se dieron las características del coche, un «Chevrolet» último modelo, negro y crema, sedán, siete plazas.

El inspector de guardia nocturna, Wilkins, puso en movimiento los medios numerosos de que disponía para la investigación. Ordenó el traslado, en una ambulancia, de los tres cadáveres a la Morgue de la Ciudad.

Media hora después se sabía que Clark Warrior, de treinta y tres años de edad, soltero, que vivía en el 425 de Simpson Street, en una casa de lujo, era abogado, aunque no ejercía.

Años antes se le había formado expediente por prevaricación, ayuda ilegal en la defensa de gánsters, comprando testigos falsos, y fue expulsado del Colegio de Abogados, además de pasar seis meses en un penal.

Wilkins, el inspector de guardia, tenía ya en su poder un hilo para sacar la madeja, tan enredada. Aquella noche, una veintena de agentes especiales recorrían la ciudad buscando la filiación de los otros dos hombres que murieron ante la capilla del padre McClare. Warrior no tenía familia en Atlanta. Pero sí en el puerto de Savannah, en la costa del Atlántico. Sus padres. Y otro hermano menor que él.

Un avión partió, casi al amanecer, para aquel lugar con dos agentes especiales. Ahora comenzaba a entrar en acción el

F. B. I.,

después de la sorpresa causada por la muerte de Buddy y ahora el atentado contra la capilla del pueblo de Loganville.

A las nueve de la mañana, hora en que entró de servicio el inspector jefe de la División, Bisbee, mandó llamar al agente especial, Toney, quien llevaba especialmente aquel caso de la reaparición del «Ku-Klux-Klan» en Georgia, Estado en el que, desde siempre, había partido la organización y desarrollo de la secreta sociedad racista, terrorista y falsamente patriótica.

—Ya tenemos un punto de partida, muchacho —dijo Bisbee a Toney, enseñándole los informes llegados horas antes, procedentes

de los agentes especiales que había trabajado la noche anterior en el caso.

Toney los leyó con interés. Su jefe le miraba mientras fumaba un cigarrillo. El agente especial los dejó después sobre la mesa del inspector sin decir una palabra.

—La muerte de esos tres «kludds» es un rudo golpe para la organización —dijo Bisbee con acento de convicción—. Posiblemente les desanimará y se disolverán.

—Tal vez, señor —dijo Toney sin entusiasmo—. Tal vez suceda lo contrario. Se sentirán furiosos, humillados. Y proseguirán cometiendo tropelías. Esos tres individuos no han muerto combatiendo contra nosotros, sino de una forma accidental, al manejar la dinamita. Según el padre McClare, aniquilados por Dios.

—Le encuentro pesimista, muchacho —repuso Bisbee, moviendo la cabeza—. Tenemos ya pistas, datos, para salirles al paso y atraparlos. Dentro de pocos días los acorralaremos, descubriéndolos...

—Habrá de ser muy pronto, señor, para bien de la comunidad. Piense en los millares de individuos de raza de color que hay en Georgia; en los católicos, en los judíos, aunque éstos en mucho menor número. Pueden repartir golpes sobre seguro, mortales, sin temor a equivocarse. ¿Quién será el «Gran Dragón» que los manda?

—Ya caerá, Toney, por favor —repuso, algo impaciente, el inspector—. Se le busca, como a los demás. ¿Cree que nosotros vamos a fracasar ante estos tipos, cuando hemos vencido es otros mucho más peligrosos? ¿Por qué lo duda ahora?

—Porque en el «Ku-Klux-Klan» figuran personas de gran relieve, señor. Puede ser un «ku-klus»

un jefe de la Policía, un fiscal, un abogado de renombre, un juez... En este Sur de nuestros pecados el ser racista se considera como plausible casi, los protestantes, en general, ven con buenos ojos que se persiga, sea como sea, a los católicos. El «Ku-Klux-Klan», lo sabe usted, ha cotizado, hasta hace pocos años, para sostener las iglesias protestantes...

—¡Está bien! —exclamó Bisbee, bufando, contrariado. Pero no olvide que nosotros los hemos acosado incansablemente hasta reducirlos a su más mínima expresión. Llevaban dos o tres años sin

dar razón de existencia.

—Pero vuelven, señor. Y con qué coraje y falta de escrúpulos. Asesinatos, terrorismo contra los católicos. ¿Cree usted que van a volver a sus cubiles porque tres de sus elementos, quizá los menos importantes, hayan muerto?

—Y los que morirán si siguen por ese camino, Toney. No podemos dejar sin castigo sus tropelías. Si disparan, dispararemos a matar. En fin, ahora quisiera que siguiera la pista que comenzaron anoche sus camaradas. Hemos de saber qué amistades tenía ese Clark Warrior, dueño del coche que se encontró en Loganville. Este individuo tenía dinero en abundancia, según se ha visto en sus cuentas corrientes. Un hombre sucio, sin escrúpulos. Tal vez sus amigos sean como él. Hay que ir extendiendo la investigación, hacer una redada, paralizarlos, ¿entiende? Hasta que lleguemos al «Gran Dragón» al que arrancaremos los dientes y meteremos entre rejas.

Toney no opuso ya ningún razonamiento a aquella orden superior. Le tocaba obedecer conscientemente y emplearse a fondo en su cometido.

Pero en su fuero interno se decía que el caso era más peliagudo de lo que Bisbee suponía. El «Ku-Klux-Klan» tenía una enorme peligrosidad por la calidad social de sus componentes destacados, que mandaban a otros, los de «acción», reclutados entre gentes que percibían asignaciones como las pudiera percibir un «killer» o pistolero a sueldo.

A aquella hora, en Decatur Street, una céntrica avenida de Atlanta, en el número 225, donde había una lujosa tienda con diversos tipos de coches últimos modelos de la General Motors, cuyo representante era Moses Morgenthaler, un hebreo joven, dinámico, entraban dos hombres elegantemente trajeados, que habían estado contemplando los coches expuestos en los escaparates mientras hacían comentarios animados.

La secretaria de Morgenthaler dejó su mesa de despacho para acudir a atender a los visitantes exhibiendo su más agradable sonrisa. Había visto cómo contemplaban los coches expuestos y al entrar parecían indicar ya un cierto interés que había que explotar a Sondo.

—Buenos días —dijo con voz suave, acariciadora. Era muy bella,

de rostro de suaves facciones, en las que destacaban unos enormes ojos azules claros que podían decir mucho más de lo que los labios expresaran. Mergenthaler, hombre astuto, permitía que la joven se entendiera con los futuros clientes, «trabajándolos», para luego él finalizar la operación.

—Buenos días, señorita —dijo uno de ellos, apuesto, moreno, un tipo sudeño clásico, con bigote fino y rostro de expresión un tanto cínica—. Queríamos saber en qué condiciones se puede adquirir un coche, ese «Buick» —señaló con un gesto el vehículo—. Si dan facilidades, cuáles...

—Las damos, naturalmente, señores —repuso la bella Mavis Bury—. Puedo decir que pueden adquirirlo como mejor les convenga. Una entrada del 25 por 100 y el resto en mensualidades. —Lo que ustedes deseen. ¿Tienen otro coche en uso? Podríamos aceptarlo si está en buen estado y descontar su importe del precio de este «Buick», Nosotros lo valoraríamos con toda seriedad.

—¿Y el coche y usted como conductora, encanto? —preguntó el otro individuo, no menos apuesto y con más cara de granuja que su amigo—. ¿Cuánto valdría?

Mavis sonrió con más simpatía todavía, pero palideció un poco.

—Nosotros vendemos coches, caballeros; pero no mujeres —repuso con voz dulce, no exenta de ironía—. Yo puedo hacer una demostración del coche por una sola vez, cuando gusten. Estoy segura de que eso no dará lugar a falsas interpretaciones. ¿Quieren ver el coche por dentro? Hagan el favor.

Moses Mergenthaler, que había estado en un rincón de la tienda fumando un cigarrillo, pero atento a la conversación, creyó oportuno intervenir.

No le gustaban aquellos dos tipos. No tenían cara de ser compradores y si se dedicaban por vía de distracción o en busca de gangas, a visitar tiendas para darse aires de ricachones, reírse de las empleadas y tal vez hasta hacer que les dieran un paseo gratuito en coche nuevo con el pretexto de querer probarlo para adquirirlo.

—¿Quiere seguir, señorita Bury, con la carta que estaba escribiendo? —dijo a la muchacha, guiñándole un ojo—. Yo atenderé a estos señores. Veamos si este coche es lo que ustedes desean —abrió la portezuela trasera del «Buick» para mostrar su tapicería y el confort de los asientos—. No se puede pedir más, me

parece...

Mavis Bury se apartó tras hacer un gesto amistoso a los dos hombres, que arrugaron el ceño al ver lo que hacía Mergenthaler. Pero parecieron conformarse y escucharon las explicaciones haciendo diversas preguntas a la vez. El representante les explicó después las diversas formas de pago que podrían elegir y ellos lo encontraron todo razonable.

—No tenemos aquí coche y por eso queremos comprar este «Buick» —dijo el más joven en tono decidido—. ¿Sería posible probarlo, conducirlo yo? Desde luego, con usted. Unas cuantas millas para ver si es tan duro como el «Chrysler» que tengo en Macón. Su dirección es como la de un camión de dura y eso fastidia mucho.

—Este modelo tiene ya el cambio automático, caballeros —repuso Mergenthaler sonriendo—. Llevamos la delantera a otras muchas marcas en eso.

—Estupendo —dijo uno de los jóvenes sonriendo—. ¿Podríamos dar ahora un paseo corto para ver si es cierto todo eso que dice? Si la prueba me agrada lo compraré al contado cuando regresemos. Es cuestión de una hora o menos.

—Perfectamente —asintió Mergenthaler—. Miren, tengo ahí —señaló a través del cristal del escaparate, otro «Buick» exactamente igual al que estaba en la exposición, pero de color rojo y blanco— otro «Buick» igual. Lo he puesto a la prueba ayer. Podemos dar el paseo en él, porque en éste habría que cambiar el aceite, que viene de fábrica y estará aún un poco duro de manejar, ya saben.

—Es igual, si es el mismo modelo —respondió el más joven de los visitantes—. ¿Vamos ahora, si le parece? Tiene mi palabra de que efectuaré la compra. Pero si quiere algo a cuenta...

—No es preciso. Cuando regresemos —respondió Mergenthaler—. Señorita Bury, ya lo oye. Dentro de un rato volveré. Vaya preparando los documentos de venta y las pólizas de seguro y para la licencia, de manera que solamente quede por rellenar el nombre para la firma. Hasta luego. Cuando quieran, señores.

Salieron los tres a la calle, cruzaron la calzada y entraron en el flamante coche. Los dos compradores estuvieron unos momentos examinándolo y Mergenthaler les dio algunas explicaciones sobre los adelantos que tenía el nuevo modelo «Buick».

Uno de los jóvenes se sentó al volante. Mergenthaler lo hizo a su lado y el otro tomó asiento al lado del hebreo, puesto que el asiento era amplio.

—Ya sabe que al principio hay que correr poco —advirtió sonriendo Mergenthaler. Y le indicó la forma de arrancar, prescindiendo del cambio de velocidades, que era automático.

—Tomaremos la carretera 23, hacia Stockbridge —dijo el que conducía—. Hay menos tránsito y la conozco bien. ¡Esto es soberbio, Jimmy! —dijo a su amigo, que le observaba con atención—. ¡Está recién salido de fábrica y es más suave que una seda! Aquí hay que atender solamente al acelerador y al freno. Desde luego, señor Mergenthaler, el coche que tiene en la tienda es ya mío. ¿No te animas a comprarte otro tú?

—Me está pareciendo que si —suspiró el otro—. ¿Me admitiría usted un «Lincoln» del año pasado, con menos de veinte mil millas recorridas? Está nuevo. No tiene cambio automático y esto me gusta mucho.

—Haremos el cambio, señor. Le daré el mejor precio, no lo dude, aunque habrá de abonarme el resto al contado. Debo resarcirme un poco por el tiempo que tarde en vender su coche —repuso Mergenthaler, muy contento por el negocio que iba a hacer.

Salieron de la ciudad por la carretera 23, pasando ante el recinto sombrío del penal federal, al sur de la capital, con su gran extensión de talleres, campos de cultivo y depósitos.

—Va muy bien —dijo el que conducía, acelerando prudentemente la marcha—. Luego frenó, para comprobar si todo respondían bien. Mergenthaler le explicaba aquello que desconocía el comprador. El llamado Jimmy estaba igualmente interesado y dijo a su amigo que a la vuelta lo conduciría él.

Unas millas antes de llegar al pueblo de Stockbridge frenó el coche Davis, que así se llamaba el que conducía, según le nombrara su amigo.

—Vamos a ver esa avioneta que hay en ese prado —dijo, señalando con la mano un pequeño avión de un solo motor, plateado, que estaba en una pradera cercana—. Yo tengo una y me parece que ésa es estupenda. ¿No vende usted avionetas? —preguntó a Mergenthaler.

—No, pero yo me encargo de procurársela, si lo desea, sin

cobrarle comisión. Estoy en buenas relaciones con las casas fabricantes y ya he vendido algunas. Ésa es una «Lóele» de último modelo, cuatro plazas. ¿Cómo es la suya?

Estaban ya los tres en tierra y cruzaron la cuneta para dirigirse al prado donde estaba la avioneta. No se veía a nadie a su lado.

—¡Oiga, tipo, mire esto! —le gritó el llamado Jimmy que iba detrás de Mergenthaler—. ¿Sabe qué es esto y qué marca tiene?

El hebreo se volvió, un poco sorprendido por la grosería con que le hablaba su futuro cliente. Pero observó que Davis, que marchaba a su lado, tenía en la mano una pistola de buen tamaño, con la que ya le apuntaba.

Mergenthaler se estremeció. Bueno, había dado con unos ladrones de coches. Nunca le había ocurrido a él nada semejante, aunque sabía que tales cosas sucedían con frecuencia. En vez de robárselo en la ciudad, aquellos individuos bien portados, aunque con caras de sinvergüenzas, adoptaban la modalidad de hacerse conducir, como presuntos compradores, a un descampado, y tras zurrar al vendedor, huían con el vehículo.

Lo peor, pensó el hebreo, era tener que recibir la paliza, porque el coche sería recuperado por la Policía muy pronto.

—¿Qué diablos les pasa? —preguntó con voz dura—. Mergenthaler era joven, unos treinta y seis años, alto y nada débil. Tampoco era cobarde. ¿Qué se proponen? ¿Llevarse mi coche? ¡No sean idiotas, hombre! Eso ya no se estila...

Davis y Jimmy sonrieron aviesamente, apuntándole con sus armas. Luego, Jerry le dio un golpe con su automática en la cara. Mergenthaler retrocedió un paso, lanzando un grito de dolor. Su cara se cubrió de sangre.

—¡Perro judío, escucha bien lo que vamos a decirte! —gritó Davis, dándole un culatazo en la cabeza, pues el hebreo no llevaba sombrero—. ¡Escucha, que te conviene!

Jerry le asestó otro culetazo en un hombro. Mergenthaler, poseído de una rabia ciega, les acometió a puñetazos y patadas. Pero las armas que esgrimían sus dos enemigos paraban los golpes de sus puños, lastimándoselos.

—¡Escucha, perro judío! —gritó Davis, tras de asestarle otro furibundo golpe en la cara que arrojó al suelo al ya maltrecho hebreo—. ¡Somos del «Ku-Klux-Klan» y ya ves cómo damos la cara!

¿Me oyes?

Mergenthaler, medio desvanecido, en el suelo, los miró con asombro. No eran ladrones de coches, sino algo mucho peor.

—Mira, te dejamos con vida, pero con una condición —dijo Davis, apuntándole con su automática—. ¿Me oyes, sarnoso judío?

—Yo... ¡Yo no me meto con nadie! —exclamó Mergenthaler—. ¡No os he hecho nunca nada malo! ¡Bandidos!

Cayó sobre él una lluvia de patadas y culatazos, propinados con feroz intención. Mergenthaler ya no podía luchar. Sentía el pecho hendido, con alguna costilla rota; su cara era casi una llaga, y su cabeza tundida a golpes con grandes lesiones. No veía apenas, al borde del desvanecimiento.

—¡Mañana mismo tienes que salir de Georgia, o te liquidamos sin compasión! —Le gritó Davis—. ¡No queremos perros judíos en este Estado! ¿Me oyes, perro? —Le dio una patada en la boca del estómago.

Mergenthaler se retorció de dolor. Jerry le propinó un terrible golpe en una pierna con la culata de su arma, con el evidente propósito de dejarlo cojo para que no pudiera moverse.

—¡Y, otra cosa! —exclamó Davis, amenazándole con la pistola—. ¡También tiene que marcharse mañana esa chica, que es católica! ¿Me entiendes?, o la liquidamos si no obedece. ¿Te das cuenta de que podemos matarte, y si no lo hacemos es porque somos decentes y antes lo advertimos? ¡Mañana, los dos, fuera de Georgia, o la muerte sin remedio!

Davis y Jerry, a una, acometieron a golpes de culata, a patadas y puñetazos, al malherido Mergenthaler, que no ofrecía resistencia. Fué una paliza bestial, como si se propusieran asesinarlo.

El hebreo quedó sin sentido, los ojos cerrados, todo su cuerpo gravemente lesionado, cubierto de sangre.

—Basta ya o no lo cuenta. Ya tiene bastante para saber que no debe desobedecernos. Ahora, el coche —dijo Davis.

Fueron a la carretera. Jerry levantó la tapa del capot y hurgó en el carburador, haciendo que la gasolina brotara con fuerza hasta inundar el motor. Luego, en la caja de herramientas, cogió una lleve inglesa y con ella destrozó el amplio depósito de carburante, que se derramó. Davis, con un bidón vacío, que llenó a medias, empapó los asientos del coche.

—¡Voy a prenderlo! —dijo Jerry, con un mechero en la mano—. ¡Aléjate y pon en marcha el motor de la avioneta! Esperaré a que lo hagas.

Davis corrió al prado, se subió en la carlinga de la avioneta y puso en marcha el motor, acelerándolo, Jerry le observaba, y cuando Davis le avisó con un brazo que ya podía arrancar el avión, lanzó un trapo empapado en gasolina, ya ardiendo, sobre el capot del coche.

Una gran llamarada brotó del vehículo, que comenzó a arder con enorme fuerza por todos lados.

Jerry, a la carrera, se dirigió a la avioneta, cuya hélice volteaba a la máxima velocidad, rugiendo el motor. Subió al lado de Davis, y éste hizo arrancar al avión, que giró un poco sobre sus ruedas, tomó carrera por el prado y a poco se elevaba velozmente en el espacio. Momentos después era un punto apenas visible, rumbo a Florida, donde residían los dos «ku-kluxes».

Eran dos afiliados «por afición a las aventuras», de posición social elevada, con mucho dinero y muy pocos escrúpulos. Dos jóvenes que encontraban divertido fastidiar al prójimo, aunque ello costara la vida a alguien.

IV



EKGENTHALER abrió los ojos, recobrando el conocimiento, diez minutos después de que recibiera la terrible paliza a manos de aquellos «ku-kuxes».

Se sentía sumamente enfermo. Un dolor espantoso de cabeza, que le impedía coordinar ideas, con mareos y deseos de vomitar.

Sabía que tenía una o dos costillas rotas, pues al respirar algo le pinchaba adentro y su pecho no podía admitir la debida cantidad de aire. El hombro derecho, con la clavícula seguramente rota, no le permitía jugar el brazo. Y por todas partes lesiones, magullamientos.

Pero, gimiendo y jadeando, se puso de rodillas, apoyándose sobre la hierba. Era hombre valeroso, de férrea voluntad, y soportaba los sufrimientos con filosófica resignación, aunque ahora la rabia le hacía sufrir más.

No concebía cómo pudiera haber personas tan salvajes como aquellos dos individuos que le engañaron y después le trataron tan cobardemente.

Vio que en la pradera ya no estaba la avioneta «Lock». Presumió que se la habrían llevado aquellos canallas. ¿Pero y el coche?

Se volvió, sujetándose el hombro derecho y el brazo con la mano izquierda. Estaba molido a golpes y cada movimiento, por leve que fuera, le hacía casi gritar de dolor. Su rostro estaba cubierto de sangre, ya medio reseca, lo mismo que su cabellera negra, convertida en una costra.

Lanzó un gemido de consternación. Su coche «Buick» estaba ardiendo furiosamente, en la carretera, despidiendo una gruesa columna de humo negro.

Las llamas y el calor impedían a quince o veinte personas, que estaban allí, tratando de echar arena de la cuneta sobre el vehículo, aunque sin resultado alguno. Cuatro o cinco coches y otros tantos camiones permanecían parados, a respetable distancia.

Lanzó un grito de llamada. Su pierna izquierda, muy maltratada, apenas si podía apoyarla en el suelo. Se mareaba terriblemente y dejóse caer sentado sobre la hierba, manchada de sangre.

Alguien le vio y lo señaló a los demás espectadores del siniestro. Tres o cuatro de ellos saltaron la cuneta y fueron hacia él. El coche, con los neumáticos reventados, se estaba convirtiendo en un montón de chatarra al rojo.

Le contemplaron compasivamente y luego le hicieron muchas preguntas, que él contestó en parte, mareado, acosado por el dolor.

—Avisen... a la Policía —murmuró, haciendo grandes esfuerzos por no desmayarse—. Ha sido el «Ku-Klux»...,

los canallas, porque soy hebreo. ¡Avisen a la Policía que huyeron en una... avioneta! ¡Por favor, avisen a la Policía!

Agotado, se desmayó de nuevo. Alguien le registró los bolsillos, por si podía averiguarse quién era y llevarle a su domicilio.

Encontraron un carnet del Colegio de Representantes del Automóvil, de Georgia, radicante en Atlanta. Allí estaba su nombre. Y dirección, el retrato y otros datos.

Lo trasladaron aprisa a un coche de turismo. No era difícil conjeturar que Moses Morgenthaller estaba gravemente herido y que

requería asistencia urgente.

Se lo llevaron hacia Atlanta mientras el «Buick» quedaba reducido a un montón de chapas y hierros retorcidos, humeantes. Ya las llamas habían consumido cuanto fuera combustible y se apagaban solas.

Llegó, ululando su sirena, un coche-patrulla de carreteras, que habían visto desde muy lejos el humo del incendio en la pista y acudían presurosos sus ocupantes. Con los datos que les dieron otros espectadores que quedaban allí, les permitió radiotelefonar a la División del

F. B. I.,

en Atlanta, dado que, según Mergenthaler, la agresión bestial procedía de elementos del «Ku-Klux-Klan».

Después emprendieron la marcha para alcanzar al turismo que transportaba a Mergenthaler, y empleando una velocidad muy superior a la permitida por ellos para el resto de los vehículos, prontamente dieron alcance al coche, ya cerca de Atlanta.

Llevaron al herido al Georgia Hospital. Seguía desmayado, y lo primero que hicieron los médicos y ayudantes fue bañarlo y aplicarle una transfusión, ya que había perdido mucha sangre por las lesiones, especialmente en el cráneo. Después, una radiografía, en la que se descubrió que tenía dos costillas rotas y la clavícula derecha, además de múltiples lesiones de bastante importancia. Su estado era grave.

Pocos minutos después llegaba el agente especial Toney, avisado por Bisbee, el Inspector Jefe, de que un nuevo acto de salvajismo se había cometido por los «ku-kluxes».

Mediante inyecciones de suero y estimulantes activos, Mergenthaler recobró el conocimiento al cabo de unos minutos, ya en su cama y después de haberle hecho una cura de las lesiones más importantes, como las del cráneo y la cara.

—¿Le cuesta mucho trabajo hablar, señor Mergenthaler? —le preguntó el agente especial Toney, sentado a su lado, el rastro serio. Soy del

F. B. I.,

y desearía, si puede hacerlo, me diera ciertos datos sobre la agresión que ha sufrido. ¿Han sido los del «Ku-Klux-Klan»? ¿Está seguro?

—Seguro, agente... —murmuró con trabajo Mergenthaler, que sentía agudos pinchazos en el pecho y dolores en la rota clavícula —. Ellos lo dijeron. Oiga, digan a mi secretaria, Mavis, que desaparezca. ¡Que se marche, o la matan! Es católica y han dicho... que se marche, o la liquidan.

—Bueno, bueno, señor Mergenthaler —respondió suavemente Toney—. Voy a decirle una cosa, y es que ni ella ni usted corren ya un peligro tan grave. ¿Le amenazaron antes?

—No. Eran dos tipos que se presentaron como compradores de un «Buick». Me engañaron; me pidieron una prueba en las afueras. —Mergenthaler, excitado, y gracias a unas inyecciones calmantes que iban haciendo ya su efecto, hablaba con más desahogo—. ¡Huyeron en una avioneta «Lock» que estaba en un prado, agente! ¡Deben ustedes buscarla! ¡Es del tipo

S-45,

ala alta, cuatro plazas, pintada de plata y monocolor! Juraría que la matrícula es de Florida, por las letras del timón.

Toney, desde el teléfono instalado en una mesilla, al lado de la cama, trasladó a la División aquellos datos, al parecer muy interesantes. Conseguir la localización de la avioneta era conseguir la detención de aquellos bárbaros.

—Gracias, señor Mergenthaler —dijo después el agente especial —. Ahora, si no le fatiga demasiado, refiérame lo ocurrido, y también cómo eran esos dos hombres, su aspecto físico y demás.

El representante de la General Motors, qué sufría ya menos, gracias a las inyecciones calmante y a las curas que le hicieron, fue relatando sucintamente cuanto le había ocurrido.

Toney tomaba notas en un bloc de cuartillas, y dos veces más llamó a la División del

F. B. I.,

para ampliar datos.

Un rato después, dos agentes especiales se presentaban en la tienda de Mergenthaler y se daban a conocer a Mavis Bury, la secretaria y vendedora, dándole cuenta del suceso y cómo su jefe, Mergenthaler, estaba en el hospital, víctima de salvaje atentado.

—¿Debo cerrar, entonces, la tienda? —preguntó la joven, sumamente afectada, ya que Mergenthaler era un jefe muy considerado, que la estimaba, y por ello recompensaba con largueza

sus servicios, aunque también era cierto que ella tenía una gran capacidad para aquel negocio y le ayudaba con gran eficiencia.

—No —dijo uno de los agentes especiales—. No es preciso, porque hasta que vuelva la normalidad, que será muy pronto, nosotros protegeremos este negocio, a usted y a la esposa de Mergenthaler. Usted no debe temer nada, señorita Bury.

La muchacha avisó por teléfono al piso inmediato superior, donde Mergenthaler tenía su domicilio, y puso al comente a Sarah, la esposa, de lo que le había sucedido a Moses, tranquilizándola respecto a la gravedad del herido.

La esposa, que tenía una hija de tres años, partió inmediatamente en un «taxi» hacia el hospital, horrorizada por aquel acto de salvajismo del que fue víctima su marido, el hombre más bueno del mundo.

El agente especial regresó a la División después de interrogar a Mergenthaler. Entró en el despacho del Inspector Jefe, Bisbee, que le miró con el ceño fruncido, en su rostro las huellas de una cólera mal contenida.

—¡Vuelven esos granujas a sus métodos bestiales, como no lo hacían desde hace mucho tiempo! —exclamó, dando un manotazo sobre los papeles que tenía sobre la mesa.

—Como lo que son, señor —dijo Toney, sentándose ante la mesa—. Creo que le apunté que nos iban a dar guerra y que hay que proceder contra ellos como si fueran maleantes de la peor estofa. A poco matan a ese infeliz hebreo, solamente por ser hebreo.

Bajo la dirección del Inspector, los teletipos funcionaban en la División, solicitando de las Divisiones del

F. B. I.,

de cada Estado de la Unión se pidiera a los Aeroclubs de toda la nación averiguaran sobre la marcha dónde estaba matriculada la avioneta «Lock», cuyas características se remitían, y quiénes eran sus propietarios y residencia.

—A esos tipos los vamos a echar el guante muy pronto —dijo Bisbee tras celebrar varias conferencias telefónicas urgentes con la División de Tallahasee, capital de Florida, y con el Cuartel General del

F. B. I.,

en Washington para exponer la situación creada por el «Ku-Klux-

Klan» al volver a sus actividades fuera de la ley.

La Dirección de la entidad dependiente del Departamento de Justicia respondió que se procediera contra aquella sociedad ilegal como si fueran terroristas o «gangsters», dado que ellos empleaban la extrema violencia y cometían asesinatos, sacrilegios y atentados.

El Inspector Bisbee y Toney comieron en la oficina, esperando las respuestas de las Divisiones del

F. B. I.,

en la Unión. Hacia las tres, sonó el timbre del teléfono de conferencias.

—Habla Bancroft, Jefe de la División de Florida, en Tallahasee. ¿Eres tú, Bisbee? —dijo una voz Inerte a través del amplificador telefónico.

—Bisbee, muchacho. Estaba esperando tus noticias especialmente, pues teníamos razones para creer que la avioneta...

—Eso es. El Aeroclub de ésta ciudad tiene inscrita esa avioneta «Lock», cuatro plazas, monomotor, ala alta, con la matrícula correspondiente. Su propietario se llama Gregor...

—¿No se llama Davis o Jimmy? —interrumpió Bisbee—. Ellos se nombraban así. Bueno, sería para despistar. Sigue, Bancroft, anda.

—Gregor Ullman. ¿Oyes? Gregor Ullman. La descripción física que me diste responde a ese muchacho, que tiene veintiséis años. Vive aquí, en las afueras, en una finca de recreo por todo lo alto. Sus padrea son millonarios. Y él un zángano sin oficio ni beneficio, juerguista, borrachín, mujeriego...

—¿Y el otro que le acompañaba? —inquirió el Inspector, mientras Toney tomaba notas en taquigrafía respecto a los datos que oía por el amplificador.

—El otro es su primo, Andrew Ashville, que reside aquí, en la ciudad, Broadway Street, 426. También de familia adinerada, es como Gregor. Mira, se trata de niños idiotas, degenerados, que como no carecen de nada, se aburren y pretenden «divertirse» cometiendo tropelías. Han debido afiliarse al «Ku-Klux»

como un medio de diversión, y porque son racistas de abolengo, pues lo son sus padres. Ahora, ¿los detengo?

—Tú no. Esto es cosa nuestra, Brancorft —repuso Bisbee sonriendo malignamente—. Los sucesos han ocurrido aquí y es cosa

buena que seamos nosotros los que resolvamos nuestros propios conflictos. Hazme el favor de establecer una vigilancia discreta para que esos nenes no se escapen, y yo enviaré a mis muchachos a detenerlos para que sean juzgados aquí. Y nada más, viejo. Gracias por todo, y te felicito por lo rápido que has sido.

Terminó la conferencia telefónica. Bisbee ordenó se cursaran circulares por teletipo a las otras Divisiones para que suspendieran la búsqueda de la avioneta «Lock», ya encontrada en Florida.

—Señor —dijo Toney cuando su jefe acabó de dictar aquellas órdenes—. ¿A quién va usted a mandar a detener a esos dos tipos?

—Pues... —Bisbee miró profundamente a su subordinado, el más antiguo de la plantilla, trunque Toney solamente contaba treinta y tres años de edad—. A usted, si lo desea, por ejemplo. Y cinco muchachos más. Ya están preparando el avión especial en el aeropuerto. Hay que proceder con rapidez, para que esos granujas del

«Ku-Klux»

se enteren de que les respondemos como se merecen.

—Gracias, señor. Pero podría ir yo solo, y si hiciera falta, pediría ayuda a los camaradas de la División de Tallahasee. Todos ellos hacen falta para proseguir las investigaciones aquí. Pueden seguir los atentados, los asesinatos...

—Le gusta mucho actuar solito, Toney —repuso Bisbee sonriendo con malicia—. Como un lobo solitario. Y a mí no me gusta, ¿sabe? Es meterse voluntariamente en más peligros de los necesarios. Claro que, por otra parte, sus camaradas tienen aquí trabajo excesivo. Bien, vaya solo, pero pida ayuda a los chicos de Bancroft. ¡No verifique usted solo la detención de esos tipos, que ya han demostrado ser peligrosos!

—Bien, señor. Voy, entonces, al aeropuerto. Le llamaré por teléfono cuando todo esté hecho —dijo Toney, sonriendo y tendiendo la mano a su jefe—. Y gracias por el honor que me hace.

El joven agente especial, ocupando un coche de la División, con su conductor, marchó al aeropuerto municipal. Ya estaba allí un «Douglas», bimotor, preparado, especialmente contratado por la División del

F. B. I.

—Iremos al aeropuerto de Tallahasee —dijo al piloto cuando

subió al avión y estuvo cerrada la portezuela. Bisbee había mantenido en secreto el lugar de destino del avión, en evitación de que algún confidente del

«Ku-Klux»

avisara del peligro que iban a correr aquellos dos afiliados.

El aparato enfiló la pista de despegue y tomó rumbo sur, Toney, al lado del radiotelegrafista, no perdía palabra de lo que hablaba, por si enviaba algún mensaje al

«Ku-Klux»

por radio.

Hora y media después, el «Douglas» corría por la pista de aterrizaje del aeropuerto de Tallahasee, en Florida, capital del Estado. Un coche del

F. B. I.,

le esperaba, y entró en él.

V



L coche del

F. B. I.,

en que iba el agente especial Toney, recorrió en pocos minutos la distancia que había entre Tallahasee y el pequeño pueblo de Ballai, al sur de la capital del Estado. Cerca de este pueblo estaba enclavada la finca de recreo de los Ullman.

Gregor Ullman era hijo de Peter Ullman, hacendado, bolsista e industrial, además de politicastro.

El coche penetró en una avenida de plátanos frondosos, que prestaban una agradable sombra, pues allí hacía ya calor. Había encontrado Toney la gran puerta de acceso abierta y esto le facilitó la entrada.

Observó que la finca era sumamente grande, con una gran

pradera, piscina, pistas paró tenis y caballerizas. Y le llamó mucho la atención ver igualmente que a un lado de la pradera, cubierta de verde hierba, muy cuidada, se encontraba un pequeño hangar, con las dos puertas abiertas, y, dentro, una avioneta plateada, de una sola hélice.

Detuvo el coche al final de la avenida, donde había una explanada. Se levantaba allí un edificio estilo colonial, de dos pisos, con una galería cubierta que recorría toda la fachada.

El agente especial se dijo que todo aquello valía mucho dinero.

Un hombre, al parecer un criado, vestido casi como un «cowboy» se adelantó a él cuando bajó del coche. En la galería había varios hombres, que hablaban alegremente y reían, rodeando una mesa donde habla botellas y vasos.

—Deseo hablar con el señor Gregor Ullman dijo el agente federal al hombre, que le miraba con cierta desconfianza. —¿No está allí con aquellos señores?— señaló la galería.

—Sí. ¿Quiere decirme quién es usted? —inquirió el criado—. ¿Le conoce a usted?

—Voy a conocerlo —sonrió Toney irónicamente—. Voy a presentarme yo mismo —avanzó hacia la galena, que tenía su acceso por una escalinata de piedra—. El criado se encogió de hombros y se alejó.

El agente especial subió la escalinata con paso tranquilo. Bajo la axila izquierda llevaba el «Magnum», y en el bolsillo trasero del pantalón unas esposas.

Ya en la galería, elevada sobre el suelo de hierba algo menos de media yarda, siguió por ella hasta la mesa ante la que estaba Gregor Ullman y tres hombres más, igualmente jóvenes, todos en mangas de camisa. Jugaban a los naipes y ahora miraban a Toney con cierta expectación mientras murmuraban algo quedamente.

—Buenas tardes —dijo Toney, que no llevaba sombrero, haciendo un gesto de saludo—. ¿Gregor Ullman? Supongo que es usted —se dirigió al hombre moreno, de bigotito de galán de cine y rostro cínico, que le miraba inquisitivamente.

—Yo soy, sí —dijo Ullman levantándose del sillón de mimbre—. ¿Y usted?

—Soy Adam Toney, agente especial del

F. B. I.,

perteneciente a la División de Georgia, en Atlanta —repuso tranquilamente el joven—. Deseo hablar con usted —le mostró su carnet oficial, que Ullman examinó con un gesto de asombro e inquietud.

—Bueno, pues hable —repuso Ullman en tono alto, duro, seco. Sus tres amigos, sentados, observaban a Ullman y luego al agente federal con evidente sorpresa.

—He venido a invitarle a acompañarme a la División del F. B. I., en Tallahasee, Ullman, para interrogarle...

—¿Sobre qué? —interrumpió Ullman aparentando asombro—. ¡Tiene gracia! ¿Me creen un delincuente acaso? ¿Oís, muchachos? ¡El

F. B. I., se ocupa de mí!

—Creemos que esta mañana estuvo usted en un lugar cercano a Atlanta, haciendo el viaje en su avioneta, aquella que tiene usted en el hangar —expuso Toney sin perder la tranquilidad—. Que fue acompañado por su primo, llamado Andrew Ashville, y maltrataron los dos, de obra, al representante en Atlanta de la General Motors, Meses Mergenthaler, Ustedes dos dijeron que pertenecen al «Ku-Klux-Klan». Incendiaron el coche de Mergenthaler...

Ullman lanzó una risotada llena de ironía, pero carente de alegría.

—¡Esto sí que es una broma de las buenas, chicos! —dijo, dirigiéndose a sus tres amigos, que le miraban muy serios, preocupados—. ¡Del «Ku-Klux-Klan» yo, nada menos! ¡Y que he estado en Atlanta esta mañana para pegar a un hombre quien jamás he visto! Mire —envolvió a Toney en una mirada despectiva, de pies a cabeza, cogiendo una botella de «*whisky*» llenando una copa, que tendió al agente federal—: amigo, a usted le han engañado como si fuera un pipiolo. ¿Vamos a dejar el asunto? Beba un trago, hombre.

—Gracias —contestó sonriendo Toney, rechazando les bebida—. Creo que será mucho mejor para usted que vayamos a la ciudad y conteste a ciertas preguntas.

Tengo la orden de llevarlo, sea como sea, Ullman, y por ello le aconsejo sea prudente y venga conmigo.

—¡Eso es una idiotez, porque yo no me he movido de esta casa, y aquí están estos amigos míos, que lo van a atestiguar! ¡Pregúnteles, si quiere!

Pero los tres amigos no despegaron los labios y como por casualidad sus miradas, antes curiosas, se fijaban sobre las cartas, las botellas y los vasos, eludiendo al parecer ser mezclados en aquella situación.

—Me parece que no dicen nada, Ullman —dijo Toney con voz irónica—. ¿No tienen nada que decir, señores, respecto a la afirmación que ha hecho Ullman?

—Yo he venido a la hora de comer —dijo uno de ellos en tono arisco—. No puedo decir nada. Gregor, digo la verdad, no me mires así —siguió, al ver la furiosa expresión de Gregor Ullman.

—¡Idiota! —rugió el joven Ullman—. ¿Y tú, Bendy, que viniste esta mañana temprano? ¿Y tú, Alex, que viniste con Bendy? ¡Esto es vergonzoso, cobardes! ¿Creéis que el

F. B. I.,

os va a comer crudos por decir la verdad?

Los otros dos hombres tragaron saliva, pero callaban, azorados, violentos, baja la mirada.

—Ullman, ha de venir conmigo inmediatamente. Si usted no ha estado en Atlanta esta mañana, le aseguro que le pediremos nos dispense la molestia por haberle creído implicado en el suceso de la agresión al representante de la General Motors. No perdamos más tiempo, se lo aconsejo —dijo Toney con voz tajante.

—¡Usted tiene que demostrarme que soy culpable de esos hechos, y entonces podrá detenerme! —gritó Ullman, rojo de ira—. ¡Estos cretinos están asustados no sé por qué, y no saben decir la verdad por un amigo! ¡No he estado esta mañana en Atlanta, sino aquí con ellos!

—Bien. Vamos a interrogar a sus criados, entonces —repuso Toney sonriendo—. Aunque tal vez usted los haya ya aleccionado. De todas maneras, vendrá conmigo. No concibo como siendo inocente, no se presta a demostrarlo en la División. Eso le convendría mucho. Hablaríamos también con su primo,...

—¿Mis criados, dice? ¡Me basta mi palabra! ¡Y a usted también! ¿Con quién cree que está hablando? ¡Váyase, busque al culpable de eso y así no perderá el tiempo ni molestará a las personas

honorables! ¡Fuera de aquí!

Ullman, trémulo de rabia, cogió de un brazo a Toney, pretendiendo echarle a empujones de la galería. Mas el agente federal hizo un movimiento seco, duro, y Gregor fue lanzado sobre la mesa, que se bamboleó, cayendo al suelo un par de botellas y varios vasos.

—Cuidado, Ullman —advirtió Toney, las mandíbulas apretadas—. Ahora le digo que va a venir conmigo... muerto o vivo. Es usted el que no sabe con quién habla. ¡Póngase la americana y sígame, o le pongo las esposas!

Ullman le miró largamente, muy pálido. Sus tres amigos se habían refugiado al extremo de la galería, en sus caras reflejado el pánico.

—Está bien, agente. Voy a ir con usted. Me dará excusas, ya lo creo, por este atropello. ¡Le va a costar el empleo, se lo aseguro! Voy a buscar la americana repuso con voz ronca, llena de rencor.

Pero Toney le siguió por la galería, a dos pasos de distancia. Era ducho ya para ignorar que Ullman podría intentar huir, dejándole con un palmo de narices.

—¿No le he dicho que voy a buscar mi americana? —rugió Ullman, volviéndose y mirándole con rabia. ¡Espere aquí! ¿Cree que voy a esconderme bajo la cama? ¡Idiota!...

—Vamos los dos —repuso Toney sonriendo burlescamente. Es lo mismo, creo yo. No ande jugando conmigo, muchacho. He tenido ya sobrada paciencia.

Entraron en un amplio «*hall*», lujosamente amueblado y decorado. La luz allí era menor que en el jardín, y Toney miró atentamente a Ullman, que caminaba ahora aprisa por la alfombrada estancia.

Vio, de repente, que Gregor llegaba a un sillón, a un lado, sobre el que se apoyaba un rifle, dejado allí descuidadamente sin duda, en vez de ponerlo en el armero que estaba al otro lado de la habitación.

—¡Levante los brazos, tipo asqueroso, o le meto una bala en la cabeza! —rugió Ullman, que había cogido el arma, dando a la palanca de meter la bala en la recámara y apuntándole a Toney—. ¡Póngase de espaldas, y los brazos en alto!

—¡Vaya, con que era inocente! —exclamó Toney, sin levantar

los brazos ni volverse de espaldas, como le ordenaba Ullman—. ¡Buena la está haciendo,

«ku-ktux»

idiota! Tire, tire, si se atreve. Eso le llevara a la horca, si es que lo desea. ¡Vamos, tire ese arma!

—Sacó rápidamente su «Magnum» de la funda y apuntó fríamente a Ullman, que le miraba ahora con temor.

—Oiga, ese hombre, el de los coches —dijo el joven, bajando el rifle—. ¿Ha muerto?

—No, pero su estado es de cuidado. Sea sensato y no empeore más las cosas —repuso duramente Toney—. Venga conmigo y acabamos esta comedia.

Ullman dejó el rifle sobre el sillón, en su rostro reflejado el abatimiento. Fue a su perchero y cogió una americana de *sport*, que se puso. Luego, delante del agente federal, salió a la galería, donde estaban sus amigos, que le miraron consternados.

—Voy con el agente a Atlanta —díjoles en tono rencoroso—. Y desde este momento, por cerdos y malos amigos, os vais a hacer la cuenta de que jamás me habéis conocido.

—Ya te dijimos que lo que ibas a hacer te pesaría —dijo uno de ellos con energía—, no queremos líos con el

F. B. I.,

por jurar en falso que estuviste aquí con nosotros. Ya avisaremos a tus padres.

Entraron en el coche de Toney éste y Ullman, que se sentó a su lado, hosco, pensativo, muy preocupado. El agente federal le miró fijamente.

—Vamos solos, ya lo ve —dijo a Ullman en tono firme—. No haga tonterías ni me obligue a disparar sobre usted, ¿entiende? No le pongo las esposas...

—No hace falta. Estoy dispuesto a responder de todo lo que hice, a pagar los daños. Estaba aburrido y me dio por afiliarme al

«Ku-Klux».

El coche estaba ya en marcha hacia la ciudad, que se distinguía a lo lejos, al norte. Toney miraba al joven de reojo, de vez en cuando.

Creía comprender que Ullman era uno de esos niños mimados, ahíto ya de placeres, pero siempre buscando emociones nuevas en

cosas que no fueran trabajar ni hacer algo útil a sus semejantes. Un cretino, en suma, que indudablemente necesitaba un buen correctivo para aprender a saber lo que es la vida.

Ahora pasaría unos meses en la cárcel o reformatorio y eso le serviría de provechosa lección.

En Federal Building, ya en la ciudad, donde radicaba la División del

F. B. I.,

entraron los dos hombres. Ullman estaba muy pálido cuando se sentó ante el Inspector jefe Bancroft, que inmediatamente procedió a interrogarle, ayudado por Toney. Cuando acabó de decir cuánto sabía, el agente federal conferenció a solas con Bancroft. Ullman quedaba detenido para ser trasladado en avión a Atlanta, donde sería juzgado por los Tribunales de Justicia.

—Voy a ver si encuentro ahora al primo de Ullman, ese Andrew Ashville —dijo Toney—. Desearía llevarme a los dos de una vez, Pero no sé si le habrán advertido que le buscamos y habrá huido.

—No ha huido, porque mis muchachos estaban vigilando su domicilio —repuso el Inspector—. ¿Quiere que le acompañe alguien?

—No hará falta, gracias. Ullman se asustó tanto que ya ve, no opuso la menor resistencia cuando vio que las cosas se ponían serias.

Ashville vivía en una casa lujosa de Broadway Street, en el 426. Tenía todo un piso para él, pues también sus padres eran millonarios, aunque no vivían con él.

—No le hemos visto salir por esa puerta ni por la de servicio —dijo un agente especial, que había vigilado la casa—. ¿Subo contigo?

—No. Puedes marcharte, camarada, y gracias. A veces es peor, con ciertas gentes, presentarnos varios hombres con aire terrorífico. El pánico les hace exasperarse y se vuelven peligrosos.

En el piso segundo tenía su piso Ashville, Toney llamó al timbre. Poco después le abrió la puerta una muchacha negra, uniformada.

—¿Está el señor Ashville? —preguntó Toney, entrando en el lujoso «*hall*»—. Deseo hablar con él.

—¿Quiere decirme de parte de quién? —inquirió la muchacha, cogiendo de una mesita una bandeja de plata para depositar la

tarjeta que supuso le daría Toney.

—Soy agente del

F. B. I.

Dígale solamente eso —repuso Toney—. Vengo a hablar con él.

La muchacha miró extrañamente a Toney, dio media vuelta y desapareció tras unas cortinas. El agente federal se sentó, la mano metida bajo la axila izquierda, tocando la culata de su revólver.

Aquel oficio, el suyo, no era siempre agradable. Ir a detener a una persona desconocida, que había cometido un delito, era siempre una incógnita en cuanto a las reacciones que pudiera sufrir al llegar el momento de encararse con la realidad.

Oyó Toney unos pasos fuertes a lo lejos, que se acercaban. Las cortinas se apartaron y apareció Ashville, alto y fuerte, en la mano un sombrero, ya vestido para salir.

—Buenas tardes, agente —dijo con voz casi tranquila, sonriendo—. Me han telefonado los amigos de mi primo Gregor que él está detenido, y que seguramente vendrían ustedes por mí. Creo que lo mejor será hacer las cosas bien, ¿no? Mis padres y mis tíos, estoy seguro, nos sacarán a los dos de este pequeño apuro. Otras veces lo han hecho —rió desenfadadamente, como si no diera al asunto importancia alguna.

—Yo me limito a llevarle a la División, y luego a Atlanta —respondió hoscamente Toney—. No creo, en efecto, que les condenen a muerte, aunque si yo fuera juez... En fin, vamos.

Ashville ingresó en la División unos minutos después. Bancroft se indignó cuando el «niño mimado», según le llamó, expuso que lo que habían hecho él y su primo Gregor era una diversión.

Creía que liquidar a judíos y negros era hacer un bien a la humanidad, así como meter en cintura a los católicos, que estaban muy bien en Roma, no en el resto del mundo.

Del interrogatorio de Ashville y de Gregor resultó que ellos no sabían quién era «Gran Dragón», el jefe supremo del «Ku-Klux-Klan». Llevaban afiliados solamente un par de meses, y un jefecillo, a quien veían de vez en cuando, sin saber cómo se llamaba ni dónde vivía, les daba unas órdenes, tales como las de apalea a algún negro, insultar a personas católicas y luego agredirlas, o destruir el establecimiento de algún hebreo.

—Son unos cretinos, en efecto —dijo Bancroft a Toney cuando el

joven ingresó en un calabozo—. Cretinos peligrosos, porque a poco matan a Mergenthaler. Es inicuo que el «Ku-Klux»,

que se dice «patriota», reformador de costumbres y leyes, emplee a semejantes idiotas en tales menesteres.

—Es que son hijos de personas influyentes, señor, como ha visto. Sus papás harán luego uso de esas influencias para sacarlos del apuro. Con dinero, desgraciadamente, se compran muchas voluntades —repuso Toney en tono indignado.

—Con nosotros eso no les valdrá. No los van a juzgar unos Tribunales estatales, sino federales, y eso no es lo mismo para ellos. Van a pasar unos meses entre rejas, no lo dude, y pagarán buenas sumas en indemnizar los daños que ocasionan.

Toney, con otros agentes especiales, llevaron a los dos detenidos al aeropuerto de Tallahasee, donde subieron al avión que había partido de Atlanta poco antes con el agente especial.

Bisbee, el Inspector jefe de la División de Atlanta, felicitó a Toney por la rapidez y eficiencia que había desplegado al detener a aquellos dos individuos, a quienes calificó de inconscientes, «Teddy Boys», o gamberros.

—Les va a costar cara la broma —aseguró, como lo hiciera su colega de Tallahasee—. Se las van a ver con un Juez federal y con la acusación nuestra. Menos de seis meses de cárcel y el pago de daños y perjuicios no se los quitará nadie, ni sus papás millonarios.

En la tienda de la presentación de la General Motors, Mavis Bury, la empleada de Mergenthaler, seguía su trabajo mientras tanto, supliendo a su jefe. Dos agentes especiales, en la oficina, guardaban el establecimiento, atentos al movimiento de los cuatro empleados que allí había y a los visitantes a quienes atendía la muchacha.

A la hora del cierre, las siete de la tarde, Mavis se dispuso a abandonar la tienda. La esposa de Mergenthaler estaba al lado de su marido, en el hospital. El hebreo no empeoraba y esto daba pie para que los médicos que le atendían tuviesen ya esperanzas de que no sufría lesiones internas graves, y pasados breves días estaría en condiciones de ser trasladado a su domicilio.

—Vamos con usted hasta su casa —dijo el agente especial Donovan a Mavis—. No es conveniente todavía que permanezca

fuera de su domicilio. ¿Tiene novio acaso? —sonrió el agente, que era joven, muy alto y fuerte, lleno de simpatía su rostro.

—No, no —repuso ella, ruborizándose—. Por otra parte, creo que la amenaza de esos hombres no pasa de ser eso, un deseo de que me marche de este Estado, pero no pasarán de ahí. No pienso marcharme, si ustedes no me lo indican.

—Les hemos dado una respuesta concluyente con la detención de esos dos tipos que agredieron a Mergenthaler —dijo Donovan—. Y como les seguiremos pegando mientras cometan tropelías...

Mavis Bury vivía en el 234 de Luckie Street, una calle algo apartada del casco de la ciudad, en una casa de departamentos, con jardines que rodeaban la colonia. Los agentes la llevaron en un coche y entraron en el portal.

—¿Son buenos vecinos los de esta casa? —preguntó Donovan.

—No tengo queja de ellos. Son empleados, algún abogado, un médico... —contesto la muchacha, riendo—. Me parece que no hay nada que temer, ya en mi casa. No saldré, desde luego, hasta que vengan a buscarme, mañana por la mañana, a las nueve menos cuarto.

—Voy con usted hasta su piso —dijo Donovan—. Podemos quedarnos uno de nosotros durante la noche. Nos dijo que vive sola, ¿no?

—Vivo sola, pero repito que no pasará nada. Echaré la llave. Y una cadena de seguridad. Y tengo el teléfono, si hiciera falta. —Mavis no quería que nadie estuviera con ella durante la noche, los vecinos podrían creer otra cosa muy diferente y eso era muy poco grato.

Donovan asintió, comprendiendo las razones alegadas por la bella joven. Fue con ella hasta la puerta del piso y se despidió, recomendándola no saliera para nada de sus habitaciones, y de necesitar algo, que avisara por teléfono a la División.

Mavis lanzó un suspiro de satisfacción cuando cerró la puerta de su departamento. Agradecía las atenciones del

F. B. I.,

pero las consideraba exageradas. Amaba mucho su independencia y la desagradaba en extremo ser blanco de la curiosidad de los vecinos y de sus hablillas.

Dejó en el perchero su bolso, no sin antes echar la llave de la

cerradura y colocar la cadena de seguridad en la puerta. Ahora nadie entraría, ni aun en el caso de que forzasen la cerradura.

Fue a su alcoba en penumbra, pues la persiana de plástico estaba echada para evitar que el sol recalentara la habitación durante el día.

Se disponía a abrir su armario para colgar el vestido que llevaba puesto, para ponerse una bata, cuando súbitamente se sintió sujeta por unas manos poderosas, que oprimieron su nariz y su boca. Todo ello sin distinguir quién era el que lo hacía, pues estaba a su espalda.

Se debatió con indomable energía, pasado el terrible susto de los tres primeros segundos. Era valiente y sabía de dónde procedía la agresión. Tal vez le iban a dar una paliza, como a Mergenthaler... De querer matarla, ya lo habría hecho su agresor.

Durante dos segundos, mientras luchaba con energía, intentando desasirse de aquellos brazos y manos que impedían gritar y respirar, no pudo ver a su agresor, siempre detrás de ella.

Algo húmedo colocó en su nariz y boca el hombre, apretando con mucha fuerza. Mavis, sofocada, aspiró aquella humedad, que tenía un olor extraño, dulzón, como a manzana. El olor que notó, débilmente, al entrar en la alcoba, pero del que no hizo caso.

Se debatió más y más, aspirando el olor, porque no podía respirar ni librarse de la férrea presión de los brazos y manos del hombre. Intuía que la estaban cloroformizando, o algo parecido. Pensó en lo que sucedería, una vez dormida, a merced de aquel hombre que la tenía inmovilizada, en pie, echada hacia atrás, con la cara casi tapada por el pañuelo o mascarilla.

Se ahogaba. Algo muy extraño la estaba paralizando. Respiraba el olor y nada más que el olor a manzana. Como si estuviera en un quirófano y el anestesista la aplicara la mascarilla.

Insistió en librarse de aquella amenaza brutal. No podía respirar. Tampoco quería, porque era aspirar el cloroformo. Tenía las manos cogidas por la diestra del hombre y no podía moverse.

Su mente se turbó. Tragó saliva y abrió la boca, aspirando con fuerza, buscando un poco de aire puro. Las piernas se la doblaban. Tenía sueño. Un sueño creciente. Era lo que estaba previendo, horrorizada. Pero ahora su voluntad ya no contaba, las ideas se alejaban y sentía cabeza como hueca. Un sueño grande, grande...

Cerró los ojos. Creyó que la tumbaban en la cama, boca abajo. El olor extraño la invadía toda. Caía en un abismo sin fondo, pero sin hacerse daño. Sueño, abandono total...

El hombre apartó la mascarilla del rostro de Mavis, pero lo hizo para empapar de nuevo la mascarilla con el líquido de un frasquito que tenía en un bolsillo. Luego lo aplicó a la boca y nariz de la joven, apretando con fuerza.

Tres minutos después, retiró la mascarilla. Abrió la ventana para que la brisa que entraba ahuyentara el olor del cloroformo. Luego sacó de un bolsillo un rollito de cuerda fina, encerada, y ató las manos y los tobillos de Mavis. La dejó tumbada en la cama, tras examinarla atentamente.

Estaba viva. Lo decía su pulso y su corazón. Dormía pesadamente, como duermen los anestesiados.

Con paso lento, sin producir ruido en el pavimento de madera, encerado, fue recorriendo el departamento, aunque antes ya lo había hecho, cuando entró, valiéndose de una llave maestra.

En un pequeño gabinete, cuya ventana abrió, porque todas las habitaciones olían a cloroformo, se sentó en un sillón, encendiendo un cigarrillo.

Marcó un número en el teléfono, colocado encima de una mesita, junto a una caja conteniendo cigarrillos y un encendedor.

—Soy Pierson —dijo en voz baja—. Bueno, ya la tengo dormida. Ha sido bastante fácil, como esperaba. Lo peor hubiera sido que con ella subiera algún «G-Man».

Ahora tú dirás lo que hago con la chica.

—El jefe está que rabia por la detención de los afiliados de Tallahasee. Se han entregado como borregos y van a hablar mucho más de lo que nos conviene repuso una voz ronca. —En principio, ya sabes que lo que nos proponíamos era secuestrar a esa chica para poder frenar al F. B. I., con represalias, pero ahora quizá el jefe mande otra cosa.

—Se puede hacer, La abro las venas de las muñecas y la dejo que se desangre tranquilamente durante toda la noche... —dijo el hombre que había atacado a Mavis.

—Nosotros no podemos disponer lo que ha de hacerse. He de consultarlo con el jefe. ¿Puedes estar ahí sin peligro un rato?

—Creo que sí, pero si alguien llama por teléfono me veré comprometido. Ya sabes que los del

F. B. I.,

no son tontos, y si ella no se pone al aparato los tengo aquí a los pocos minutos.

—Tengo que buscar al jefe y preguntarle qué se hace —dijo la voz bronca—. Espera ahí hasta que te llame. Es pronto para que los del

F. B. I.,

pregunten. No te muevas. Si pasa algo, llama este número.

Colgó el hombre, que era de elevada estatura, delgado, de unos cuarenta y dos años de edad, de rostro moreno y ojos oscuros, muy metidos en las cuencas.

Fué a la alcoba de Mavis y la observó durante medio minuto. Seguía dormida y su respiración era regular, tranquila. Tomó de un cajón de una coqueta, entre otros objetos, una especie de bufanda de seda, de colorines, la dobló y después la colocó sobre la parte superior del lindo rostro de Mavis, cubriéndola los ojos. Si despertaba, no quería que ella le viese.

Fué a la cocina después, siempre caminando con paso lento, en puntillas. Abrió la refrigeradora y encontré una botella de leche, huevos, carne de vaca y otros comestibles, además de

«Coca-Cola»

y jugo de tomate.

En un trozo de pan metió una buena lonja de jamón y se puso a comerlo. De un bote de leche condensada extrajo una cantidad, que echó en una taza, agregando después café en polvo. Lo tomó todo, y encendió un cigarrillo, satisfecho con haber calmado su apetito. Luego fue a la alcoba de Mavis. La encontró durmiendo, todavía bajo los efectos del cloroformo. Su estado era normal. La miró sonriendo, sin ningún afecto. Pero consideró que era muy bella.

Se alejó después para ir al gabinete, cerca del teléfono, por si llamaba su jefe inmediato, dándole órdenes. Si le decían que liquidara a la muchacha, lo haría sin vacilar.

Pierson era un fanático del

«Ku-Klux»

y odiaba extrañamente a los enemigos de la organización. Aquel hombre, según algunos psiquiatras, no estaba en sus cabales y en su

mente perturbada se albergaban ideas homicidas, degeneradas, peligrosas.

Pero estaba un tanto inquieto, porque el tiempo pasaba y no le llamaban. Si el F. B. I., era el que hacía sonar el teléfono para inquirir si a Mavis le ocurría algo, cosa natural estando bajo su salvaguardia, ¿quién se iba a poner al aparato, descontándola a ella, naturalmente? ¿Nadie?

Entonces acudirían, alarmados, y todo se complicaría mucho. Y si era él el que atendía a la llamada, también se extrañarían de ello y pedirían que la muchacha se pusiera al aparato.

Maldijo a su jefe por la tardanza en llamar. Eran pasadas las diez de la noche ya, y nada, silencio absoluto.

Fué a la alcoba de nuevo. Mavis se movía en la cama. Ya había despertado de su pesado sueño. Quedó inmóvil al oír las leves pisadas de Pierson.

El hombre vaciló sin saber qué hacer. Estuvo dudando entre aplicarla una nueva dosis de cloroformo o amordazarla. Estaba bien atada y no se movería en la cama, pero había que impedir que gritara.

Cogió la mascarilla y rocióla con cloroformo, Era más seguro que la mordaza. Dormida, no haría ningún movimiento ni se daría cuenta de nada.

Mavis luchó cuando la mascarilla se abatió sobre su nariz y boca. Emitió unos sonidos ahogados de protesta y quiso volverse de lado, pero Pierson la dominó apretando con fuerza la mascarilla.

Medio minuto después, la muchacha quedaba de nuevo dormida. Pierson sonrió con malicia, saliendo de la alcoba.

Se sentó al lado de la mesita, esperando cada vez más intranquilo. ¿Pensarían dejarlo allí toda la noche? No le importaba, si el

F. B. I.,

no llamaba, pero si lo hacía, mataría a la muchacha y se marcharía.

A las diez y veinticinco minutos, cuando él comenzaba a dar cabezadas, vencido por el aburrimiento y el sueño, sonó de repente el timbre del teléfono. Descolgó inmediatamente, nervioso, excitado.

—Pierson —dijo la voz ronca de antes—. ¿Qué tal está la chica?

—Muy bien. La di otra ración de anestesia y está dormida como

una bendita. Bueno, ¿qué hacemos con ella? Soy de opinión que lo mejor es liquidarla. Ya no daría más guerra... Lo hago en pocos minutos, como te dije. No saldrá del sueño, o por mejor decir, seguirá dormidita para siempre.

—No seas bestia, hombre. No piensas más que en matar... El jefe es más sensato que tú. Esa chica nos va a servir para rescatar a esos dos idiotas de Tallahasee. Propondremos un canje al

F. B. I.

Y cuando los tengamos en nuestro poder los liquidamos, por traidores. Y cobardes. No podemos perdonar esas deserciones.

—Está bien. Yo los liquidaré. Para eso siempre soy voluntario. Entonces, ¿qué se va a hacer con esta muchacha? ¡No puedo estar aquí, con el peligro de que llame el

F. B. I.!

—Tú estarás o no estarás, según se te mando dijo la voz ronca en tono duro. —¿Quién eres para discutir las órdenes del jefe? Mira, a las once, y son las diez y media, iremos a recogeros a los dos en un coche. Oirás el claxon del «Pontiac», ya sabes. A las once en punto. Estamos muy cerca de esa casa. Abres la puerta del piso y aguardas. Duerme de nuevo a la chica, para que no haya ruido. ¿Entendido?

—Sí. ¿Y si llama el

F. B. I.,

mientras tanto? —rezongó Pierson—. La mato y me largo. ¡Yo no espero a que vengan y me acribillen a balazos!

—Si llamase el

F. B. I...

hazlo, pero nada más que en ese caso. ¡Te juegas la cabeza si la matas sin esa condición! El jefe la quiere emplear en algo útil, como es meter miedo al

F. B. I.

¿Entendido?

—Entendido. Cuelgo. —Pierson colgó, mirando la hora en su reloj de pulsera. Eran las once menos veinticinco ya.

Fue a la alcoba y observó a la muchacha, que dormía profundamente. Regresó al gabinete. Sonrió perversamente al pensar que le agradecería que el

F. B. I.

llamase ahora. Podría abrir las venas de las muñecas de la

muchacha...

Pero llegaron las once y un momento después oyó el sonido de un claxon que imitaba el graznido de un ganso. Se asomó a la ventana con prudencia.

VI



L «Pontiac» estaba en la esquina de uno de los jardinillos de la colonia de edificios. La luz de los reverberos, blanca, permitía verlo claramente.

Fue a la puerta del piso y descorrió suavemente la cadena. Después usó la llave para la cerradura. Marchó seguidamente a la alcoba. Mavis seguía dormida, con la mascarilla sobre la boca y la nariz, recibiendo la inhalación de cloroformo al respirar. No molestaría nada al ser transportada.

Fue de nuevo a la puerta. Oyó que alguien subía por la escalera, en lugar de emplear el ascensor. Se asomó al hueco y miró. Estaba a oscuras, pero encendió su mechero y miró. Subían tres hombres.

—¿Todo dispuesto? ¿Dormida la chica? —preguntó uno de ellos —. Los tres llevaban puestas unas blancas capuchas, con agujeros

para los ojos y la boca.

—Todo bien. ¿Y vosotros? ¿No habéis visto ningún coche parado en las cercanías? —dijo Pierson—. ¡Qué ganas de declarar la guerra así al

F. B. I.!

—No seas idiota —dijo el de la voz ronca, avanzando por el pasillo—. ¿Crees que no sabemos perfectamente cuáles son los métodos de los

«G-Men»?

Vamos di dónde está ella. ¡Muévete!

Entre los cuatro tomaron en sus brazos a Mavis, que totalmente dormida no ofrecía resistencia alguna, cual si estuviera muerta.

Bajaron la escalera sigilosamente, Pierson delante, pistola en mano, por si algún vecino asomaba, curioseando al oírlos.

Pero nada pasó, y llegaron a la calle, silenciosa, desierta. Ya el coche estaba pegado a la acera, ante el portal abierto. Rápidamente la metieron en el vehículo, el cual arrancó acto seguido.

En aquel instante, en el departamento de Mavis sonó el timbre del teléfono. Estuvo así casi un minuto, machaconamente. Luego se cortó la comunicación. Al cabo de medio minuto, volvió a sonar de nuevo. Otro minuto y ya no sonó más.

El

F. B. I.,

estaba enterado ya de que a Mavis Bury le sucedía algo extraño, porque no acudía al teléfono.

A las dos y veinte de la madrugada, de aquella misma noche, un coche grande, negro, iba por Marietta Street hacia el norte de la ciudad. Al llegar a la bifurcación con Howell Mili Road, que conducía a las inmensas talanqueras que guardaban el ganado vacuno que llegaba del Oeste, tomó al oeste del recinto alambrado.

Se oían algunos mugidos del ganado turbando el silencio de la noche, estrellada, donde aparecería la luna en cuarto creciente dentro de poco rato.

A media milla de *Stock Yards*, o depósito del ganado, el coche se detuvo ante un descampado. A la derecha, siguiendo un sendero con una huerta y un pequeño estanque, del que se extraía el agua para regar la huerta había una casita baja, de un solo piso, el bajo.

Rodeando el estanque había varios árboles copudos. Unas ranas croaban, y de vez en cuando las tranquilas aguas se alteraban al saltar en ellas los batracios.

Del coche se bajaron cuatro hombres. Iban con unas túnicas blancas, largas hasta casi los pies, y la cabeza cubierta con un capuchón de igual color.

—Adelante. Supongo que será ahí donde vive ese moreno —dijo el que iba delante, en la mano una pistola.

—Seguro. Trabaja en lo del ganado de *Stock Yards*. Se le ha seguido durante dos días, y por eso no hay duda. Es un maldito jefe del Sindicato de obreros de color, como ya se dijo en nuestra reunión de ayer. Un tipo que habla bien y que se ha impuesto a todos porque es honrado, según dicen.

—Razón de más para liquidarlo. Mientras los «niggers» sean unos bestias que acaten al hombre blanco y no se reproduzcan tanto, los toleraremos, Pero que sean listos y llegue el día en que sepan más que nosotros, de ninguna manera.

Los cuatro hombres avanzaron hacia la pequeña casa, encalada, con dos ventanas, pintados de verde los marcos, y la puerta estrecha y baja. Era un edificio muy modesto, pobre más bien.

—¿Tienes la llave para esta cerradura? —inquirió quedamente el que parecía jefe de los «ku-Kluxes». Se os ordenó hacerla mientras él estaba trabajando.

—Yo la tengo, jefe —dijo uno de los encapuchados, mostrando una llave grande—. Ya la probé esta mañana, y engrasé la cerradura. No hará ruido.

Silenciosamente, la llave fue introducida en la cerradura por un «ku-kluxes». Los otros tres tenían en la mano pistolas.

La débil puerta se abrió casi silenciosamente. Pero en el interior de la casa resonó la voz de un hombre que tenía temblor al hablar:

—¿Quién va?

Los cuatro encapuchados entraron a la vez, empujándose. Por la ventana entraba luz de la clara noche, en la que brillaba una luna en cuarto creciente.

Apareció en un estrecho pasillo un hombre, en pijama blanco con rayas azules. Era alto y muy delgado y su rostro era negro, con corta cabellera rizada.

—¡Calla la boca, cochino «nigger», o te dejamos aún más seco de

lo que estás! —exclamó uno de los «Ku-kluxes»—. Todos se echaron sobre él, sujetándole con violencia, llevándole a rastras a una especie de comedor y cuarto de estar.

—¡Tú eres Peter Jerome, claro! —dijo el que parecía jefe de los encapuchados—. El líder de los puercos negros del *Stock Yard*, ¿eh? Hueles a porquería de vaca, a estiércol.

—Soy Jerome, caballeros —repuso el negro, de rostro ahora ceniciento por el terror, mirando a los encapuchados, que le apuntaban con sus pistolas—. ¿Qué quieren? ¿Por qué todo esto?

—¿Por qué? —rió el jefe con soma—. Serás desvergonzado... De manera que estás formando un sindicato de sucios puercos como tú para pedir más aumentos de jornales, mejor trato, mucho mejor que si fueras un blanco, y todavía te haces el sorprendido.

—Yo no pido nada que sea injusto, ni tampoco mis camaradas. Han subido treinta centavos por hora a los obreros blancos y a nosotros nada. Esto no es justo. Lo hemos pedido con respeto, y nada más. Entonces...

—Entonces has reunido a tus hermanos de camada y les has dado un mitin incitándoles a la huelga, a uniros para combatir a los blancos —interrumpió el jefe de los encapuchados—. ¡Eso es lo que has hecho! ¡Has pedido venganza, violencias contra los que consentimos que estéis en el país porque somos caritativos y decentes! ¡Quieres ser un mandón de los negros de Georgia!

—¡Eso no es verdad! —exclamó Jerome, temblando de indignación, sujeto por los «ku-kluxes», que le propinaban puñetazos, empujones—. ¡Yo no he pedido violencias, ni huelgas!, ¡todo lo contrario! ¡Los he frenado, diciéndoles que esperen un poco, que los del sindicato del CIO iban a estudiar nuestro caso y seguramente se nos concedería esa mejora! ¡No pretendo mandar, ni tengo ambiciones!

—¡Embustero! ¡Has hecho que te elijan como jefe fingiendo servirles, pero lo que quieres es ser el mandón! ¡Luego tendrás coche, dinero con las trampas en las cuotas, alguna amigueta blanca, perro sarnoso!... Y, otra cosa, asqueroso «nigger»: ¿No eres católico, di? ¿Lo vas a negar?

—¡No lo niego! —chilló Jerome, que ya no temblaba de miedo. Se erguía con extraña altivez, levantando la cabeza—. ¡Tengo la honra de ser católico! ¡Por eso soy honrado y amo a mis semejantes

oprimidos!

—¡Sentenciado! —exclamó sí jefe roncamente—. ¡Nada de disparar, muchachos! Nada de ruido. ¡A la acequia con él y que se lave bien el cuerpo por fuera y por dentro! ¡A ver si su Dios le salva! ¡Fuera con él!

Jerome se debatió ferozmente, luchando por su vida. Contaba con unos cincuenta años pero era nervudo y ágil. Comenzó a repartir golpes y patadas en la pequeña habitación, cuyos escasos muebles rodaron destrozados.

Mas los cuatro «ku-kluxes», empuñando las pistolas por el cañón, le acometieron a la vez, golpeándole con tremendo ensañamiento. Lo derribaron al suelo, pateándole, levantándole después para arrastrarlo hacia la salida de la casa.

Jerome tenía ya la cara destrozada a culatazos y la sangre iba dejando un reguero por el piso. Pero pegaba todavía con furia, rasgando las túnicas de sus agresores, manchándolas de sangre, como a las capuchas, con lo que adquirirían un siniestro aspecto de monstruos.

Lo sacaron de la casa arrastras. El negro estaba ya casi sin sentido, víctima de la frenética y feroz paliza que estaba recibiendo. Su pijama estaba empapado en sangre, rotos los pantalones.

—¡Al agua con él, y que se lave bien para subir al cielo! —chilló el jefe—. ¡No perdamos más tiempo! ¡A la acequia!

Lo levantaron en vilo y lo arrojaron al agua. Dos «Ku-kluxes» lo tenían sujeto por la cabeza, empujándola con fuerza para que no sobresaliera.

Jerome, recobrando el conocimiento por la frialdad del agua, luchó ahora por no morir ahogado, intentando vanamente sacar la cabeza fuera del agua. Sus agresores le golpearon de nuevo con las pistolas, echándole al fondo de la acequia.

Comenzaron a surgir burbujas del agua. Muy pocas. Los encapuchados sujetaban al negro, desde la orilla, obligándole a estar sumergido. Jerome se debatía, tratando de escapar.

Dos minutos después, brotaron unas pequeñas burbujas del agua, que ya estaba casi inmóvil. Los encapuchados sujetaban todavía a Jerome, dentro del agua.

Ya no brotó ninguna burbuja. Se levantaron, observando fijamente el lugar donde estaba Jerome, inmóvil.

—¡Vámonos! Hemos llegado a tiempo de suprimir un cacique peligroso. Era listo el maldito y hablaba como un orador sagrado. ¡Al coche, y quitémonos todo esto! —Se quitó la capucha y la túnica, rotos y ensangrentados. Los otros le imitaron.

—¿Dejamos la casa tal como está? —preguntó uno de ellos al pasar por delante.

—¡Bah! Es una pocilga a la que nadie querrá venir a habitar. ¡Vámonos al coche de una vez! —repuso el jefe.

Se alejaron aprisa por el campo, hasta llegar a la carretera. El coche estaba allí guardado por un individuo que fumaba dentro.

—¿Hecho? —preguntó al ver a los cuatro hombres llegar y entrar en el vehículo—. Por aquí no ha pasado nadie.

—Hecho —repuso el jefe en tono alegre—. Se está bañando en la alberca, pero ni aun así se le quitará el asqueroso color negro ni el olor a boñiga de vaca. ¡Condenada raza! ¡Y encima católico!

El coche arrancó velozmente, encaminado hacia la ciudad.

Tony Melrose era poeta. Pero como las poesías, si las editaba él, le daban muy poco dinero, pues era un poeta como él decía, «incomprendido», alternaba los versos, pocos, con un oficio que le daba bastante dinero.

Escribía letras para canciones, sencillamente. Letras para luego adaptarlas a la música de *jazz*, de boleros, de *rock and roll*. Y para las canciones de las «estrellas» del cine, de la televisión.

Con esto, Tony Melrose se ganaba muy bien la vida. Aunque odiaba el tener que hacerlo, porque aquello no era poesía. Había de seguir las normas de zafios comerciantes, de idiotas «estrellas» de la TV, o del cine, que querían mucho romanticismo, mucho amor o sencillamente mucha picaresca.

Aquella noche, hacia las diez, estaba asomado a la ventana. Vivía en aquella colonia de Luckie Street, donde Mavis Bury, en un edificio de departamentos precisamente enfrente al en que estaba el de Mavis. Entre ambos, los jardincillos y la avenida.

Tony Melrose, de unos cuarenta años de edad, conocía de vista a Mavis. La conocía... y algunos de sus versos estaban inspirados en la belleza, el donaire, la elegancia, la sonrisa y los ojos de su vecinita.

La veía, generalmente por las mañanas, cuando ella salía de su

casa para ir a la oficina, y la sonreía amistosamente, haciendo un gesto de saludo. Tony encontraba «tema» para hacer un verso.

Ahora estaba asomado a la ventana intentando encontrar tema para la letra de una canción. Llevaba un rato buscándolo, en el silencio de los jardines, mirando al cielo estrellado.

Observó una de las ventanas del departamento de Mavis. Muchas veces la había visto asomada, tomando el fresco, o tras los cristales, leyendo o fumando. Era muy grato verla.

Además, él tenía unos prismáticos potentes y esto le permitía verla mucho mejor, casi como si la tuviera a un metro de distancia.

Pero en este momento, al mirar aquella ventana, abierta, no vio a Mavis, sino a un hombre. No era lo mismo ver a Mavis que a un tipo, y a aquella hora. Y el caso es que Mavis no estaba con él.

Sería un pariente, quizá. ¿O se habría casado la linda muchacha? No la había visto nunca con un hombre antes de ahora. La tenía por una mujer muy decente, desde luego. Eso se veía a la legua.

Requirió los prismáticos, abandonando la letra de la canción. No encontraba inspiración para hacerlo. Y menos ahora, intrigado como estaba por la presencia del hombre aquel.

Con los prismáticos apuntando al hombre, que fumaba. Vio su rostro, su busto. Ahora hablaba por teléfono. La luz del gabinete estaba encendida. Pero Mavis no estaba allí, con el hombre.

Tony Melrose sintió una especie de punzada de celos, El hombre a quien veía era feo, de rostro desagradable, avinagrado, y ya mayor. ¿Sería posible que aquella preciosidad de Mavis se hubiera casado con aquel tipo? ¿Quién era aquel individuo, a aquella hora, ocupando el sillón, de Mavis, y sin ella? ¡Vaya con el intruso!

Apagó la luz de su gabinete Tony Melrose y volvió a la ventana, con los prismáticos en la mano. Sentado en una butaca, enfocó desde la oscuridad los anteojos, ajustándolos.

Ya estaba el tipo llamando de nuevo al teléfono. Y manoteaba y se mostraba irritado, en la boca el cigarrillo...

El poeta vio, de repente, que el visitante de la casa de Mavis abandonaba el sillón y desaparecía. Y ella sin entrar en la estancia...

Lo vio de nuevo. Al hombre, claro. Llevaba en la mano algo blanco. En la otra, un frasquito. Parecía una mascarilla...

El tipo apartaba un poco la cabeza, a un lado, cuando vertía el líquido del frasquito. Como si le molestara el olor del contenido. Luego desapareció de nuevo a la vista de los prismáticos.

¿Qué ocurría allí, en casa de Mavis? ¿Estaba enferma y aquel hombre era el médico, que la estaba medicinando? Raro, porque al mediodía la había visto pasar, y luego también, hacia las tres, y parecía tan normal, con su paso encantador, su sonrisa afectuosa al verle.

Ya estaba el tipo de nuevo ante la ventana. Volvía a telefonar y manoteaba nerviosamente. Luego se asomaba, fumando mucho, mirando los jardinillos, entrando de nuevo, como si algo le preocupara.

El poeta estaba más y más intrigado. Eran cerca de las once de la noche ya. Mavis, sin aparecer en aquella estancia.

¿A quién aplicó el pañuelo o la mascarilla con el líquido, antes?

Sintió deseos de telefonar, preguntando por ella. Pero Tony Melrose no tenía trato alguno con ella. Solamente como vecino a quien se ve todos los días. Y se saluda cortésmente, sin más.

Podía ella ofenderse, decirle que se metiera en sus asuntos. Y como era una chica decente, no deseaba ofenderla. Estimaba en mucho su sonrisa para en adelante verla seria, esquiva, displicente con él. Sin sonreírle...

Oyó de repente el rumor de un motor. Un coche se acercaba por la avenida. Ya estaba allí, y se detenía frente a la casa. Era un vehículo grande, de color blanco y azul claro. Tony Melrose se dijo que era un «Pontiac» último modelo.

Bajaban del coche tres hombres, que caminaron hacia el portal, abierto. Entraron en él, pero Tony Melrose se quedó atónito cuando vio que los tres individuos, una vez allí, se echaron sobre la cabeza unos blancos capuchones, con agujeros para los ojos y la boca.

Ajustó los prismáticos, lleno de intensa curiosidad. ¿Estaba presenciando acaso el rodaje de una película? ¿Por qué aquellos hombres se encapuchaban? ¿Y qué hacía el tipo aquél de la ventana? ¿Por qué avisó el claxon del coche al llegar y el de la ventana les hizo una seña con la mano para que entraran en la casa?

Esperó un poco, lleno de incertidumbre. Lo que más le preocupaba era el no ver a Mavis Bury, la dueña del departamento.

Con los prismáticos asestados, esperó. Luego los fijo en el coche «Pontiac», en el que estaba un hombre al volante. Podía ver en la parte trasera el letrero luminoso de la matrícula.

Se levantó y cogió un papel y un lapicero. Luego de nuevo. Apuntó seguidamente: «Ga. 134-525», Era el número de la matrícula del vehículo. Consideró que era conveniente saberlo, dado que era extraño todo lo que estaba pasando allí.

Lanzó una exclamación al mirar con los prismáticos al portal de la casa. Bajaban cuatro hombres. Ninguno llevaba ya capucha. ¡Y llevaban a Mavis Bury, la deliciosa muchachito, con ellos!

No iba la joven por su pie, sino en brazos de tres de los hombres, como si fuera desmayada, o muerta. Los tobillos muy unidos, y las manos atrás. ¡Estaba atada! ¡Con una mordaza en la boca y los ojos vendados!

Tony Melrose, con la boca abierta, mirando ahora sin los anteojos, lleno de horror, vio cómo los hombres metían a la muchacha en el coche, luego entraron ellos y el «Pontiac» partió velozmente, avenida adelante.

Saltó del sillón, lleno de indignación y asombro. Cogió el papel, se puso una americana a toda prisa y salió de su departamento, escaleras abajo, aunque vivía en el piso primero.

En la avenida ya recordó que un «cop» de la Policía hacía ronda por allí, vigilando la colonia. Generalmente solía estar cerca de un bar, a la vuelta de la esquina de la avenida, cerca de su casa.

Corrió desolado, en la mano el papel. Se apostrofaba por no haber actuado antes, cuando vio al individuo de la ventana, o cuando entraron los tres encapuchados en la casa. Ahora, ¿qué sería de la linda muchachita?

Estaba el «cop» en el bar, a la puerta, fumando un cigarrillo. Como nunca pasaban cosas raras en la colonia, habitada por gentes respetables y tranquilas, el agente se podía permitir el gusto de descuidar un tanto su deber de recorrer la avenida, los cruces y las calles secundarias.

Tony Melrose le abordó, jadeante por la carrera, mostrándole el papel.

—¡Oiga, agente, he presenciado el secuestro de una mujer, no hace ni cinco minutos! —exclamó—. ¡Se la han llevado en un coche, cuyo número de matrícula es éste! —Le tendió el papel—.

¡Iba atada de pies y manos, amordazada y con una venda sobre los ojos!

El «cop» miró fijamente a Melrose. Le conocía de vista, porque el poeta iba a veces al bar, o se encontraba con él por las noches.

—Vamos por partes —dijo, cogiendo el papel y examinándolo—. ¿Es la matrícula del coche? ¡Buena idea la suya! Si aparece el coche, si no es robado, que pudiera suceder, es un buen dato, señor. ¿Dice que iba atada, amordazada y con una venda...?

—¡Ya lo he dicho, diablos! —farfulló Melrose—. ¡Lo que hay que hacer es perseguir a ese coche, saber adónde va! ¡Eran tres tipos con capuchas blancas, y el de la ventana!

El «cop» miró más fijamente a Melrose. Hasta ahora no había sospechado que aquel hombre pudiera estar loco. Secuestro, allí, de una mujer, en un coche, atada, amordazada, y por tres hombres con capuchas blancas...

—Vamos por partes —el «cop» tenía una mente bastante tardía. Si daba entrada a su cabeza a más de una idea a la vez, se armaba un lío y tenía que pensar mucho, digerir el razonamiento y ver qué podía hacer. Por eso siempre decía «vamos por partes»—. ¿Quiere decirme por qué iban a ir con capuchas blancas esos tipos? ¿Quiere decir acaso que pueden ser «ku-kluxes»? Algo se habla ahora de ellos, pero no creo...

—¡Mire, déjeme en paz con lo que crea o deje de creer! —saltó Melrose, dando patadas en el suelo—. ¡Han secuestrado a Mavis Bury y hay que salvarla! ¡Avisé a sus jefes, hombre de Dios, para que persigan a ese coche! ¡Muévase, hombre!

—Vamos por partes —el «cop» se rascaba el mentón, entornando los ojos—. Si es secuestro, ya sé lo que me van a decir mis jefes, que no es cosa nuestra, de la Metropolitana. Usted debiera saber que los secuestros es cosa del

F. B. I.,

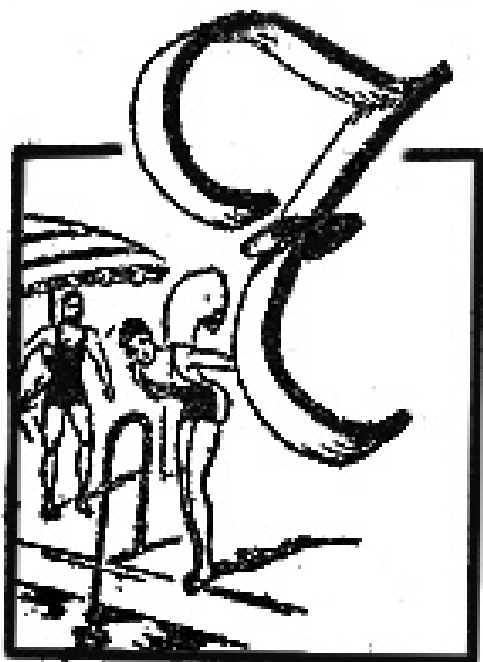
Por lo tanto, vamos a avisar a mis jefes, y como me dirán que...

Melrose, exasperado, empujó al «cop» al interior del bar, sin clientes. El dueño miró con asombro al poeta, que estaba avasallando nada menos que a un agente de la Policía, aunque

O'Neale,

el «cop», era un calzonazos.

VII



la Policía al
F. B. I.,

antes que a sus jefes, siguiendo la indicación de Melrose, puesto que a los federales les incumbía si era un secuestro. ¡Y vaya si era un secuestro! O quizá ya iba muerta la desdichada...

Habló
O'Neale

bastante tiempo, trabucándose, pidiendo datos a Melrose, volviendo a explicar. Luego colgó, sonriendo con aire satisfecho.

—Dicen que ya lo sabían y que vienen a todo gas. ¿Les avisó usted antes de decírmelo a mí?

ELEFONEÓ el agente de

—No. Bueno, no lo entiendo. Yo voy a casa de Mavis, puesto que los federales ya vienen. ¿Le dijeron eso o quizá le tomaron por un loco? Porque tiene unas explicaderas...

—El loco lo parece usted, señor —murmuró, enojado, el «cop». Mira que decir que iban encapuchados...

Fueron los dos al edificio en que residía Mavis. Discutían agriamente, ya que Melrose, mente rápida, certera en sus juicios y muy amigo de las controversias y polémicas, se exasperaba al escuchar al torpe «cop», rutinario, obtuso y terco como una mula al aferrarse a un razonamiento.

Diez minutos después, oyeron el rumor de motores de coches y después vieron llegar dos vehículos, que se detuvieron ante la casa donde ellos aguardaban. Se bajaron doce hombres, tres de ellos portando maletines, de los coches.

Melrose se adelantó excitado, en la mano el papel, que había quitado al «cop».

Toney, el agente especial, el rostro sombrío, preocupado, escuchó al poeta mientras los demás agentes subían rápidamente. Cogió el papel que le tendía Melrose y sonrió.

—Muy bien hecho, señor Melrose —dijo, dándole un golpecito en un hombro—. Esto nos va a valer de mucho, Voy con mis camaradas. Suba conmigo y le haré más preguntas. Usted, agente —dijo al «cop»—, haga el favor de vigilar aquí. Si alguien intenta entrar o salir, no lo permita sin avisamos.

Melrose se prestó gustoso a ayudar a los del
F. B. I.,

que estaban ya en el piso de Mavis. Los técnicos en huellas examinaban todo, pisando con cuidado en el pavimento de madera encerada. Uno de ellos explicó a Toney:

—Hemos tomado las huellas digitales del que habló por teléfono. Y ya sabemos que la señorita Bury fue cloroformizada, por el olor de la almohada de su cama, que apesta a esa droga.

—Entonces, eso fue lo que yo vi que vertía el tipo en un trapo o mascarilla —aseveró Melrose, muy intrigado por todo cuanto veía. Ya había dado la descripción física del hombre de la ventana y Toney tomó nota de ello.

Sonó el teléfono de repente. El agente federal lo tomó, escuchando.

—Soy Bisbee, muchacho —dijo el inspector jefe, de k: División con voz un tanto truculenta—. ¿Qué hay ahí?

—Fue cloroformizada. Seguramente que cuando ella entró aquí ya estaba dentro uno de esos tipos. Creo que pecamos de ligeros al no acompañarla hasta aquí y registrar el piso. Hay huellas y tenemos el número de la matrícula del coche donde la han llevado —explicó cuanto le dijera Melrose.

—Bueno, pues yo acabo de tener noticias de ellos —repuso el inspector Bisbee en tono duro—. Me han llamado por teléfono; se han llevado a la chica y que la soltarán sana y salva si en el plazo de veinticuatro horas soltamos nosotros a Ashville y Ullman, esos dos cretinos que agredieron a Mergenthaler. Si no los soltamos, la liquidan. La cosa es grave...

—Veinticuatro horas son suficientes para recobrar nosotros a Mavis —contestó Toney en tono animoso—. ¿Qué les contestó usted, jefe?

—Les envié al diablo, naturalmente. Esos «ku-kluxes» están haciendo cosas que pasan de la raya ya. Bien, puesto que tiene usted el número de la matrícula del coche ese, dígamelo y vamos a consultar nuestro archivo para saber a quién pertenece. Es una buena pista.

Se lo dio Toney y luego colgó, esperando que en la División se averiguara el nombre y dirección del propietario del coche, aunque cabía suponer también que el vehículo fuera robado, en cuyo caso la pista se perdería.

—Toney —dijo uno de los peritos, mirando fijamente al agente especial—. Ven, haz el favor. Hay aquí algunas huellas de pisadas... —Se lo llevó, hablando en voz baja, para que Melrose no los oyera.

En la alcoba de Mavis el técnico en huellas mostró, en sobre el pavimento de madera, un rectángulo espolvoreado de blanco, que había sido delimitado con trazos blancos. Le dio a Toney una lupa grande, enfocando con una linterna eléctrica la huella de un pie, bien marcada en el *parquet*.

—Mira eso. El tacón especialmente —dijo a Toney, que se arrodilló y lo miró con la lupa grande.

—Sí. Un tacón de goma, desgastado por la parte de atrás. Parece de la marca... —Enfocó la lupa de nuevo—. Goodyear, eso dice. Y algo más...

—Goodyear —asintió el técnico en huellas, sonriendo—. Pero también tiene la inscripción bajo el número o tamaño del pie. ¿No lo lees? Pues dice «Fabricación especial para las fuerzas de Policía».

Toney, asombrado, miró al técnico, levantándose. Se limpió el sudor de la frente, en su ceño una honda arruga.

—Son unos tacones de goma que se fabrican por la Goodyear para la Policía. Muy resistentes, especiales —agregó el perito en tono seguro—. Todos los zapatos que usan los de la Policía, y que compran en sus economatos a precio más barato, tienen esos tacones especiales. Ahora, saca la consecuencia. No dudes que esa huella es la de un tacón de un zapato usado por un policía.

—¡Buen lío! —murmuró Toney, pensativo—. Bueno, cabe pensar también que ha podido adquirir algún par de zapatos otro que no sea policía, ¿no?

—Lo dudo mucho, aunque hay que admitirlo. En fin aquí está la huella del zapato que un tipo de los que vinieron dejó. El desgaste del tacón, atrás y a un lado, nos lo pondrá delante de las narices como si fuera su huella de los dedos de las manos. Habrá que buscarlo.

—Pero no vamos a poder pedir a los agentes uniformados y de paisano de Atlanta que nos enseñen sus zapatos. Price —objetó Toney, moviendo la cabeza—. ¡Buena se armaría! Se lo diré al jefe y eso le va a levantar un buen dolor de cabeza.

Sonó poco después el teléfono en el gabinete. Toney fue a la mesita y descolgó.

—¿Soy Bisbee, muchacho? —dijo el inspector jefe—. Hemos tenido suerte. El «Pontiac» modelo último, sedán, blanco y azul, matriculo Ga. 134-525, está inscrito aquí, en Atlanta. Pertenece a un tal Frederick Arnall, que reside en la ciudad. Toma nota, hijo...

—Escucho, señor —dijo Toney, sobre la mesita un block de notas y un bolígrafo—. Luego tengo que decirle algo estupendo.

—El dueño del coche se llama Frederick Arnall, es agente de Bolsa, y vive en una colonia de villas, de lujo, en el 742 de Glenwood Avenue. ¿No recuerda esa barriada, al lado del campo de golf de James L. Key? Es al Este de la ciudad.

—Lo recuerdo, señor. Voy a ir allí ahora mismo para saber si ese Arnall sigue siendo el dueño del coche o si se lo han robado... o tiene algo que ver con este asunto. Tal vea tenga en su poder a

Mavis. Puede ser un
«ku-klux».

—Vaya usted ahora mismo con tres agentes más, Toney, Daría algo por liberar a esa pebre chica. Si no lo logramos en veinticuatro horas van a ocurrir cosas muy desagradables, especialmente para ella y nosotros.

—Ya veremos, señor. Escuche ahora, haga el favor. Hemos encontrado la huella, sobre el piso de madera, en la alcoba de Mavis, de un zapato de los que usa la Policía...

—¿Cómo? —Salió Bisbee en tono asombrado—. ¿Seguro, Toney? ¿Lo ha dicho uno de los técnicos de huellas? Mire que eso es grave...

—No hay duda, señor. El tacón tiene la inscripción de la Goodyear que acredita que es de fabricación especial para la Policía.

—¡Solamente nos faltaba eso! ¡Meternos con la Policía ahora! —exclamó Bisbee en tono de gran disgusto—. Bueno, hay que averiguarlo. Que saquen fotografías de ese tacón maldito desde distintos ángulos para que no haya duda alguna sobre la inscripción. ¡Dios mío, qué lío, si es un policía «ku-klux»!

—Lo veremos pronto, señor. Ahora parto para ir en busca de Arnall. Es urgente encontrar a Mavis. Son capaces de asesinarla esos locos.

Aunque el inspector jefe había ordenado que fueran con Toney dos o tres agentes más, el agente especial decidió por sí ir solo.

Si se trataba de un coche robado a Arnall, no era preciso llamar tanto la atención presentándose varios agentes. Y si en la villa del agente de Bolsa estaba Malvís, ya haría él por liberarla. No se asustaba del peligro.

Dio cuenta de su decisión a sus camaradas, que iban a terminar ya su quehacer allí, precintando la puerta del piso. Y mientras se llamaba a la División para que llegara otro coche, vacío, Toney ocupó uno de los dos que había ante el portal.

Era casi la una de la madrugada cuando el agente federal tomó el camino hacia el Este de la ciudad. La noche era clara, con la luna iluminando las suaves ondulaciones boscosas que hay al Este de la ciudad.

Entró en la colonia de villas, muy bien urbanizada, que le prestaba un especial encanto de quietud, paz y silencio. Cada hotel o villa tenía su parcela de terreno, con jardines y arbolado.

Glenwood Avenue era la calle principal, que atravesaba de norte a sur la barriada y de la que irradiaban otras calles más estrechas, con recovecos, todas ellas con sus jardines, plazoletas y villas de variados estilos.

Toney llevaba su coche a una marcha lenta, para que el motor no produjera ruido. Antes de llegar al 74... domicilio de aquel Fred Arnall, agente de Bolsa y propietario del «Pontiac» en que secuestraron a Mavis, lo detuvo.

Se apeó de él y arrimado a las cercas, muros y espacios en sombra, se acercó a aquella villa, cuyo edificio, de estilo moderno, con amplias terrazas, un tanto cubistas, estaba en el centro de un extenso y muy mea cuidado jardín, con bastantes árboles de sombra, especialmente plátanos.

La finca no tenía prácticamente muro de material que la rodeara. Había sobre una base de piedra varios postes de madera, con alambrada metálica de púas, y sobre ello mucha vegetación, como setos, que lo ocultaban.

La entrada principal consistía en dos pilarotes de piedra, que sustentaban la amplia puerta de barrotes de madera, pintada de blanco.

A un lado, había otra ancha puerta, de la que arrancaba una estrecha carretera asfaltada y que terminaba en un barracón. Toney vio que la puerta estaba abierta y que dentro había un coche azul y blanco.

Sintió correrle por la espalda un extraño hormiguillo. Allí estaba el coche en el que fue llevada Mavis, El «Pontiac», cuyo dueño era Fred Arnall, que vivía en aquella lujosa finca.

Esto parecía demostrar claramente que el agente de Bolsa era un «ku-klux»

y que para realizarse el secuestro había él ofrecido su coche. Y tal vez su esfuerzo. Buen lío para él.

Dudó el agente federal ahora. Si entraba preguntando dónde estaba Mavis, aunque exhibiera su personalidad de agente federal, seguramente que lo iban a recibir con muy poco agrado, sobre todo si él les demostraba que sabía que ellos eran los autores del delito,

tal vez su vida corriera un peligro serio.

Aunque correr un peligro no fuera para él ninguna novedad, su sentido de la responsabilidad le impedía afrontarlo sin pensarlo bien, a la buena de Dios.

Desechó la idea de llamar al timbre y pedir ver al agente de Bolsa para hablarle de aquel asunto. Si no estaba allí Mavis, y podía no estar, le sería muy difícil, por las buenas, sacarle a Arnall dónde se encontraba. Y luego detenerlo. Tal vez con el individuo hubiera otros, y entonces las cosas se pondrían feas para él.

Prefirió emplear otro método, quizá no muy legal, como era el de entrar en la finca cual si fuera un ladrón y ver lo que se pudiera ver.

Saltó ágilmente la cerca o seto en un lugar donde aparecía menos densa la vegetación, procurando no rasgarse el traje con las púas de los alambres.

Tomó, arrimado al seto, por la carretera que conducía al garaje, donde estaba el coche azul y blanco. Había que asegurarse de que era el «Pontiac» con la matrícula indicada antes de seguir adelante.

Salió de dudas en cuanto se aproximó, penetrando en el garaje. Era el «Pontiac», con la matrícula denunciada por el inteligente Melrose, el poeta.

Ahora iba sobre seguro. Hasta podría interrogar a Arnall, exigiéndole explicara cómo se usó su coche para el secuestro y el papel que él desempeñó en tan feo asunto.

Rodeó el edificio, yendo encorvado, cruzó la carretera y llegó a la villa. Antes había visto que las diversas ventanas, en los dos pisos, no tenían luz alguna, lo que parecía indicar que sus moradores dormían.

Ahora, en la parte trasera, una ventana estaba iluminada. Por allí estarían, seguramente, la cocina y habitaciones del servicio. Alguna criada o criado todavía levantado.

Se acercó sigilosamente. Sabía muy bien que si era visto tendrían derecho a tratarle como si fuera un ladrón, metiéndole una bala en el cuerpo sin previo aviso. Lo que hacía no era nada regular ni legal aunque le convenía hacerlo así, dada la catadura moral de los personajes que secuestraron a Mavis. Tampoco aquello era legal.

El rectángulo de luz de la ventana se reflejaba sobre la acera de cemento que rodeaba el edificio y aún más allá, en la pradera de

césped.

Antes de asomar la cabeza por el alféizar de la ventana, elevado como una yarda sobre la acera, con su barandilla, oyó que hablaban dentro de la habitación. Dos hombres, a juzgar por la voz.

Se aproximó más, pegado al muro del edificio, justa-mente al lado de la ventana, escuchando.

Su mano buscó la culata del «Magnum» bajo la axila izquierda. Esto le dio más confianza, tenía conciencia de que los del «Ku-Klux»

no vacilaban en emplear la violencia si era preciso. El pobre empleado de teléfonos. Buddy Melson, era un claro ejemplo que así lo atestiguaba.

No podía oír lo que hablaban los dos hombres. Lo hacían en voz no alta y rápidamente, como si discutieran.

Se aproximó más aún, inclinándose para colocarse debajo justamente del alféizar de la ventana. La iluminación de la estancia no le permitía asomar la cabeza porque podría ser visto.

Una colilla, lanzada por encima de la barandilla, le indicó que uno de los dos hombres estaba quizá asomado. Le iban a ver...

Súbitamente, la luz se apagó. Ya no hablaban. Oyó el leve sonido de unos pasos y después cómo una puerta se cerraba. La ventana seguía con las dos hojas abiertas, con sus visillos blancos, recogidos por un volante más abajo de la mitad.

Esperó dos o tres minutos antes de moverse. Le intrigaba ahora qué habría en aquella habitación y dónde se encontrarían los dos hombres. Podrían sorprenderlo súbitamente si se asomaban al jardín desde otra ventana.

Se incorporó, pensando que estaba perdiendo un tiempo precioso con tanta vacilación. Tenía que encontrar a Mavis porque su vida estaba amenazada gravemente como consecuencia del ultimátum de los «ku-kluxes» de matarla si no se dejaba en libertad a los dos agresores de Mergenthaler.

Toney era muy alto, seis pies y más de medio de estatura. Pudo por ello ver a la altura de la barandilla del alféizar algo de lo que había en aquella habitación, bastante grande.

Una cama, en la pared opuesta, dando sus pies hacia la ventana; dos mesillas, un sillón, una coqueta, un armario de luna y una mesita, en el centro.

Quedó con la respiración en suspenso durante varios segundos, contemplando la cama. Lo veía y le parecía increíble.

Mavis Bury estaba tendida allí, muy estirada, con las manos tras la espalda y los tobillos muy juntos. Sobre el rostro, una venda y una mordaza. La venda, sobre los ojos, y la boca tapada por la mordaza.

Toney, católico, se santiguó, dando gracias a Dios por aquel hallazgo.

Se agarró a la barandilla, hizo flexión y se elevó hasta el alféizar sin producir ruido alguno. Luego, de otro brinco, como un gato, saltó al interior de la alcoba. La medía luz que reinaba allí le permitía ver le suficiente para distinguir el cuerpo da Mavis sobre la cama.

Se acercó a ella. Inclínose y puso su boca junto a una oreja de ella, que parecía sumida en el sueño, inmóvil.

Toney observó que estaba atada de pies y manos, pero también con otras ligaduras, a la cama, rodeándola para evitar que pudiera incorporarse o saltar para intentar huir. Por eso sus secuestradores habían dejado la ventana abierta. No temían que pudiera escapar.

—Señorita Bury —dijo Toney en voz queda—. Señorita Bury, soy Toney, agente del
F. B. I.

Voy a desatarla y quitarle la mordaza y la venda. No grite.

El cuerpo de la joven se movió, como su cabeza, volviéndola hacia el agente federal. Una especie de sollozo la conmovió, contenido por la mordaza.

Toney sacó de su estuche de herramientas, que llevaba en un bolsillo, una navaja. De dos tajos cortó las cuerdas de las muñecas y los tobillos, y luego las otras ligaduras que le inmovilizaban sobre la cama. Lo hacía con gran celeridad, temeroso de que alguien entrara de nuevo.

La quitó la venda de los ojos y la mordaza. Mavis miró a Toney con indecible emoción, los ojos llenos de lágrimas. Toney sonrió, cogiéndola de los brazos y sentándola sobre el lecho.

—Haga un poco de ejercicio —susurró— para desentumecerse. Vamos a escapar de aquí. ¡Muévase! Las piernas, los brazos...

Ella obedeció con gran trabajo. Llevaba muchas horas en completa inmovilidad, atada de pies y manos, y la sangre circulaba

mal por sus venas, produciéndole agudos dolores cualquier movimiento.

Un minuto después estaba en pie, en el suelo, vacilando, apoyándose en Toney, que la observaba con angustia, temeroso de que hubiera que perder tiempo allí hasta que ella pudiera valerse un poco.

La acercó al alféizar de la ventana. Mavis gemía débilmente al sentir sus piernas como dormidas, débiles.

Toney, de repente, quedó tan rígido como ella, pero por otro motivo. Escuchaba atentamente. Luego metió la diestra bajo la axila izquierda, sacando el «Magnum» rápidamente.

—Oigo pasos que se acercan —dijo a la joven. La cogió en sus brazos y la elevó hasta el alféizar con un movimiento lleno de fuerza y agilidad, como si la muchacha pesara lo que una criatura de tres años. De otro impulso la dejó sobre la acera, al otro lado de la ventana—. Aléjese. ¡Haga por andar, criatura, o nos van a liquidar!

Ella se apoyó en la pared, caminando muy despacio volviendo la cabeza hacia Toney, que iba ahora a la puerta para echar el pestillo y ganar así tiempo si los secuestradores querían entrar.

Pero el batiente fue empujado antes que él lo tocara, y un hombre alto entró, en la mano una pistola.

Era Pierson, el que cloroformizara a Mavis en su casa. El hombre que indudablemente era un maníaco homicida.

Toney na esperó a que Pierson tuviera tiempo de salir de su asombro y procediera en consecuencia. Aquellos individuos del «Ku-Klux-Klan» no merecían muchas consideraciones, ya que procedían como asesinos.

Saltando sobre él como un tigre, le asestó un terrible golpe con la culata del revólver en el cráneo. Pero no fue bien medido, por el movimiento que hizo Pierson y por la velocidad de la agresión. El caso es que en vez de golpear en el cráneo al «ku-klux»

le dio en un hombro, el derecho.

Gritó roncamente Pierson, tanto por el dolor como para avisar a sus compinches. Luego, pasando su pistola a la mano izquierda, la elevó para disparar sobre Toney, que le asestó otro culatazo, ahora mejor dirigido, a la cabeza.

Pero ya se oían pasos apresurados dentro de la casa. La alarma estaba dada, y Toney se sintió, en medio de todo, contento por haber alejado de allí a Mavis. Lo que hacía falta ahora era tener un poco de suerte para salir con vida de aquel trance.

Pierson no estaba inutilizado aún, pese a los dos recios golpes recibidos. Era de una fortaleza física al parecer excepcional y aunque estaba en el suelo, con la cara llena de sangre, se aferró a las piernas del agente federal, que se debatió con furia, pegándole de nuevo.

La puerta, entreabierta, fue empujada con violencia. Dos hombres estaban en el umbral, esgrimiendo pistolas. Un tercero se empinaba sobre la punta de los pies para ver qué ocurría.

—¡Ha huido la chica! —aulló uno de ellos—. ¡Este tipo la ha ayudado!

—¡Las manos arriba! ¡Soy del

F. B. I.

y voy a disparar si no obedecen!

Aquella intimación del agente federal les pareció quizá ridícula a los cuatro hombres, que dada su superioridad numérica creían que de morir alguien allí iba a ser el hombre del

F. B. I.

Pierson qué el que tomó la iniciativa, por encontrarse a los pies de Toney, entre sus piernas. Aunque muy castigado, tuvo fuerzas para abrazarse a los muslos de Toney, tirando de él para derribarlo.

El agente especial ya veía que le apuntaban los otros tres hombres. No podía sentirse magnánimo ni volver a intimar la rendición de quienes le iban a matar a tiros.

Bajó el «Magnum» un solo segundo y disparó sobre Pierson, que le zarandeaba con violencia, queriendo tirarlo al suelo.

La bala penetró en la bóveda craneana, de arriba abajo, del «ku-klux».

Sonó de manera extraña y macabra al romper el proyectil la cabeza, perforando el hueso. Como si hubiera atravesado una calabaza.

Pierson soltó las manos, impulsado por la fuerza tremenda del proyectil, y quedó como aplastado, inmóvil.

Estaba allí el dueño de la casa, el agente de Bolsa Fred Arnall, pegado a la puerta, abierta, en la mano la pistola, apuntando a Toney. Al ver morir a Pierson de aquella manera, vaciló un

momento, como los otros dos hombres.

Toney aprovechó aquella coyuntura. Había matado a uno, pero quedaban los otros tres, muy peligrosos, muy cerca de él para fallar la puntería.

Apuntó a Arnall y disparó a menos de dos yardas de distancia da él. Luego dio un brinco y fue a parar al otro lado de la cama cuando sonaron dos secas detonaciones y las balas silbaron muy cerca de su cuerpo.

Arnall soltó su pistola, lívido el semblante grueso. Se apoyó pesadamente en la hoja de la puerta y se fue dejando escurrir despacio mientras en su camisa blanca aparecía una mancha roja; en la tetilla derecha.

Toney pensó que acuellas situación tenía una gravedad muy grande. Los «ku-kluxes» apelaban a la violencia en su grado mayor, tirando a matar. No se podía tener contemplaciones con ellos, tal como se desarrollaba el combate.

Vio a otro de los que estaban allí, tan cerca, y que había disparado sobre él. Ahora le veía la cara, y quedó perplejo.

No era posible... Tal vez se parecía mucho, pero no era posible que fuera él, allí, pistola en mano, dispuesto a matar, a sabiendas, a un agente especial del

F. B. I.

Y precisamente a un agente a quien él conocía y había tratado.

El otro

«ku-klux»

entró en la alcoba, buscando a Toney, que estaba arrodillado al otro lado de la cama, asomando solamente la mitad del busto.

El agente federal se estremeció al verlo allí, tan vulnerable, con su alta estatura, aunque en la mano llevara la pistola. Un niño podría hacer blanco en él. Pero no por eso era menos peligroso.

En aquella lucha, tal como se planteaba, no se podía dar ni recibir cuartel.

Disparó sobre él una sola vez. Pero el hombre también había disparado mientras daba un salto de costado, viendo el peligro en que se encontraba.

La bala de Toney dio en el blanco. El hombre se encogió como si le hubieran doblado en dos por la cintura, y sus manos fueron al vientre, soltando la pistola. El proyectil que había disparado su

pistola fue muy desviado al brincar mientras apretaba el gatillo.

Quedaba aquel hombre, ya solo, al otro lado del umbral. Toney le observé durante un momento, pues estando al otro lado de la cama no le era posible ahora disparar sobre él.

Oyó pasos precipitados del individuo a quien conocía. Huía de allí a la carrera. Aterrado por la puntería de Toney.

El agente federal saltó sobre la cama y brincó al suelo como un gato enfurecido. Se sentía poseído de una terrible indignación contra aquel hombre, que ahora demostraba ser un cobarde.

—¡Alto, Moreland, traidor maldito! —le grité roncamente, corriendo por un pasillo. El perseguido corría también y sus pasos se oían claramente, tropezando contra los muebles, dando un portazo violento. Buscaba la salida al jardín y de allí a la carretera.

Toney le vio ya en el jardín. Disparé sobre él, a las piernas, pero Moreland, alto y ágil, joven, brincaba cual si le persiguieran reptiles.

Se volvió al oír la segunda bala sobre su cabeza y a su vez disparó.

Toney se arrojó al suelo, pues sabía que su enemigo, antes amigo, tenía buena puntería. Después se levantó y siguió corriendo en pos de Moreland, que ingeniaba ahora saltar la valla de setos.

—¡Quieto ahí, Moreland, o lo dejo seco! —gritó Toney, apuntándole con su «Magnum» a una distancia de unas doce yardas—. ¡Perro traidor, quién lo hubiera podido suponer!

VIII



UEVAMENTE Moreland disparó rápido sobre el agente federal, que se encogió para ofrecer menos blanco. La bala se incrustó en la hierba, a menos de un palmo de distancia de su cuerpo. Luego, el hombre se dispuso a saltar el seto para huir.

Pero Toney elevó la mano, que empuñaba el «Magnum», y disparó tres veces consecutivas sobre él, apoyando el codo sobre el suelo.

Moreland se había enredado en el seto, con los alambres de púas, y su traje, apresado no le dejaba moverse.

Lanzó un alarido de dolor, abrió los brazos, soltando la pistola, y quedó inclinado sobre el seto, recortado en su parte superior. Parecía una enorme mosca que hubiera caído en la tela de araña, inmovilizándole.

Toney se acercó a él rápidamente. Recogió la pistola del suelo y se la guardó. Moreland se debatía débilmente, pataleando, doblado encima del seto. Debajo de él, su sangre regaba la hierba y la planta.

—Se la buscó... —farfulló el agente federal, cogiéndole bajo las barzas casi en vida y tumbándole sobra la hierba. Sí; no había duda.

Era el teniente de la Policía Metropolitana, Jesse Moreland. Algo increíble. Que aquel hombre fuera un elemento de acción del «Ku-Klux-Klan», cuando su deber era precisamente combatirlo, como servidor de la ley.

Agonizaba el teniente. Las tres balas, de grueso calibre, le habían destrozado los pulmones, la columna vertebral y los riñones. Se moría a chorros, y Toney le observó con gran consternación.

Moreland había sido amigo suyo. Se conocían precisamente por sus relaciones entre la Policía y el

F. B. I.

Nunca hubiera podido suponer que fuera un traidor a su deber.

—Lo siento, Moreland —dijo, acercando su rostro al del teniente, que se iba poniendo lívido, terroso, tiritando de frío—. Por Dios, ¿por qué hizo eso? Sea sincero ahora, Jesse. ¿Me oye, Moreland?

—Estoy listo... —balbució el teniente, joven todavía—. La oferta era tentadora, Toney. De las que no se rechazan cuando se tiene ambición... —hablaba débilmente, jadeando, cerrados los ojos—. Pero me salté la barrera del deber, y eso no es muy bueno...

—Moreland, ¿quién es el jefe de todo esto? Han asesinado, cometido barbaridades imperdonables, ya lo sabe usted. Haga algo bueno ahora, Jesse... Diga quiénes son esos facinerosos. Quede como un hombre de bien, si cree realmente que Dios le espera para juzgarle. ¿Lo cree?

—En mi casa —repuso cada vez más débilmente Moreland, jadeando por la creciente fatiga—. En la mesa de despacho, están las listas. Palabra, Toney que... he... he sido un bestia. Me dieron mucho dinero. El jefe quería ser senador y le apoyaba el «Ku-Klux»

en las elecciones. Me dieron veinte mil... Sobrará para el entierro rió horriblemente. Luego se estremeció, abrió los ojos y miró a Toney fijamente.

Quedó así, muerto, en los brazos del agente federal, que movió la cabeza, profundamente consternado.

Se irguió Toney. Divisó entre los setos una sombra grácil, encogida, aterrada.

—¡Mavis! —exclamó el agente federal, corriendo hacia ella. La muchacha sollozaba y se echó en los brazos de Toney, que suavemente la apretó contra su pecho—. Dura prueba, ¿verdad? Pero ya todo ha pasado. Vamos a marcharnos. No tenga ya más miedo. Espere aquí un momento. No corre peligro ya.

La dejó sentada en la escalinata de piedra del porche, Entró él en el edificio, revólver en mano, prevenido contra toda sorpresa.

Arnall, Pierson y el otro

«ku-klux»

estaban muertos ya. La casa era un depósito de cadáveres. Moreland, afuera, hacia el cuarto cadáver.

Fué al despacho de Arnall y habló por teléfono con la División. Bisbee, el inspector jefe, quedó mudo de asombro al saber que el teniente Moreland había sido un

«ku-klux»

de acción. De él eran con toda seguridad, las huellas de los tacones de goma encontradas en casa de Mavis.

—La muerte que merece todo traidor —murmuró sordamente el inspector—. Bueno, traiga a esa muchacha aquí, Mientras esos canallas anden sueltos no podemos exponerla a nuevos peligros. Gracias a usted lo ha podido contar.

Toney y la muchacha entraron en el coche del agente federal. Dentro de pocos minutos llegarían unos agentes especiales allí para hacerse cargo de los muertos. Y verificar un cuidadoso registro.

—Voy a llevarla a la División, Mavis —dijo mientras conducía el coche hacia la ciudad—. Allí permanecerá pocas horas, porque vamos a tener la lista de todos los «ku-kluxes». Me lo ha dicho Moreland, ese desdichado que pensaba hacerse rico fácilmente colocándose fuera de la ley. ¡Con lo bien que sabía él que eso no se puede hacer! ¡Un teniente de la Policía, querida! Le sobrará dinero para su entierro, como dijo...

A las siete de la mañana, Mickey Newberry, sobre su motocicleta «Indian», llegaba ante la casa de Jerome, el negro asesinado por los

«ku-kluxes» pocas horas antes y cuyo cadáver flotaba en las verdes y sucias aguas de la acequia.

Mikey era también negro y trabajaba, como Jerome, en los corrales de ganado vacuno de *Stock Yards* apartando reses para en matadero local y para el embarque en ferrocarril para otros puntos del Estado. Todas las mañanas iba a buscar a su camarada en la motocicleta.

Pero esta mañana Mikey vio que la puerta estaba entornada, sin que viera en la huerta a Jerome trabajando, como hacía otras mañanas, con la fresca del amanecer.

—¡Petar! —gritó mirando a su alrededor, todavía subido en su motocicleta—. ¡Peter! —Hizo sonar el claxon repetidamente.

Pero Peter Jerome no podía contestarle. Flotaba sobre las aguas con la cabeza bárbaramente destrozada.

Se bajó de su vehículo Mikey y entró en la casa llamando a su camarada y amigo. El amigo de todos los empleados de color de *Stock Yard*, que veían en Jerome una especie de apóstol y valedor de entereza sin igual.

Mikey quedó asombrado, espantado, al ver el desorden que reinaba allí dentro. Los muebles, destrozados, desplazados, Y sangre, ya reseca, por el comedor, el pasillo, la puerta de entrada, en regueros.

Se puso a temblar Mikey, muy abiertos los blancos ojos, espantado. Y fue siguiendo al rastro de sangre hasta la puerta. Lo siguió después por el piso de tierra del sendero que iba a la alberca. Llegó allí...

Lanzó un alarido de horror al ver a su entrañable amigo meciéndose en la verdosa agua, como si estuviera tomando un plácido baño, Pero estaba muerto, con el rostro desfigurado, el cráneo, el cuerpo cubierto de erosiones visibles entre el destrozado pijama.

Mikey le cogió de un brazo, sollozando, temblando como un azogado.

—¡Peter, hermanito! —gritó con voz desfallecida—. ¡Mi pobesito Peter, y cómo te han puesto así po buenesito!

Le sacó del agua, tendiéndole sobre la hierba, cerrándole los ojos y santiguándole con unción. Estaba muerto. ¡Cómo no lo iba a estar si su cabeza no tenía ya forma, ni su cara, de tan destrozadas!

Se levantó. No sabía qué hacer. Por Jerome, nada ya. Le acariciaba las manos, sollozando, temblando terriblemente, como por lo visto saben temblar los negros cuando les posee el terror y cuando danzan cual si estuvieran poseídos de locura.

Salió disparado hacia su «Indian», poniendo el motor en marcha de un furioso pedalazo. Luego arrancó a toda velocidad, hipando, los ojos llenos de lágrimas, haciendo que la máquina se desviase en su marcha, con peligro de estrellarse.

La distancia hasta los corrales de *Stock Yards* era de una milla escasa. Ante una de las puertas estaban los obreros de color, que entraban por diferente sitio que los blancos. Un centenar de negros, mulatos, cuarterones, esperando se les abriera el portón.

Mikey, gritando como un poseído, les anunció que había encontrado al buen Jerome asesinado en la alberca. Le rodearon, silenciosos, sus camaradas, petrificados, como estatuas, bailando solamente sus ojos, llenos de dolor y estupefacción.

—Habrán sido los del
«Ku-klux»

—dijo uno de ellos con voz llena de terror—. Peter valía mucho y daba la cara. Negro y católico...

A una, sin apenas murmullo, el centenar de hombres partieron, andando, en fila, hacia la casa de Jerome. Un capataz blanco, indignado, les salió al paso.

—¿Huelga? —rugió mientras cogía de un brazo a don negros—. ¡El que falte al trabajo será despedido y llamaré a la Policía, «niggers» asquerosos!

Le explicaron lo sucedido. Luego reanudaron la marcha, en silencio, colgando los brazos, la cabeza baja, bajo el sol, camino de la casa de Jerome.

El capataz fue a un pabellón y dio cuenta de todo al jefe de personal de color, el cual avisó por teléfono al

F. B. I.,

ya que los negros suponían que la muerte de su camarada Jerome fue cosa del «Ku-Klux-Klan».

Toney estaba en el domicilio, con dos agentes más del

F. B. I.,

registrándolo todo, del que fuera teniente de la Policía Moreland.

El agente especial había descerrajado los cajones de la mesa de despacho, Moreland le había dicho que allí tenía las listas de afiliados del «Ku-Klux-Klan».

Sacó una carpeta de cartón bastante abultada y la abrió. Muchos papeles contenía, pero encima de todos, unidos con un alambre, varios folios escritos a máquina. Numerosos nombres y direcciones no solamente de Atlanta y el Estado de Georgia, sino de Florida, South Carolina, Alabama...

—¡Ya está aquí! —exclamó Toney, agitando los papeles. Sus dos camaradas se acercaron prestamente, sonriendo triunfalmente—. Moreland fue sincero en el último minuto de su vida.

—¡A ver quién es el «Gran Dragón»! —exclamó el agente Bertie, al lado de Toney, que extendió los papeles sobre la carpeta—. El jefe de esa canalla...

—¡Oliver Schnell! —exclamó Toney con asombro—. ¡«Gran Dragón»!

—¡Dios, el magnate de todas esas empresas de electricidad, el dueño del Banco Agrícola Hipotecario! —exclamó Bertie, la boca abierta—. ¿No es el que se ha presentado a las elecciones para senadores por este Estado?

—El mismo —afirmó Toney sombríamente—. Ya me lo dijo Moreland. ¡El perro usurero, que ha llevado a la ruina y al hambre a miles de pobres campesinos! ¡Y éste es el hombre caritativo, el mecenas que da millones para fundar asociaciones benéficas solamente para blancos protestantes!

—¡Hay que ir por él! —exclamó impetuosamente Doyle, el otro agente federal—. ¡Hay que atraparlos a todos y colgarlos! ¡Una redada de la que no escape ningún «Dragón», ni un «kludd», ni un «klokard»! ¡Ni uno solo de esos que pertenecen a la «Columbians Inc.», esa banda de gángsters hipócritas!

Terminaron aprisa el registro, llenando carteras de cuero con documentos, cuentas, citaciones, relaciones de donativos recibidos.

Moreland, el teniente de la Policía, había ocupado un cargo de confianza, pagado, y fue jefe de un grupo de acción valiéndose de su cargo en la Policía, que le prestaba, por lo visto, mucha impunidad, pues nadie hubiera podido suponer que fuera un traidor.

Todo lo ocupado fue llevado al despacho del inspector Bisbee y

examinado por él. Los teletipos comenzaron a funcionar sin descanso, impartiendo órdenes secretas de detención a los Estados donde residían «ku-kluxes».

—Hay que detener hoy mismo a ese «Gran Dragón» —dijo Bisbee a Toney, las mandíbulas apretadas, feroz la mirada—. ¡Pandilla de asesinos! ¡Han llegado hasta asesinar al pobre negro Jerome por el solo hecho de ser negro y católico! Como asesinaron al empleado de teléfonos porque les vio reunidos en aquella montaña haciendo el payaso...

—¿Voy por él, entonces, señor? —inquirió el agente federal, en cuya mirada había ansiedad, deseos de que Bisbee dijera que sí.

—Vaya, muchacho. Sin perder tiempo. No pararé hasta verle entre rejas y acusado por un fiscal federal para que no escape a la horca —respondió abruptamente el inspector—. Pero no vaya solo. No podemos correr el peligro de que se nos escape. Cerquen su casa entre veinte o treinta hombres y sáquenlo de allí... vivo o muerto.

—De acuerdo. De acuerdo en eso de sacarle vivo o-muerto, señor. En cuanto a que no vaya solo... —sonrió Toney cruelmente—. ¡No hace falta! ¡No se me escapará!

El agente federal salió del edificio donde radicaba la División del F. B. I.

Iba solo, naturalmente. Toney tenía mucha más fe en lo que un hombre sólo puede hacer, si tiene dos dedos de frente, que en la acción aparatosa de un pelotón de agentes, cuya sola presencia alarma a aquellos que tienen que temer ser detenidos.

Oliver Schnell tenía sus oficinas en un «*building*» o rascacielos de los mejores de la ciudad con sus veinticinco pisos. Todo el mundo sabía que aquel edificio, como la villa que tenía en las afueras, como toda su fortuna, salía de sus sucios negocios de usura bajo el disfraz del Banco Agrícola Hipotecario. Ahora quería ser senador, encumbrarse más y más, y se erigía en jefe del «Ku-Klux-Klan», resucitándolo para su particular provecho.

Toney, telefoneando al Banco Agrícola Hipotecario, supo que Schnell no se encontraba en las oficinas. Era pronto todavía para que apareciera allí. Estaba en su villa, sita en Washington Parle, Hunter Street.

Entró en su coche el agente federal. No eran sino las nueve de la mañana. Los periódicos locales no dirían nada acerca de los sucesos

acaecidos la noche anterior con la muerte del teniente Moreland y sus acólitos ni la del negro Jerome. Bisbee había ordenado se guardara el mayor secreto y ni siquiera el Cuartel General de la Policía sabía lo que había pasado.

Washington Park y Hunter Street se encontraban en el West End, un distrito residencial del Este de la ciudad. Era lo mejor de Atlanta. Y allí vivían los personajes principales y pudientes en alto grado.

Avenidas cuidadosamente urbanizadas, villas y palacios suntuosos con sus parques; silencio y tranquilidad garantizados por la Policía municipal, dado que ahí residía el gobernador del Estado, el alcalde de la ciudad, los magnates de los negocios, los politicastos enriquecidos con la «máquina electoral» y, como Schnell, los usureros despiadados disfrazados de mecenas.

Toney divisó la villa-palacio de Schnell. Un edificio estilo georgiano, con mármoles blancos deslumbrantes, columnatas, en medio de un parque extenso, con brillante hierba, arriates, un pequeño lago o piscina y a un lado un garaje a cuya puerta había tres enormes coches americanos y europeos de las mejores marcas.

El agente federal sonrió amargamente cuando se bajó del coche. Toda aquella riqueza que veía, quizá más de un millón de dólares, había salido del sudor de innumerables campesinos que perdieron sus tierras por hipotecarlas a Schnell en un momento de apuro.

Era el hombre sin conciencia, sin pudor ni creencias, aunque sabía desprenderse de vez en cuando de una ínfima parte de sus ganancias para aparentar ser caritativo y generoso.

Ante una verja monumental de hierro, toda ella de volutas con rosetones de latón, que parecía oro, se detuvo un poco indeciso. Iba a entrar en la guarida del lobo él solo, ignorando lo que Habría dentro.

No temía a Schnell personalmente, aunque le conocía de vista.

Un hombre gigantesco, de rostro y cabeza leoninos, dura expresión en la mirada, todo fortaleza y decisión. El hombre que desplazaba los obstáculos a patadas que se le pusieran delante. Frío a veces; otras, impetuoso como un rinoceronte; astuto cuando hacía falta, cual un zorro; traidor solapado, como una serpiente...

Oprimió el timbre en la puerta lateral de la verja monumental de entrada de coches. Ahora no podía entrar a escondidas allí, de día, ignorando lo que dentro hubiera, Schnell se alegraría mucho de

matar «a un individuo» que entrara en su casa como un ladrón.

Un criado apareció al otro lado de la puerta de barrotes de hierro.

—¿Está el señor Schnell? —preguntó Toney al hombre, mal encarado, desconfiado.

—No sé si está —repuso el criado, observando fijamente al agente federal.

—Menos lo sabré yo entonces —murmuró Toney en tono agrio—. Dígame esto nada más: que venga de parte del teniente Moreland y que es urgente que hable con él. ¿Entendido?

El hombre dio media vuelta y se encaminó hacia un pabellón, la vivienda de los porteros, situada al final de la puerta grande de hierro.

Toney dedujo que estaba telefoneando, dando el recado a Schnell. Aquello parecía una fortaleza con sus guardianes armados tras las almenas.

Regresó el portero, el semblante un poco más amistoso. Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarle pasar.

—Siga la carretera hasta el porche. Allí le espera el «valet» del señor, que le va a recibir —dijo con voz casi amable.

Toney obedeció. Hacía algo de cuesta la carretera por donde se acercaban los coches hasta el porche suntuoso, de mármol, con columnas y escalinata. El palacio estaba en terreno más elevado que el resto del parque.

En el porche estaba un hombre esperándole. Tenía pantalones verdes y chaleco rojo y negro, a rayas estrechas, con cuello y corbata de pajarita. Un «valet» estilo inglés, de rostro de facineroso y mirada desconfiada.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó a Toney, mirándole de pies a cabeza con insolencia—. ¿Conoce al señor Schnell?

—Me apellida Toney y conozco solamente de vista a Schnell, pero vengo de parte del teniente Moreland con un recado urgente —repuso Toney en tono seco—. Dígame que es algo que le interesa mucho. Y que será muy breve.

—Espere, haga el favor —dijo el «valet», señalándole un enorme «hall», un poco en penumbra, todo él de mármoles y jaspes, con alfombras espesas y muebles suntuosos. Toney quedó en pie mirando a su alrededor mientras sonreía levemente. Tanta riqueza a

costa de tantas lágrimas... y sangre.

Pasaron no menos de cinco minutos hasta que regresó el «valet» de cara de rufián.

—Haga el favor de seguirme —dijo a Toney. Caminaron ambos por el «hall» y luego entraron en un gran despacho con dos ventanales al parque. Todo allí parecía ser de mármol, con ricas maderas con incrustaciones de oro y plata. Muebles monumentales, de color oscuro, que parecían gritar lo que valían en su peso oro.

Y en el centro de la estancia, vestido con un batín de seda azul oscuro, el magnate y usurero Schnell, las manos a la espalda, imponente, la rojiza cabellera revuelta, lo que le daba aún más aspecto de leonino. Su mirada era fija, escrutadora, casi grosera de puro altiva.

—Pase —dijo a Toney tras mirarle de pies a cabeza, sin tenderle la mano, de lo que se alegró el agente federal—. Dice que viene de parte del teniente Moreland... —Hizo un gesto para que se sentara en un sofá, haciéndolo él también.

—En efecto, señor Schnell. Tengo algo que decirle muy importante y urgente —repuso Toney con voz tranquila, examinando al hombre con atención.

—Dígame antes quién es usted. Me han dicho que se llama Toney. ¿Qué relaciones tiene con Moreland? Me gusta saber con quién hablo.

—De acuerdo. Moreland es teniente de la Policía. Yo soy agente especial del

F. B. I.,

adscrito a la División de Georgia, que residen en esta ciudad...

—¡Ah! —Schnell sonrió maliciosamente—. Creo comprender. Si le envía ese buen muchacho de Moreland, debe ser porque usted quiere afiliarse... ¿Voy bien, Toney? Le habrá dicho que en el «Ku-Klux-Klan» abrimos las puertas de honor a las personas como él y usted. Precisamente necesitábamos a alguien del

F. B. I.

—¿Sí? Pues aquí me tiene, Schnell —repuso en tono irónico Toney—. Me alegra mucho que haya dicho todo eso del «Ku-Klux».

Es usted el «Gran Dragón», el jefe supremo, ¿no es eso? El que ando buscando precisamente.

Schnell se puso serio. Su cara rojiza, pecosa, se puso pálida. Comprendió que se había ido de la lengua, él siempre tan astuto y reservado.

—No entiendo bien... —dijo con voz algo vacilante—. ¿No viene de parte de Moreland? ¿No le ha dado una carta de presentación para mí? Una tarjeta...

—Schnell, los muertos no hablan, ni escriben, ni usan tarjetas. Pero Moreland, antes de morir, me dijo quién es usted y lo que representa en el

«Ku-Klux»,

Hablando claro: vengo a decirle que el

F. B. I.,

le detiene y usted mismo me ha dicho por qué. He de advertirle que le conviene mucho no intentar nada que suponga violencia o intención de escapar —se levantó Toney, en la mano izquierda unas esposas de acero.

—¿Me ha delatado ese cerdo traidor? —rugió Schnell, ya en pie también, lívido ahora su rostro—. ¿Le han matado ustedes?

—Le hemos matado nosotros por traidor y por intentar agredirnos. Tenemos en nuestro poder toda la documentación del «Ku-Klux»

y entre ella un acta muy curiosa de reunión de afiliados en esta ciudad y firmada por usted como «Gran Dragón» o jefe supremo, acordando también la «supresión» de personas no afectas a la entidad.

El puño derecho de Schnell, grande, velludo, musculoso, interrumpió a Toney y repentinamente al golpearle con enorme fuerza en el mentón mientras el «Gran Dragón» rugía como una fiera.

El agente federal cayó de espaldas sobre el sofá bajo aquel impacto terrible, tanto por su fuerza como por la sorpresa en que le pilló. Y Schnell, temblando de rabia y pánico, se volcó sobre el joven con su peso de más de doscientas libras, aferrando con atabas manos el cuello de su enemigo.

—¡Ahora te dejaré calladito, piojo indecente! —aulló el gigante, zarandeando a Toney como si fuese una criatura—. ¿Creías que a mí se me detiene como si se tratara de un ratero vulgar? ¡A morir, y pronto!

Toney se sintió, en efecto, morir a una velocidad supersónica. Todo el peso de aquella bestia humana, con su inmensa fuerza, se concentraba en su cuello, afanado por dos manabas que parecían patas de elefante. Se moría...

Pero por algo era agente del F. B. I. Y joven, ducho en artimañas para la pelea brutal cuerpo a cuerpo. Estaba bien enseñado y entrenado en aquello, la sorpresa del traidor ataque de Schnell le había puesto en condiciones de inferioridad, pero no estaba muerto todavía.

Sus piernas se encogieron como si fuera un gato que peleara tripa arriba y fijó los pies en el vientre de Schnell, que jadeaba, apretando las manos en torno al cuello del joven para estrangularle.

La sorpresa siguiente corrió a cargo de Schnell al sentir un dolor agudo en su vientre y verse lanzado hacia atrás con una fuerza enorme. Soltó la presa y cayó sobre la mullida alfombra.

Toney brincó y fue sobre él como un alud, comenzando a machacarle la cara con furia demoníaca con ambos puños.

Schnell reaccionó con su salvaje fuerza y rechazó a Toney, que, como un perro dogo, jadeando de rabia, volvió a la carga, golpeándole con arrolladora furia, buscando el dejarlo sin sentido el tiempo suficiente para ponerle las esposas. No quería, todavía, y mientras pudiera evitarlo, tener que sacar el «Mágnum» y matarle. Aquel hombre era carne de horca y a ella le pertenecía.

Pero la puerta se abrió de repente y apareció en el umbral el «valet» de cara de rufián, que acudía al oír el ruido de la lucha.

Durante unos segundos quedó asombrado, pero reaccionó al ver a su amo debajo del agente federal, que le estaba propinando una espantosa paliza, que Schnell resistía gracias a su inmensa fortaleza física.

El criado se lanzó sobre Toney, que dejó de golpear a Schnell para atender a aquel nuevo enemigo. El «valet» era delgado pero musculoso y no le faltaba coraje, sobre todo al ver que el agente federal estaba tan ocupado en combatir a su amo.

Toney le agarró por las piernas tras recibir unos cuantos puñetazos del criado. Tiró de él y le derribó encima de Schnell, apretándole con fuerza para que el «Gran Dragón» no pudiera levantarse.

De esta forma los tres hombres formaban un confuso grupo,

debatíendose como locos, propinándose puñetazos, patadas, rodando abrazados sobre la alfombra.

Toney oyó que alguien gritaba a la entrada de la puerta. Era otro criado, que acudía también al oír los rugidos, jadeos y exclamaciones de rabia de los tres hombres. Y el nuevo combatiente, un guardaespaldas da Schnell, se lanzó sobre Toney y en ayuda del «valet» y de su amo.

Ya era demasiado lío aquello, pensó el agente federal, que no había perdido la tranquilidad ni la confianza mientras tuvo a Schnell y a su criado como enemigos.

Pero ya eran tres contra él y le iban a liquidar si no resolvía la situación inmediatamente. Perdería la vida y Schnell escaparía.

Haciendo un esfuerzo supremo, se desasíó de los tres feroces enemigos y se puso en pie algo mareado. Retrocedió dos pasos cuando Schnell azuzaba a sus secuaces y él mismo se arrojaba sobre el agente federal con demoníaco furor.

Sacó el «Mágun» de la funda, bajo la axila, y apuntó a los tres hombres.

—¡Las manos arriba o esto lo acabo a tiros! —exclamó con voz ronca—. ¡Voy a disparar! ¡Las manos arriba y de espaldas!

—¡No saldrás vivo de aquí, cucaracha inmundita! —rugió Schnell—. ¡A él, muchachos! ¡Mil dólares si acabamos con él dentro de medio minuto! ¡Dos mil! —animó a sus criados, que se mostraban ahora muy retraídos al ver el revólver del agente federal.

El mismo Schnell hubo de dar ejemplo, lanzándose sobre Toney mientras bajaba la cabeza, embistiendo como si fuese un bisonte.

Sus secuaces, entonces, tras él le secundaron. Les gustaba ver que su amo daba el ejemplo y les agradaba más aún recibir dos mil dólares por acabar con aquel hombre.

Retrocedió otro paso Toney, muy pálido, al ver que Schnell se le iba encima. Ya no podía evitar el tener que disparar. Había agotado todos los medios para reservar a Schnell con vida y que fuera la ley la que lo juzgara.

Tres hombres se le echaban encima para matarle, despedazarle y luego huir.

Disparó sobre el «Gran Dragón», el más próximo, que ya le ponía las manos encima. Casi fue el mismo Schnell el que disparó el arma al intentar darle un manotazo para arrebatársela.

Sonó la detonación fuertemente, como un estallido. El fogonazo, a dos palmos del rostro rojizo de Schnell, le iluminó fugazmente. Después se cubrió de sangre y un color negruzco, la horrible quemadura del fogonazo.

Salió despedido hacia atrás con violencia por el impulso de la bala del 45. Abrió los brazos y cayó de espaldas, ya muerto, horadada la frente por el proyectil.

Los dos secuaces se detuvieron en su impulso agresivo al ver caer muerto a su amo. Toney les apuntaba ahora, en sus ojos una fría decisión de seguir matando.

—¡Las manos arriba! —murmuró roncamente—. ¡Voy a mataros!

Ambos hombres, lívidos de horror, y miedo, se volvieron de espaldas, levantando los brazos con gran prisa.

Toney se acercó a ellos y cogió el revólver por el cañón, Golpeó en el cráneo a los dos criados, que cayeron al suelo desvanecidos sin emitir un gemido. Unió con las esposas dos de las muñecas de ellos y los dejó maniatados. Por lo menos no escaparían cada uno por su lado cuando recobrarán el conocimiento.

Fué a la mesa de despacho y descolgó el microteléfono del teléfono. Marcó el número de la división mientras observaba a los dos hombres, que seguían inmóviles, sin sentido.

Schnell no era ya enemigo. Había buscado la violencia para resolver todos sus asuntos y lograr su desmedida ambición. La violencia, al fin, le había apresado a su vez, y allí estaba, vencido para siempre, esperando un lugar bajo la tierra, como final y remate de su áspera y violenta vida.

—Soy Toney, jefe —dijo el agente federal al inspector Bisbee—. Tengo ya a Schnell. Pero siento decirle que ha muerto... Lo he matado.

—Una lástima, muchacho, porque él había de servir como ejemplo a todos esos canallas del «Klux» al ser juzgados. ¿No lo pudo evitar? —repuso Bisbee.

—Mientras luché con él, que era una fiera, y con su «valet», me dije que podría dejarlo vivir. Pero luego otro de sus secuaces intervino y entonces pensé en mí, en mi propia vida. Tuve que disparar sobre Schnell. Lo siento de veras, señor. Estoy seguro de que si hubiéramos venido varios él se habría resistido igual y el final no hubiera variado.

—Tal vez tenga razón. Estaba descubierto y ya sabía lo que le esperaba si lo deteníamos. ¿Y los otros dos?

—Esos viven. ¿Quiere enviar por ellos? Yo espero la llegada de los camaradas.

—Dentro de media hora o antes estaremos ahí. Si corre peligro todavía. Toney, defiéndase como sea. Su vida vale mucho más que las de todos esos pandilleros asesinos. Hasta dentro de un rato.

Mergenthaler estaba en su cama del hospital, soportando pacientemente aquella quietud obligada, con el torso escayolado. A su lado se encontraban su esposa y su hija charlando y animándole.

La puerta se abrió y entraron el agente especial Toney y Mavis Bury, la secretaria y vendedora de Mergenthaler. Sonrió el hebrero al verlos, guiñando un ojo con malicia a su esposa.

—Bueno, usted sonríe —dijo Toney imitándole—. Eso quiere decir que se encuentra mucho mejor —se sentaron alrededor de la cama—. ¿Es cierto eso?

—Es cierto, amigo —repuso Mergenthaler—. ¡Sí que sería divertido si no lo estuviera! Mavis, querida —dijo, dirigiéndose a su secretaria—. ¿Y la tienda? ¿Se vende?

—¿Que sí se vende? —repuso la bella joven, mirando a Toney y sonriendo a su vez—. ¿Es que cree usted que porque no esté allí las cosas se van a estropear? Gracias por el favor. Pues sepa que hoy he vendido, al contado rabioso, un «Cadillac» y un «Chevrolet». Tal vez le parezca poco...

—¡Un «Cadillac» y un «Chevrolet»! —exclamó Mergenthaler, radiante de alegría—. Mavis, eso es vender y no lo que hago yo... ¿Y cómo ha sido eso?

—Ya ve —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Simpatías que tiene usted. Y antipatías que tiene el «Ku-Klux».

Dos hebreos de Miami, de paso por aquí, se enteraron de lo que le ocurrió a usted, y como en Florida hay un impuesto más grande sobre la venta de coches que aquí, aprovecharon todo eso para comprar los coches, Y no serán los últimos, me aseguraron.

—Mavis vale mucho —aseguró Toney con toda formalidad—. Me temo, amigo Mergenthaler, que se va a quedas usted sin ella. Lo hemos estado hablando cuando veníamos. Me la llevo detenida...

para toda la vida. ¿No es así, querida? —Se dirigió a Mavis, que se ruborizó, asintiendo.

—¡Eso ya lo sabía yo! —tronó Mergenthaler—. ¿Verdad que te lo dije, Sarah? ¡Ese tipo de Toney me la quita porque después de lo que ella pasó y de que él la salvó de una muerte casi cierta, se quieren a rabiar! En fin —suspiró el hebreo, moviendo la cabeza—. Lo siento, y me alegro. Me alegro mucho más que lo siento, palabra. Mavis tiene derecho a la felicidad, y usted, Toney, se la dará. Es justo. Pero usted, amigo, se lleva una mujer espléndida de buena, abnegada, inteligente y valerosa.

—Gracias, Mergenthaler —repuso Toney, conmovido—. Vamos a esperar a que esté usted totalmente restablecido para casarnos, y así tendrá tiempo de instruir a otra secretaria.

—Yo también siento dejar el empleo, jefe —dijo Mavis, emocionada—. Pero Toney es muy pesado. No ha cesado de decirme que me quiere y que me quiere. Y yo, que también le quiero, porque se lo merece, no podía hacerme la sorda. ¿Para qué se lo lleve otra? ¡De ninguna Manara! Así es que él por mí y yo por él, pues... Pero me ha dicho, ¿verdad, Adam? —Le miró a su novio con evidente malicia— que podría seguir con usted como vendedora... hasta que el buen Dios nos enviase una criaturita.

—¡De acuerdo! —saltó Mergenthaler con alegría—. Cuando la tengan, mi Sarah lo atenderá en nuestro piso de encima de la tienda, y usted sigue vendiendo. Miren, jovencitos, la vida no está para despreciar unas buenas comisiones.

FIN

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

**RECORTABLES
WALT DISNEY**

a 0,50 y 1 pta.

F. B. I. ¡ LA COLECCION SIN RIVAL !

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

FORT WINCHESTER

CONSTRUCCION

de DOCE láminas

a todo color

15 ptas.

